

Manuel Galich

MAPA HABLADO DE LA AMERICA  
LATINA EN EL AÑO DEL MONCADA(II)\*

7-10° lat. N.

77-83° long. O.

## BILLÓN Y MEDIO DE AHORRO

La historia de Panamá no ha estado acorde con su posición geográfica. Siendo esta la más privilegiada del mundo —Bolívar pensó que allí estaría algún día el emporio del Universo—, su pueblo ha sido uno de los más explotados y golpeados por los grandes ambiciosos desde que Balboa descubrió, en 1513, que ese era el sitio ideal para intercomunicar los dos océanos. Conforme a la cartografía física, Panamá es parte integrante del istmo centroamericano y, sin embargo, desde que tuvo Audiencia propia, diferente de la de los Confines, quedó políticamente ajena a la Capitanía General de Guatemala, es decir, a la actual Centroamérica. Independizada de España en 1821 por un movimiento juntista, fue atraída, por gravitación, hacia Colombia. (No la que conocemos ahora, sino la grande, la que creó Bolívar al unir en un solo e inmenso Estado a Venezuela, Nueva Granada y Ecuador.) De allí que Panamá, geográficamente centroamericana, fuera políticamente grancolombiana.

Desarticulada la Colombia bolivariana, desde 1830, Panamá mantuvo una unión precaria con Nueva Granada, o sea, la actual Colombia, así llamada desde 1863. El pueblo panameño siempre fue celoso de su autonomía y quiso una independencia de verdad, proclamada por él mismo. Sobre todo porque siempre sufrió las funestas consecuencias de la casi ininte-

rrumpida guerra civil entre centralistas y federalistas —conservadoras y liberales colombianos— cuyo último e inicuo episodio fue el holocausto del general guerrillero Victoriano Lorenzo, en 1903, al término de la Guerra de los mil días. Seis meses después, en noviembre, un grupo oligárquico, coludido con Teodoro Roosevelt y con un siniestro personaje representante de los quebrados accionistas de la Compañía Francesa del Canal, declaró una rara independencia que consistió en partir el país en dos y ceder a perpetuidad la zona canalera a los Estados Unidos.

En 1953, las familias oligárquicas de Panamá celebraban el cincuentenario de su República, cuyo gobierno habían disfrutado en ese medio siglo no sin conflictos entre ellas. He aquí los apellidos gobernantes entre 1903 y 1953, algunos recurrentes y matizados con efímeros e intermedios provisorios: Guerrero, Obaldía, Boyd, Arosemena, Chiari, Arosemena, Porras, Porras, Porras Chiari, Arosemena, Arias, Arias, Arosemena, Boyd, Arias, Guardia, de la Guardia, Jiménez, Díaz Arosemena, Chanis, Chiari, Arias, Arosemena y Remón. Juan Antonio Remón Cantera, Chichi, coronel y excomandante de la policía, era en 1953 el último eslabón, hasta ese momento, de la aristocrática cadena.

Con esa simpática expresión facial que la gente llama baby face —de donde quizá le viniera el apodo—, Remón encarnaba —aunque sus tejidos eran más bien adiposos— la política panameña de entonces. Como comandante de la policía, había sido el responsable de reprimir con caballos, balas y gases a los estudiantes que en 1947 salieron a la calle en protesta por la firma subrepticia del Convenio Filios-Hines entre los Estados Unidos y el gobierno de Enrique A. Jiménez.

\* La primera parte de este trabajo apareció en el número anterior de Casa de las Américas. (N. de la R.)

nez.<sup>48</sup> Según dicho instrumento, se prorrogaba la ocupación de la base de Río Hato por el ejército norteamericano, cedida sólo para la emergencia de la Segunda guerra mundial. La lucha heroica de la juventud y su triunfo al impedir que la Asamblea Nacional ratificara el Convenio Filos-Hines constituyen un vibrante capítulo de las luchas populares en Panamá.

Pero no es esto lo que más tipifica a Remón dentro del rejuego oligárquico, sino su camino al poder. Arnulfo Arias, el más recurrente de aquellos políticos —solo comparable en esto a Velasco Ibarra, del Ecuador—, perdió las elecciones frente a un Arosemena, y mientras se presidenciaban en rápida sucesión un Chanis y un Chiari, porfiaba que le habían robado el triunfo. Remón hombre fuerte como comandante policial, actuó solomónicamente: Ordenó, un recuento de votos y declaró ganador a Arias en 1949. Dos años después lo desalojó a balazos (Arias respondió pistola en mano) del palacio presidencial y se instaló en él. Bajo el interinato de otro Arosemena (Alcibíades), hizo elecciones en 1952 y resultó ganador contra su primo, el mismo Chiari anterior, quien hizo la denuncia de rutina. Como advirtió el 30 de mayo la revista mexicana *Tiempo*; "toda la maquinaria del gobierno, incluyendjo la policía -y el tesoro público, había sido puesta incondicionalmente al servicio de la candidatura remonista". Esto sí fue lo más típico: discrepancias en familia.

-Típico fue también lo que siguió a la elección y de lo cual dio cuenta el *New York Times* del 10 de junio. Remón, ya presidente electo, fue huésped de honor en la ceremonia que tuvo lugar en el estadio de Balboa con motivo de haber sido nombrado gobernador de la Zona del Canal el general John S. Seybald, también presidente exoficio de la Panama Co. Este alto funcionario, dijo el diario neoyorquino, "aprovechó la ocasión para prevenir a su auditorio contra la amenaza de la agresión rusa". El general Seybald no

\* El diario Panamá América publicó el 12 de diciembre de 1947 declaraciones del primer comandante de la policía nacional. Decía el periódico: "Al ser interrogado respecto de las medidas de carácter preventivo que estaba adoptando la policía nacional en relación con la resolución dictada por el alcalde del distrito para prohibir una manifestación de estudiantes anunciada para las 4 de la tarde de hoy, el comandante José 'A. Remón manifestó que no existe animosidad entre los estudiantes y el cuerpo de policía nacional. 'Yo fui estudiante del Instituto Nacional', agregó el comandante, 'y cuento con muchos excompañeros de clases entre el profesorado y buenos amigos entre los estudiantes' [...] La cita estudiantil se llevó a cabo pese a la oposición gubernamental, siendo inevitable el enfremamiento con las fuerzas represivas. La Universidad Nacional también llegó a ser atacada. Todos estos sucesos dejaron un alto saldo de heridos, culminando con el dramático baleo del estudiante Sebastián Tapia". Al día siguiente, La Estrella de Panamá, encabezó la noticia con este titular: "Treinta heridos en los disturbios de ayer".

podía hacer otra cosa, puesto que esa era la tónica yanqui del momento, y él era, simultáneamente, vocero del Pentágono y del Consejo Nacional de Seguridad de los Estados Unidos. Remón estuvo acompañado de la primera dama, doña Cecilia Pinel de Remón, futura directora honoraria del Instituto Nacional de Bellas Artes, y ella misma una obra de arte. La "amenaza de la agresión rusa" era, como sabemos, el tema obsesivo en la Casa Blanca, en el Departamento de Estado y en el Congreso norteamericanos, y el eje de la política interna e internacional de los Estados Unidos; era la justificación yanqui de la "guerra fría", de la política belicista frente al mundo, de la agresión a Corea y de las presiones y extorsiones policiales y económicas sobre la América Latina. De ahí los pactos militares bilaterales que estaban imponiendo a los gobiernos latinoamericanos y de ahí lo que ya hemos visto y seguiremos viendo en este mapa hablado. Panamá, con su canal y su zona, tenía, obviamente, una importancia excepcional. Quizá nunca más que en ese momento fuera exacta la prodigiosa advertencia que el banquero Patterson, representante de la avanzada burguesía inglesa y del Board of Trade, hizo en 1698 al rey Guillermo III: "Quien posea el Istmo asegurará las llaves del Universo, capacitando a sus poseedores para dar leyes a ambos mares y para ser arbitros del comercio del mundo". Esta era la posición de los Estados Unidos en 1953. Los imperialistas lo sabían y por ello cuidaban de Panamá como de sus propias pupilas.

Sospecho que esa coyuntura, y muy particularmente la importancia centuplicada de Panamá como vía hacia el Pacífico en ese año álgido de la Guerra de Corea, hizo creer a la oligarquía gobernante en Panamá que era uña buena oportunidad para intentar negociaciones con los Estados Unidos y mejorar las exiguas sumas en dólares que recibía por el arrendamiento perpetuo del canal y la zona. Sea por esto o por lo que fuera, el hecho es que Remón inició las negociaciones, y si bien no alcanzó a concluir las porque murió, su nombre quedó en el Tratado (Remón-Eisenhower) de 1955, el cual comprende dos convenios: el Tratado de mutuo entendimiento y cooperación y el Memorandum de entendimientos acordados.

Militar y económicamente, Panamá representaba para los Estados Unidos algo inapreciable, insustituible e inexpugnable. Militarmente, estaba allí la sede del poderoso complejo llamado Southern Command, que ya presentaba en 1948 —cuando estuve internado no sé a título de qué, pero contra mi voluntad, en Fort Cuyton— el mismo aspecto que vio Marcel Niedergang años después cuando escribió su artículo "Los boinas verdes en Panamá", publicado en *Le Monde* el 13 de octubre de 1971: "el aire banal de campos militares rodeados de césped, con instalaciones deportivas y grupos de bungalows para oficiales".

Durante la Guerra fie Corea, el alto mando norteamericano tuvo la idea de abrir una escuela de guerra en Panamá, para ambientar a sus soldados. Con la agresión al sudeste asiático, aquella idea se objetivó en construcciones tan monstruosas que reducen a nada las más alucinantes concepciones de geniales autores de ciencia-ficción, como las de Julio Verne en Los 500 millones de La Bagan. Hace dos años, un coronel del comando sur declaró a Niedergang:

Es Corea quien ha incitado al mando norteamericano de los Caribes [sic] a abrir una escuela de guerra en Panamá. Millares de soldados norteamericanos en Vietnam han pasado por aquí. Después de Vietnam, nuestra experiencia servirá a la lucha contra la subversión en la América Latina.

Fort Sherman, situado cerca del lago Gatun, "exactamente en la misma latitud que Vinh Lo en el delta del Mekong" —cosa muy importante para sus fines— es la mayor de las escuelas de guerra de Panamá, consideradas como las más "duras" de los Estados Unidos: "escuela de supervivencia, patrullas, orientación de noche y de día en la jungla emboscada y acción inmediata, infiltraciones, operaciones de limpieza". Otras escuelas son: Fort Davis, al cuidado de las escuelas de Gatún hacia el Atlántico; Fort Gulick, para entrenamiento antiguerrillero de latinoamericanos; Fort Clyton, guardián de las represas de Miraflores hacia el Pacífico; Fort Amador, cuartel general de la marina, y Fort Cobbles. Fuera de la Zona, los Estados Unidos tenían las bases de Río Hato, Mandinga, Calzada Larga, Las Guabas, La Primavera, San José, etc., hasta un total de ciento treintidós, cedidas conforme al Acuerdo sobre sitios de defensa del Canal, del 18 de mayo de 1942. Aunque este acuerdo debió expirar al ser firmado el tratado de paz formal con el Japón, los norteamericanos lo respetaron tanto como el que hubiera puesto fin a la discriminación racial con los trabajadores de la Zona.

Económicamente, el negocio no tenía paralelo. Era —y es— un negocio yanqui, a pesar de que una compañía tuviera la administración y durante unos cuarenta años fuera "deudora" de los Estados Unidos por el capital invertido en la construcción de la vía, más un interés del 2% anual. La inversión fue amortizada con sus intereses en 1954. Estas son las cifras:

—Inversión neta directa del gobierno de los Estados Unidos en el Canal, al 30 de junio de 1955: 368 millones de dólares.

—Ganancias netas del Canal, en los primeros cuarenta años de operación (1915-54): 543 millones de dólares.

—Cuarenta cuotas anuales de 13,45 millones cada una, para amortización e intereses, pagadas por la Compañía del Canal al gobierno de los Estados Unidos: 538 millones.

En la década siguiente (1955-65), el Canal produjo ingresos netos de 374 millones de dólares limpios. Como se dice, de polvo y paja, y suficientes para pagar por segunda vez la inversión original.

Esas fabulosas ganancias son una bicoca comparadas con las cantidades ahorradas por los Estados Unidos en las dos guerras mundiales, es decir, con lo que hubiera tenido que pagar si no hubiera existido el Canal. El propio gobernador de la Zona dijo en su informe anual de 1947:

Rasados en el volumen de tráfico militar que pasó por el Canal de Panamá durante los años de la guerra, nuestros militares hicieron un cálculo de los ahorros monetarios de los Estados Unidos originados por el uso del Canal. Estos ahorros se estimaron en un billón y medio de dólares sólo en lo relativo a los costos marítimos y sin incluir las vidas y materiales que fueron salvadas al acortar así el conflicto bélico.<sup>4</sup>

¿Y Panamá? ¿Cuánto le había correspondido de esas sumas astronómicas? No hablemos ya del pueblo, que sólo había recibido desalojos, miserias, corrupciones y enfermedades venereas; hablemos del erario público, cuyas llaves manejaba la oligarquía gobernante a piacere. Entre 1903 y 1936, el fisco panameño había recibido 250 000 dólares anuales, y entre 1936 y 1953, por un reajuste que logró Harmodio Arias, 430 000 dólares anuales. Sumese y compárese con la ganancia neta de más de 500 millones y con el ahorro de un billón y medio. Algo así como trasladar una "barriada bruja" (villa miseria) panameña al corazón de Manhattan.

Para adelantar sus gestiones canaleras —al igual que todo aquel que quisiera implorar la generosidad paternal de los Estados Unidos— Remón tenía que demostrar su solvencia ideológica, es decir, su anti-comunismo, él más que nadie, por el cuadro que acabo de bosquejar y por lo que había dicho el general Seybald. Remón cumplió con el requisito y emitió su respectiva ley anticomunista, expresada en este caso por el decreto de ilegalización del pequeño Partido Comunista panameño. Había muy fundadas razones para ello. La primera, muy poderosa, era que los trabajadores se habían organizado en una Confederación y esta se había afiliado a la Confedera-

<sup>4</sup> Gustavo Tejada Mora: "El canal de Panamá gran negocio de los Estados Unidos" en revista Perspectivas, Consejo Mundial de la Paz, 8 de Sept. de 1967. El autor, profesor y exmiembro de la misión negociadora del nuevo tratado sobre el Canal, advierte: "Los datos estadísticos empleados en este estudio son de conocimiento público y han sido derivados de los informes anuales de la Compañía del Canal de Panamá, entre 1915 y 1965, y de otras publicaciones oficiales del gobierno norteamericano. En consecuencia, tanto las cifras como nuestras conclusiones son totalmente comprobables".

ción de Trabajadores de América Latina (CTAL), con sede en México y dirigida por Vicente Lombardo Toledano. Los "comunistas" eran los responsables de que los trabajadores panameños agitaran el viejo asunto de la discriminación respecto de los trabajadores yanquis en la Zona del Canal. Estos eran gold rol (patrón oro) y ganaban dos balboas (unidad monetaria panameña equivalente al dólar) y veinte centavos diarios, mientras que los panameños, y en general los no yanquis —antillanos y centroamericanos, negros, mulatos, mestizos, indígenas y hasta asiáticos—, eran silver rol (patrón plata) y ganaban setenticinco centavos diarios. La denuncia de esta situación por el presidente de la Asamblea Nacional, Eligio Crespo Villalaz, ante la Conferencia Internacional del Trabajo, reunida en Panamá en 1954, evidenciaba hasta dónde había llegado la "infiltración del comunismo internacional". Otras de las razones se referían al mantenimiento del orden en la Chiriquí Land, subsidiaria de la UFCO, en la Republic Steel Co., en la Sinclair Oil, en la Panama Rail Road y, en fin, en otras muchas empresas que tenían en sus manos casi toda la economía panameña.

Otro requisito casi obligatorio era la visita de los gobernantes latinoamericanos recién electos a la Casa Blanca; una especie de ritual que suponía, como toda peregrinación, la reiteración, al mismo tiempo, de la fe profesada y la petición de un milagro, una dádiva a una absolución. Remón cumplió con ese otro requisito —como Trujillo, como Somoza, como Magloire— en septiembre de 1953 y, a su retorno, planteó sus demandas bajo el lema "no queremos limosna, queremos justicia".

Sin embargo, Eisenhower rechazó la mayor parte de esas demandas y, es más, pretendió imponer un artículo según el cual Panamá se comprometía a no pedir en el futuro ninguna otra revisión de los tratados sobre el Canal. Este atentado flagrante a los principios del derecho internacional era inaceptable, V Remón, hay que reconocerlo, lo rechazó de plano e interrumpió las negociaciones por casi un año. Fundamentalmente, Remón solicitaba un 20% de los ingresos brutos por tarifas de tránsito del Canal, o cinco millones de dólares si aquel porcentaje era inferior a esta cantidad. También pedía que se revisara el artículo tercero del Tratado de 1903 en lo relativo a la soberanía panameña sobre la Zona; que se sustituyera la perpetuidad de la concesión otorgada a los Estados Unidos en 1903 por un plazo de noventinueve años; que la bandera panameña se izara junto a la norteamericana en la Zona y en los barcos en tránsito por el Canal; que los idiomas oficiales de la Zona fueran el español y el inglés; que los cónsules extranjeros en la Zona deberían obtener el exequatur del gobierno panameño; que los panameños en la Zona fueran juzgados por tribunales mixtos,

y que los sellos de correos panameños fueran usados en la Zona.

Nada de esto fue admitido. El 25 de enero de 1955 se firmó el Tratado Remón-Eisenhower —también llamado Tratado de mutuo entendimiento y cooperación—, con el memorando anexo ya mencionado. Pero Panamá sólo obtuvo "conquistas aparentes y de escasa significación, si se toman en cuenta los sacrificios innúmeros que se [le] han venido imponiendo", según un autorizado comentarista.<sup>50</sup> En cambio, otorgó a los Estados Unidos privilegios como el de la prórroga del uso gratuito de Río Hato para fines militares por quince años. Lo único tangible fue el aumento de la anualidad a 1 930 000 balboas.

Ya entonces Remón había muerto; fue asesinado en 1955, en el mismo hipódromo donde Anastasio Somoza había ganado los 1 700 dólares que luego gastó en los comisariatos de la Zona. Los ejecutores del crimen y los verdaderos móviles nunca fueron satisfactoriamente esclarecidos. Esto quebró un eslabón pero no interrumpió la cadena de apellidos ilustres en el poder. Por espacio de trece años se sucedieron todavía los Arias Espinoza, los de la Guardia, los Chiari, los Robles y los Arias... Hasta 1968, en que apareció un nuevo apellido: Torrijos.

2° lat. S. 12° lat. N. 67-79° long O.

olas de violencia

Desde 1946 hasta 1953, la violencia había cobrado en Colombia, según estadísticas aceptadas por monseñor Guzmán, un aproximado de 240 000 muertos. Esta que el mismo autor llama "primera ola de violencia" azotó especialmente el Tolima, los Llanos Orientales, Boyacá y otras regiones. La horrenda matanza se reanudó en 1954 y, con excepción de algunos departamentos como los de Nariño y la Costa Atlántica, se extendió a casi toda Colombia.<sup>51</sup> Atemperada la "segunda ola", en 1958, con el atentamiento político de las dirigencias liberal y conservadora, las causas sociales y económicas que la originaron siguen vivas en la entraña del pueblo colombiano. Las guerrillas lo demuestran.

Difícilmente puede encontrarse paralelo en la historia humana al genocidio desatado por la oligarquía Colombia contra su pueblo, no tanto por el grado de sevicia, en la cual los más civilizados han sido los más bárbaros en todo momento histórico, sino por su larga duración en Colombia. Montaña Cuellar dice que empezó con el pretexto de vengar la violen-

<sup>50</sup> David Turner Morales: Estructura económica de Panamá. El problema del canal, México, 1958, p. 74.

<sup>51</sup> Ved: Germán Guzmán: La violencia en Colombia, Cali, 1968, p. 184.

cia con que los liberales reprimieron en 1930 un alzamiento armado de los conservadores, que perdían el poder político con la elección amañada de Olaya Herrera.<sup>52</sup> Cuando recuperaron ese poder por la división de las alas del liberalismo y las componendas de la oligarquía de ese partido para bloquear la elección de Jorge Eliecer Gaitán, en 1946, los oligarcas conservadores, saturados del más rabioso fascismo, lanzaron su cruzada de exterminio del pueblo liberal. Inicialmente, algunos elementos de la crema del liberalismo tuvieron problemas, pero después se entendieron con sus colegas del otro partido o buscaron asilo cómodo y seguro en París y otros lugares. Este fue el caso, por ejemplo, de jerarcas como Eduardo Santos, propietario del incendiado diario *El Tiempo*; Alfonso López, expresidente lo mismo que Santos, cuya casa, también fue quemada; Carlos Lleras Restrepo, futuro presidente de la entente cordiale libero-conservadora (1966-70); Jaramillo Sánchez y otros.

El escritor liberal Juan Lozano y Lozano, en discrepancia con la jerarquía de su partido, denunció la conducta pérfidamente inconsecuente de esa jerarquía al prologar *Las guerrillas en el llano*, libro-testimonio de Eduardo Franco Izaza un campesino rico convertido en guerrillero:

Mientras ellos, campesinos en todo tiempo ausentes de participación en el dividendo nacional de economía, salud, cultura, mellaban con su pecho los aceros de la tiranía, los liberales de las ciudades coreaban el epíteto de bandoleros que a los revolucionarios endilgaba el gobierno.<sup>53</sup>

Pocas veces la oligarquía ha sido más certeramente fustigada y ninguna ha sido acusada por fiscal de más alta idoneidad que cuando lo hizo Jair Londoño, campesino colombiano, en el Seminario latinoamericano de reforma agraria y colonización celebrado en Chiclayo, Perú, del 29 de noviembre al 5 de diciembre de 1972. Aun leída, la palabra de Londoño quema hoy con fuego histórico, inextinguible:

Nosotros, los campesinos, en doce años de violencia, nos matamos unos con otros porque los grandes señoritos nos pusieron a pelear, utilizaron nuestra ignorancia y nos decían a los liberales: Ustedes tienen que matar a ese porque es conservador; ustedes los que son rojos tienen que matar a los que son azules". Y nosotros Jo hicimos, ¡nosotros lo hicimos! Yo vi a mis

hermanos caer acribillados por las balas. Los vi amarrados en una guadua; vi cantidad de huérfanos, miles de ríos de sangre. ¿Quién tuvo la culpa de esto? Los políticos miserables, liberales como yo.

¡Yo ya no soy liberal! ¡No soy nada! Simplemente soy un campesino con la necesidad de hablar claro a mis compañeros. Ese es mi deber. Pero los políticos son muy hábiles; esos miserables son muy hábiles y se aprovecharon de la ignorancia del campesino para ponerlo a pelear. Por eso lograron que en Colombia nosotros, los campesinos, bañáramos los caminos de sangre y los adornáramos de muertos. Nosotros pusimos los muertos y la sangre; nosotros, los campesinos.<sup>54</sup>

Gaitán era el reverso de tales jerarcas y por eso estos lo odiaban y lo temían tanto o más que a la cúpula conservadora. Con esta tenían comunidad de clase. De Gaitán los separaba un insalvable foso clasista. Gaitán era realmente hombre de las masas, es decir, las interpretaba emocionalmente y ellas lo seguían tumultariamente. Muy conocida era su frase "Yo no soy un hombre, soy un pueblo". En octubre de 1946 oí a Gaitán en la plaza El Silencio, en Caracas, autodefinirse como "gonfalonero de multitudes". Era su lenguaje. Quizá eso se lo perdonaran sus implacables enemigos de clase, liberales y conservadores. Lo que no le perdonaron jamás fue esto otro, todavía vigente:

Contra la falsa unión de las oligarquías conjuntas, llamadas liberales y conservadoras, nosotros proponemos el abrazo de las gentes humildes de Colombia [...]. Hay una duda que me asedia y que quiero que se me resuelva tanto por conservadores como por liberales. En lo más íntimo de mi conciencia se ha presentado, casi con caracteres de angustia, este evidente panorama de realidades: cuando el Partido Conservador mandaba, las armas de la República se emplearon para asesinar trabajadores, y ahora, cuando el gobierno liberal impera, se repite el mismo fenómeno. ¿Qué pasa? ¿Qué sucede? ¿Cuál es la razón de esta igualdad de procedimientos?<sup>55</sup>

Por eso los jerarcas liberales dividieron su partido en las elecciones de 1946, sabotearon la candidatura

<sup>52</sup> Ver: Diego Montaña Cuellar: Colombia; país formal y país real, Buenos Aires, 1963.

<sup>53</sup> Juan Lozano y Lozano: *Las guerrillas del llano* (prólogo) Bogotá, 1959.

<sup>54</sup> Versión del discurso completo en la revista *Economía y Desarrollo*, La Habana, n. 11. En nota introductoria, Pellegrín Torres aclara: "Londoño no leyó, sino que improvisó, con elocuencia natural".

<sup>55</sup> Citado por Gloria Gaitán en la introducción a *Las ideas socialistas en Colombia*, de Jorge Eliecer Gaitán. Bogotá, 1968.

de Gaitán, apoyaron a Gabriel Turbay y finalmente negociaron con los conservadores para entregarles el poder a través de Alberto Lleras Camargo, el más marrullero de entre ellos. El caudillo indiscutible del conservatismo revanchista, sanguinario y fanático con el que transó la élite liberal, era Laureano Gómez, fundador de los camisas negras colombianos en la redacción de su diario *El Siglo* diez años antes. Por la misma época (1937) saludó a los agentes franquistas, en un acto de adhesión a la Falange, con este remate de discurso: "¡Arriba España, católica e imperial!".

Cuando Gaitán fue asesinado en Bogotá el 9 de abril de 1948, la verdadera eminencia peor que gris del régimen no era el presidente Ospina Pérez, sino el ministro de Relaciones Exteriores: Laureano Gómez.

Lo que siguió a ese asesinato fue dantesco. Inmerso en la hecatombe, arrastrado por la potencia destructiva de la ira popular incontenible en las primeras diez horas del estallido, pude sentir la profunda y horrorosa significación de esa palabra: dantesco. No se sacudió la tierra, pero la indignación popular produjo el mismo efecto de un cataclismo. ¡Quienes lo vimos difícilmente podemos explicárnoslo razonablemente. Vi a las masas enajenadas de dolor y rabia, ebrias de todo, incendiar, destruir y matar con las armas blancas más disímiles. Más tarde las vi apoderarse de las armas de fuego que la policía abandonaba espontáneamente. Los daños ocasionados parecían los de un bombardeo. Fue uno de los mayores episodios de la violencia desatada por el fascismo en el poder. Fue el bogotazo.

Me encontraba en Bogotá para asistir a una conferencia de estudiantes universitarios latinoamericanos, que pensábamos realizar simultáneamente con la IX Conferencia panamericana. Queríamos hacer oír la voz de las juventudes de la América Latina porque en Bogotá se remacharían aún más los grilletes que nos aherrojaban desde el año anterior —con el Tratado de Río de Janeiro, llamado de asistencia recíproca— a la política agresiva del imperialismo. Allí se estructuraría el sistema con un organismo y una carta de los Estados americanos, la OEA, razón por la cual el propio general Marshall, entonces secretario de Estado norteamericano, empuñaba el bastón de mando de la conferencia. Pero el 9 de abril se frustraron los proyectos; estudiantiles y se dio inicio a una escalada mayor en la violencia. Fue entonces cuando estuve en Fort Clayton, en Panamá. En el aeropuerto de Techo, los guatemaltecos que habíamos concurrido a la conferencia de estudiantes fuimos puestos por las autoridades colombianas a bordo de un avión de la fuerza aérea de los Estados Unidos. El sentido común dice que estábamos allí porque se nos consideraba entre "los comunistas internacionales que se dieron cita en

Bogotá para aprovechar cualquier circunstancia"<sup>56</sup>, pero nunca se nos interrogó, ni se nos dio ninguna explicación.

El asesinato de Gaitán dejó el campo libre a los conservadores para elegir presidente a Laureano Gómez por el período 1950-54. Como vice fue elegido proforma el liberal Eduardo Santos, truculenta y rápidamente eliminado para sustituirlo por Roberto Urdaneta Arbeláez. Laureano Gómez era epiléptico y se hacía necesario contar con un emergente adecuado. Nadie mejor que Urdaneta: desde 1951 había sido el instrumento ejecutor de las órdenes que el titular impartía desde su casa. Sus ejecutorias lo recomendaban para el efecto. En el anterior gobierno conservador de Ospina Pérez (1946-50) Urdaneta había sido ministro y el verdadero organizador del genocidio: "millares de campesinos vieron arder sus chozas, muchos fueron asesinados, y comenzó a moverse hacia Venezuela parte de la población colombiana en busca de paz", dice el mismo Arciniegas. Fascista medular, presidió la representación Colombiana en las Naciones Unidas y abogó por el régimen de Franco, ante quien luego fue primer embajador cuando Ospina Pérez elevó a embajada la misión diplomática de Colombia en Madrid. Laureano Gómez lo designó primero ministro de Guerra, y luego lo llamó a la presidencia de la República, donde hizo nuevos méritos. Por razón de su cargo, y por vocación, Urdaneta fue el cómplice número uno de Gómez en la aplicación de "torturas características del nazismo alemán", dice Guzmán, y seguidamente las enumera: la escalera, el cuartico, el tubo, el vaso de agua, el tramojo (torniquete), el trote, la compañía, el polo. El 31 de octubre de 1951 Urdaneta asumió la presidencia. El juicio de Guzmán es definitivo:

Urdaneta es un presidente de paramento, porque es Laureano Gómez quien continúa timoneando la política entre bastidores e imponiendo las decisiones que se antojan conducentes [...]. Bajo el mandato de Urdaneta la ola de sangre se agiganta con proporciones monstruosas. Las guerrilleras se organizan mejor. La represión oficial se impone con acerbía drástica.<sup>57</sup>

En efecto, Urdaneta prolongó indefinidamente el estado de sitio declarado desde 1949. En una extensísima región de los llanos orientales, el ejército recibió orden de "tratar como bandoleros" a todos aquellos que para el 8 de marzo de 1951 no hubieran abandonado el territorio comprendido entre Paratebueno, Barranca de

<sup>56</sup> Lo entrecomillado es del libro de Germán Arciniegas —plutogogo mal disimulado, exatlante del Congreso por la libertad de la cultura y miembro literario del caducado clan político Betancourt-Haya-Figueroa— *Entre la libertad y el miedo*, Buenos Aires, 1958.

<sup>57</sup> Germán Guzmán: op. cit., p. 84.

Upía, El Secreto, Agua Clara, El Iguaro, Monterrey, El Porvenir y Tauramena. El ejército cumplió la orden. A pesar de las gigantescas matanzas, los guerrilleros ocupaban una tercera parte del territorio colombiano en las zonas menos pobladas de los llanos orientales y derrotaban al ejército de la tiranía fascista, como ocurrió a fines de julio de 1952 cuando, según la revista Time del 18 de agosto, cien soldados regulares, resultaron muertos. "En 1952", documenta Montaña Cuellar, "los crímenes de las fuerzas oficiales llegan a su extremo límite: aparece el tráfico de orejas humanas. Casi todo3 los cadáveres aparecen sin orejas. En los cuarteles, este trofeo se recompensa".

El monstruo bifronte y genocida Gómez-Urdaneta era, desde luego, tan bien amado dentro del sistema interamericano como sus pariguales antillanos y centroamericanos ya conocidos y contaba con la estrecha amistad de congéneres latinoamericanos como Gonzáles Videla, de Chile, y Pérez Jiménez, de Venezuela. El primero de estos entregaría al líder guerrillero Saúl Fajardo, asilado en la embajada chilena de Bogotá, a sabiendas de que se le aplicaría la ley de fuga. Así fue. El embajador Julio Barrenechea renunció abochornado. Poco después, en marzo de 1953, Urdaneta y Pérez Jiménez caerían en brazos uno del otro. De lo que resultó de ese encuentro señaló la agencia noticiosa AP:

El comunismo bandolero va a ser extinguido definitivamente como resultado del acuerdo con el presidente de Venezuela, afirmó el presidente Urdaneta Arbeláez [...] Después de informar sobre la conferencia, Urdaneta dijo: "he encontrado en el eco de nuestros comunes anhelos hacia el orden la orientación para acabar con el comunismo bandolero. Esa mala hierba no va a crecer entre nosotros, va a ser extinguida definitivamente. Tenemos fuerza para hacerlo" [...] Oficialmente se ha declarado que los focos de bandolerismo que aún existen, que en un principio tuvieron origen político —se les llamaba bandoleros a los liberales—, están ahora inspirados por el comunismo.

Esta sañuda y fervorosa copia del macartismo enseñoreado en los Estados Unidos era suficiente para dar al régimen conservador de Colombia un puesto distinguido en la mesa panamericana. A nadie se le ocurriría a esa altura de la guerra fría acordarse de lo que tan excelente correligionario como Laureano Gómez había escrito en su diario El Siglo trece años antes en favor del nazifacismo:

¿Puede causarnos molestia o pesadumbre que mañana, en un reparto de vencedores, la zona de que fuimos despojados pase al dominio de Inglaterra, del Japón, de la misma Alemania?

Para los Estados Unidos la pérdida del Canal sería una catástrofe sin precedentes. Para nosotros no, y eso es humano [...] ¿Cree usted que debe sacrificarse la vida de un solo colombiano para que los Estados Unidos sigan manteniendo su dominio sobre el canal de Panamá?<sup>88</sup>

No. A nadie se le ocurriría; menos en 1953 cuando el gran mérito de la liquidación de docientos cuarenta mil "comunistas", más la cosecha que prometían las perspectivas de la futura política, el binomio Gómez-Urdaneta agregaba otros méritos de no menor entidad. Uno de ellos era el mantenimiento de una literal y clásica calma sepulcral en los campos petroleros y en las plantaciones bananeras. Bajo la acusación de mirar a "Colombia como madrastra, porque Rusia es su legítima madre", la Confederación de Trabajadores había sido aniquilada gracias a un turiferario que, en recompensa, en 1953 estaba de embajador en París. Las exploraciones de la Texas Petroleum como las de Guaguaqui-Terán, en el territorio Vázquez, departamento de Boyacá, y las inmensas reservas del área petrolífera de veinte millones de hectáreas, en el Alto y Medio Magdalena y en las llanuras orientales, estaban aseguradas. Lo estaban también las plantaciones y las vías férreas de la United Fruit Company en la zona de Santa Marta, donde todavía se recordaba la masacre de 1928 ordenada por el conservador Abadía Méndez y convertida por García Márquez en un espectro, en un fantasma, en una evocación alucinante en sus Cien años de soledad. No podía, ciertamente, ser mejor el "clima para las inversiones extranjeras", y por ello los delegados colombianos lo propondrían como modelo para la América Latina al reunirse el Consejo económico y social de la OEA (CIES) en Caracas. Tanto era así que, según el New York Times (25 de mayo de 1952), la Texas Oil Co. había "comenzado su mayor campaña de perforación".

Mérito también, y no de los menores, era el que Colombia hubiera sido elegida por la Conferencia católica norteamericana de la vida rural y por su patrocinadora, la Fundación Ford, como anfitriona para recibir a los seicientos líderes católicos de todo el Continente que se reunieron en Manizales, con el objeto de "buscar el mejoramiento de cien millones de campesinos latinoamericanos". La Colombia de Gómez y Urdaneta exhibía como ningún otro país, ni ningún otro gobierno, un acendrado catolicismo y una fe tan enérgica y tan radicalmente militante que había podido realizar el prodigio de convertir siete años calendario (1946-53) en una sola noche de San Bartolomé. Ni gobernantes tan inquisitorialmente religiosos, tan monacales y tan lúgubres como García Moreno, del Ecuador, o Augusto B. Lequía,

<sup>88</sup> Germán Arciniegas: op. cit, p. 241. v

del Perú, habían hecho tanto. Según el programa de la Conferencia, los sacerdotes católicos debían recibir enseñanza de economía rural aplicada y capacitarse así políticamente para convertirse en "dirigentes sociales de los hombres del campo bajo las órdenes de la iglesia".<sup>59</sup> Se trataba, dice la misma fuente, de ligar la "lucha contra el comunismo con la propaganda religiosa". Camilo Torres sólo tenía entonces 24 años y le faltaba uno para ordenarse sacerdote, pero su fe era distinta a la de aquellos seicientos líderes financiados por la Fundación Ford.

El más grande de los méritos democráticos del régimen colombiano, el que lo singularizaba en el panorama general de la América Latina, era el de haber sido el único en enviar hombres a Corea. Si en 1940 Laureano Gómez creía que no debería sacrificarse la vida de un solo colombiano para que los Estados Unidos siguieran manteniendo su dominio sobre el Canal de Panamá, once años después opinaba que no uno, sino mil colombianos, deberían ser enviados a morir en Corea, para servir a los planes agresivos y hegemónicos de los Estados Unidos en Asia. Y los envió. Fué el batallón Boyacá. Fue el único contingente latinoamericano, lo cual es mucho decir.

También Colombia, es decir, su clase privilegiada, cafetalera por excelencia, se beneficiaba en 1953, como las de El Salvador y Haití, con el alza del grano en su mercado internacional, que no era otro que el norteamericano. A mediados de año, la libra se pagaba a 66,40 centavos de dólar, precio altamente satisfactorio. Era un año electoral y Gómez ya planeaba su continuidad dinástica a través de un equipo adicto, con su hijo Alvaro a la cabeza. Esto contrarió las aspiraciones del otro sector oligárquico que se creía acraedor a la sucesión, y trajo como resultado la escisión del conservatismo. Por la grieta se coló el ejército, con gran fanfarria liberal y apoyo de la desidencia conservadora representada por Ospina Pérez y Gilberto Alzate Avendaño. El 13 de junio, el comandante general de las fuerzas militares, Gustavo Rojas Pinilla, asumió la presidencia. Esa misma madrugada Laureano Gómez había echado a un lado a Urdaneta, había reasumido la presidencia y destituido a Rojas Pinilla. Pero cuando este irrumpió sorpresivamente en la presidencia, ya Gómez estaba escondido.

Paréceme tener otra vez frente a mí a monseñor Germán Guzmán, exactamente como en nuestras amenas charlas en La Habana, en 1968, al releer su relato de los sucesos de aquel 13 de junio de 1953 en Bogotá. Su estilo cobra en esta página de su libro la misma sonrisa irónica, la misma sal y pimienta de su conversación, agradablemente despojada

del tono episcopal de un purpurado. Por eso su reproducción es irresistible:

Rojas y Urdaneta sostienen un diálogo de medias tintas, entre calculado y comedido, serio y ridículo, oferente y huidizo, comprometedor y desconcertante, efusivo, cosquilloso y maquiavélico:

"Doctor Urdaneta", le dice Rojas, "puede usted asumir de nuevo la presidencia. Yo, personalmente, no tengo ninguna ambición de poder. Cuento con el respaldo de las fuerzas armadas para que continúe en el empeño que todos le reconocemos de dar garantías a todos los colombianos, sin discriminación alguna."

"General", replica Urdaneta, "yo no puedo asumir la presidencia de la república porque ya el señor Laureano Gómez se encargó del poder en la mañana de hoy. Y si yo asumiera la presidencia, sería un gobierno de facto. De manera que mientras el doctor Gómez no renuncie, yo no me puedo encargar nuevamente del poder [...]"

Y, oh solución salomónica, comisionan a Luis Ignacio Andrade para buscar a Laureano, con un cometido: pedirle que renuncie [...]

"Como no se encontrara al señor Gómez", son palabras textuales de Rojas, "y continuara el impasse y la negativa del doctor Urdaneta hasta las diez de la noche de ese día, solamente por la presión de los oficiales representados en palacio, por jefes de alta graduación, me vi obligado a asumir la presidencia de la república."<sup>60</sup>

Rojas Pinilla entró prometiendo "no más sangre, no más depredaciones a nombre de un partido político; paz, justicia y libertad". Eduardo Santos, Alfonso López y Carlos Lleras Restrepo lo aplaudieron desde París, Londres y México, respectivamente. El diario *El Tiempo* lo declaró Segundo Libertador. En el Hotel Tequendama, liberales y conservadores de Ospina y Alzate lo homenajearon. En nombre de los primeros habló Darío Echandía, componendista del bogotazo, y en nombre de los segundos, Guillermo León Valencia, futuro presidente, segundo en turno, de la entente 1958-74. En el Hotel Tequendama, como es uso y costumbre, todo fue manoseo del nombre de Bolívar. Era el 24 de julio de 1953, ciento setenta aniversario del nacimiento de Bolívar, antevíspera del asalto al cuartel Moncada. No era bolivariano lo que pasaba en Bogotá; sí lo que se preparaba en Santiago de Cuba.

Ciertamente, el país tuvo un respiro que duró hasta el 12 de noviembre de 1954. Ese día trecientos sol-

<sup>59</sup> Revista Índice, d, 8, p. 76.

<sup>60</sup> Germán Guzmán: op. cit., p. 138.

dados masacraron a un grupo de campesinos pacíficamente reunidos en la región de Villarica, Tolima. Comenzaba la "segunda ola" de violencia en Colombia.

2-12° lat. N.

60-74° long. O.

### MÁS LÓGICO QUE BOLÍVAR

Tijera en mano, cortando cintas simbólicas, rodeado de los muy conocidos y obsecuentes funcionarios públicos que no faltan en estos casos, pasó el mes de noviembre de 1953 el coronel Marcos Pérez Jiménez presidente de Venezuela. Se inauguraban las obras públicas que culminaban su primer año de gobierno: la autopista La Guaira-Caracas, la arteria metropolitana de la Avenida Urdaneta, la Autopista del Este, la avenida Guzmán Blanco, el Círculo de las Fuerzas Armadas, la Casa Sindical de Caracas, las ampliaciones del Museo de Bellas Artes, el Mercado Principal de la Pastora, el grupo escolar Agustín Aveledo, los edificios norte y sur del Centro Simón Bolívar, el centro administrativo de la Ciudad Universitaria con la monumental Aula Magna, el hotel Tamanaco, las urbanizaciones obreras para "la eliminación masiva de los ranchos de los cerros" como El Paraíso y Ciudad Tablitas, autopistas y construcciones en Maracaibo, Maiquetía, Barquisimeto, etc. Doña Flor Chalbaud Cardona de Pérez Jiménez, rodeada de las también ubicuas damas de compañía en esas ceremonias, ponía la nota femenina en los bloques residenciales del Banco Obrero o en la casa posnatal de Artigas.

La literatura oficial entonaba los himnos gloriosos de rigor:

Entre el 24 de noviembre y el 2 de diciembre de 1953 fueron inauguradas y dadas al servicio innumerables obras, la mayor cantidad que registra la historia de la República [...] De esta manera, el joven mandatario pone en evidencia ante la ciudadanía venezolana la forma en que está efectuándose el programa de mejoramiento del medio físico que anunciara un año antes al asumir el cargo de presidente constitucional de Venezuela [...] El ambiente de seguridad y de paz que hoy existe está creando un nuevo espíritu venezolano y, a la vez, conquistando para el país un sitio muy destacado dentro del concierto de los pueblos libres de América.<sup>61</sup>

La cuna de Bolívar se transformaba, es cierto, a un ritmo verdaderamente asombroso. Rápidamente perdía la fisonomía que le conocí apenas siete años antes, en 1946, y mucho más aquella otra de las fotografías de 1935, a la muerte de Juan Vicente Gómez, antaño, semicolonial, provinciana. Ya era una ciudad aspirante a urbe, con autopistas como la del Este con su parkway, pasos a dos niveles y canalización del río Guaire, y estructuras metálicas para edificios de treintidós pisos, como los del Centro Bolívar.

Pero el verdadero autor del prodigio no era el coronel Pérez Jiménez, sino un taumaturgo muy peligroso, de proporciones colosales, y con un poderío casi mundial: el petróleo. En ese momento, la producción venezolana duplicaba la de la Unión Soviética, superaba a la de todo el Medio Oriente y sólo era menor que la de los Estados Unidos. En las estadísticas, Venezuela aparecía como el país más opulento de la América Latina, sin problemas de divisas, sin deuda exterior, con presupuestos siempre balanceados y un activo internacional de 330 millones de dólares, o sea, 1100 millones de bolívares. Sólo los Estados Unidos y el Canadá tenían en América mayores reservas en oro. La producción promedio diaria había sido de 1 700 barriles en 1951. El bolívar se vendía a 3,09 por dólar y el dólar a 3,35 bolívares en el Banco Central Venezolano. Entre 1945 y 1951 el fisco recibió 1700 millones de dólares, el 50% de las ganancias —por lo menos de las declaradas— de las compañías explotadoras. Esto era tanto como las dos terceras partes del presupuesto nacional. A principios de la década, las reservas conocidas se calcularon, conservadoramente, en 9 350 millones de barriles, pues solo dos de las cinco hoyas petrolíferas estaban explotadas a gran escala. Si la geología era tan generosa que convertía "en realidad (casi sin sentido figurado) la repetida frase de que Venezuela flota en un mar de petróleo, la geografía contribuía a darle esa posición privilegiada: los barcos tanques procedentes de Venezuela llegaban a Europa antes que los del golfo Pérsico, y a los Puertos del Este de los Estados Unidos antes que el petróleo de Texas. El per capita venezolano de 1949 había sido fijado en 480 dólares por las Naciones Unidas, mientras que el del Uruguay era de 330; el de la Argentina, 320; el de Chile, 190; el de Colombia, 130, y el de México, 120. Más vale no recordarnos del de Haití.<sup>62</sup>

Tanta cifra, tanta estadística, tanto dato, era música celestial para los beneficiarios nacionales, y extranjeros. Un hombre de negocios venezolano, corifeo indiscutido de su clase, opinaba que "las perspectivas, económicas y los ajustes administrativos son excelen-

<sup>61</sup> Servicio Informativo Venezolano: Venezuela bajo el nuevo ideal nacional. (Realizaciones durante el primer año de gobierno del coronel Marcos Pérez Jiménez.)

<sup>62</sup> Ver: H. González-Heytrop: "Espejismo del oro negro. La 'heterodoxia' económica venezolana", en revista *Latinoamérica*, México, n. 55, julio de 1953. 0

tes y se nota en todo el país progreso y diligente actividad, envidiable situación y prosperidad". Editorialmente, el New York Times del 4 de diciembre de 1952 opinaba que "desde un punto de vista práctico, frío, del interés financiero inmediato y de la seguridad, es naturalmente deseable que Venezuela permanezca ordenada, que el vital petróleo continúe fluyendo y que las relaciones con los Estados Unidos sigan amistosas". Pero esa música, como todas, tenía sus bemoles, y no pocos, por cierto. Bemoles que echaban por tierra la falsa retórica de la literatura oficial, 'el dictamen clasista del hombre de negocios, y el punto de vista práctico, frío, del imperialismo yanqui y su vocero. Porque ni Pérez Jiménez, era constitucional, sino de origen espurio, ni había seguridad y paz, ni el venezolano era un pueblo libre, ni en todo el país se notaba situación envidiable, ni prosperidad, ni, en fin, era deseable para Venezuela que el petróleo continuara fluyendo.

El modo en que Pérez Jiménez se había abierto paso hacia el poder lo situaba, con talla no menor, al lado de los más típicos especímenes del Caribe 1953, que hemos visto en este mapa hablado. Egresó de la escuela militar un año antes de la muerte de Juan Vicente Gómez, a los veinte de edad; perfeccionó sus estudios en artillería y estado mayor en el Perú. Su mentor, fue Manuel Odría, con quien tuvo a partir de 1948 un paralelismo similar al de Trujillo con Somoza. Años después, en la plenitud del poder (1955), ambos se intercambiarían visitas.

El 19 de octubre de 1945 Pérez Jiménez, en compañía del mayor Carlos Delgado Chalbaud, del capitán Mario Vargas y de la dirigencia de Acción Democrática (AD), derrocó el régimen respetuoso y progresista de Medina Angarita, que había sucedido en 1941 a Eleazar López Contreras, heredero de Juan Vicente. Pérez Jiménez no integró la "junta revolucionaria" nacida de aquel gorilazo (como se diría después), cuya presidencia ocupó Rómulo Betancourt. Pero en la sombra del cuartel empolló sus aspiraciones presidenciales y maduró su vocación de conspirador. La política tortuosa y sectaria de Rómulo y su grupo adeco fueron una excelente incubadora para los sueños golpistas de Pérez Jiménez. El camino se allanó en 1947 con la elección de Rómulo Gallegos, tras de cuyo prestigio literario y simplismo político, Betancourt siguió siendo el factotum del régimen. El 24 de noviembre de 1948, Gallegos fue derrocado de un papirotazo por el ministro de Defensa, Delgado Chalbaud, el jefe del estado Mayor, Pérez Jiménez, y el subjefe, Luis Felipe Llovera Paez, los tres, para esta época, tenientes coroneles.

El segundo dio una gran zancada hacia su meta, pero aún le estorbaban los otros dos conmlitones. Pérez Jiménez integró con ellos una junta militar, de gobierno y, al mismo tiempo, asumió el ministerio de

Defensa. Acción Democrática, que era la gran mayoría del pueblo, fue disuelta por decreto del 7 de diciembre, y sus militantes, desde el presidente del Congreso, Valmore Rodríguez, hasta el más modesto ciudadano, fueron acosados, perseguidos, encarcelados. Sólo Betancourt logró asilarse en la embajada de Colombia y salir después con salvoconducto. Delgado Chalbaud declaró a la revista mexicana Tiempo: "más que contra Gallegos, el golpe fue contra Betancourt, que era en realidad la voluntad activa de AD". Sin embargo, la junta hizo la obligada profesión de fe anticomunista para obtener, como obtuvo, el rápido reconocimiento yanqui. El lenguaje era el del momento: "repudiamos [...] todo extremismo, toda actividad política inspirada en doctrinas exóticas e internacionalistas y [...] toda tendencia hacia el totalitarismo, cualquiera que sea su signo". Nada de esto tenía que ver con Rómulo. Él era, desde hacía mucho tiempo, reiteradamente anticomunista. Ninguna prueba mejor que su entrega de nuevas ramas de la economía —ganadería y pesca— a la Venezuela Basic Economic Corp., de Nelson Rockefeller.

Desde el principio hubo algo que no marchó bien en la junta. Ya el 27 de enero de 1949 los tres miembros de dicho cuerpo hicieron una extensa exposición a la oficialidad de las fuerzas armadas nacionales. Allí dejaron constancia de que "una de las falaces propagandas hechas hasta hoy se refiere a divergencias en el seno de la junta. No existe ninguna [...]". Pero el río sonaba, aun cuando este tipo de lucha —la lucha por el poder— es siempre sorda mientras no estalla la crisis definitiva. No hay pruebas (nunca quedan) de que el asesinato de Delgado Chalbaud en una emboscada, el 13 de noviembre de 1950, haya sido el estallido de la crisis. Se habló de "un admirador y amigo del mayor Pérez Jiménez, ayudado de una banda de cómplices", de "circunstancias no aclaradas" y de todas esas cosas con las que se escamotea la verdad en este tipo de Crímenes. El autor material del mismo, Rafael Simón Urbina, fue, a su vez, cazado por la policía, como lo fue el asesino de Gaitán cuando el bogotazo.

Pérez Jiménez no tomó el poder exclusivo entonces. No lo necesitaba, porque el hombre fuerte era él. Ni Llovera Páez, ni el remplazante de Delgado Chalbaud, un abogado que fungió como presidente nominal, le impedían gobernar a su antojo. Así esperó tranquilamente un año, antes de hacerse elegir presidente "constitucional". Sorpresivamente, las elecciones para una Constituyente, en noviembre de 1952, fueron ganadas por la Unión Republicana Democrática (URD), que canalizó la opinión contraria a la junta, o sea, la de todo el país: millón y medio de votos. Pérez Jiménez no se esperaba esto y se despojó brutalmente de sus escrúpulos por aparentar legalidad en la ascensión. Golpeó sin medida, con insania. Ilegalizó la URD; expulsó a su líder, Jovito

Villalba, ya la dirigencia toda; envió a Italia al abogado, y a Honolulu al otro teniente coronel de la junta y luego los hizo renunciar; desconoció los escrutinios y se hizo nombrar por el ejército presidente interino y ministro de Defensa.

La tortura y el asesinato se pusieron a la orden del día. Poco antes de que Pérez Jiménez realizara su pequeño 18 Brumario, había sido asesinado en la calle Leonardo Ruiz Pineda, jefe de Acción Democrática en la clandestinidad. La Seguridad Nacional, policía secreta, prosiguió la obra con el auxilio de torturadores españoles, portugueses e italianos. La tiranía impuso silencio a los venezolanos y les prohibió toda clase de reuniones. Nuevos muertos, dirigentes políticos y sindicales, se sumaron a las listas macabras: Alberto Carnevali, Antonio Pinto Salinas, Luis Hurtado, Nieves Ríos, Hernán González.

El 10 de enero de 1953 Pérez Jiménez fue elegido presidente por una Constituyente adobada a su antojo. El 25 de abril de ese año cumpliría 39 años de edad. Por ello resulta algo exagerado este párrafo del adulador oficial, escrito un año después:

El jefe de Estado más joven del mundo lo tiene Venezuela en él, que ha demostrado desinterés, honradez, carácter y un gran sentido humano del deber patriótico. Dotado ampliamente para la exactitud y la bondad, constituye el ejemplo de hombre más lógico que haya visto la República en el lapso de ciento cincuenta años.<sup>63</sup>

Debe haber un error de fecha en el amanuense cortesano, pues de otro modo Bolívar quedaría por debajo de Pérez Jiménez en la escala de los hombres lógicos. Ni Bolívar había ingresado a la historia ni la república existía en Venezuela ciento cincuenta años antes de ese párrafo. En 1804, Bolívar, con veintiún años de edad, vivía en París y escribía al caballero Denis de Trobriand: "Ah, estad convencido, el reinado de Bonaparte será dentro de poco tiempo más duro que el de los tiranuelos a quienes ha destruido". Este pronóstico del sagaz futuro gran visionario era, guardadas las proporciones, perfectamente aplicable al Pérez Jiménez de 1953. Por eso calificué su golpe como "pequeño 18 Brumario".

La fiebre de las construcciones y la prisa de las inauguraciones tenían en 1953 un sentido escenográfico. Tal "mejoramiento del medio físico" tenía por objeto deslumbrar a las delegaciones del Continente que llegarían a Caracas en marzo de 1954 para la X Conferencia interamericana, la famosa, la de Foster Dulles, la de la Resolución XCIII anticomunista, la de la sentencia de muerte contra la democracia guatemalteca. Escenografía suntuosa, colosal, si se quiere,

pero construida con cemento amasado en sangre y petróleo. Era allí donde se estaba petrificando el aceite, en vez de seguir el previsor consejo de "sembrar el petróleo" en los campos. En estos solo se sembraban huesos, como en el campo de concentración de Guasina.

Sembrar el petróleo sería tanto como reinvertir las cuantiosas sumas originadas de su explotación en el desarrollo agrícola e industrial del país. Era una política que tendía a hacer a Venezuela menos dependiente, no sólo de la Creole Petroleum, subsidiaria de la Standard de New Jersey, de la Mene Grande, subsidiaria de la Gulf Oil, y de la Royal Dutch Shell, sino también, en menor escala, de la Bethlehem Steel Corp. y de la U.S. Steel Corp., explotadoras del hierro de la Guayana venezolana. Era, además, una política tendiente a liberar a Venezuela de la monstruosa importación de artículos de primera necesidad: carnes, huevos, leche condensada, queso, maíz y papas. En 1950, por ejemplo, se había importado 151 toneladas de alimentos, con un costo de 383 347 217 bolívares.

Seguramente el pueblo de Venezuela no deseaba que el petróleo continuara fluyendo, como decía el New York Times, cuando la siqueza petrolera suponía el empobrecimiento de las mayorías rurales que tenían que vivir de los productos de la tierra. Los precios de los artículos se elevaban al nivel de las posibilidades de los trabajadores petroleros, cuyos salarios eran comparativamente altos respecto de los del resto de la población. De allí la migración a las ciudades y a los campos de petróleo, con todas las consecuencias conocidas. El 90% de los venezolanos sufría esas consecuencias, pero la minoría privilegiada no: "[...] la economía deformada no le quita el sueño al 10% que se sienta en este moderno festín de Baltasar".<sup>64</sup> Mientras tanto, la limitada superficie laborable de Venezuela estaba bajo la acción destructiva de la erosión.

Pero este problema no preocupaba al gabinete Caudillac, cuyo interés era proteger la intangibilidad de los big-big-business regados por el mundo, dentro de los cuales el imperio del petróleo, con su provincia de Venezuela, según nomenclatura de O'Connor, era quizá el mayor de todos. Y Pérez Jiménez era para aquel gabinete un buen administrador de la mencionada provincia, y eficiente policía como lo demostraban no sólo su pronunciamiento conjunto con el colega Urdaneta de Colombia, en 1953, sino todos sus hechos: la represión cotidiana a los brotes "subversivos", por mínimos que fueran; el orden del país; el freno a la Federación de Trabajadores Petroleros, ilegalizada y decapitada con la prisión de sus líderes desde principios de la década.

Meritorio fue también para Pérez Jiménez garantizar que la X Conferencia interamericana se desarrollara dentro de la más absoluta calma. El recuerdo del bogotazo inquietaba a los diplomáticos de la OEA. Desde luego, no había motivo, pues aquella catástrofe había sido provocada por el propio conservatismo en el poder como pretexto para liquidar, de una vez por todas, a sus adversarios históricos, según se ha visto. En Caracas no se corría ese riesgo: Pérez Jiménez ya había liquidado a sus opositores —al menos así lo parecía— por medios más expeditos. En todo caso, los diplomáticos votaron una resolución final en la Conferencia para agradecer la espléndida hospitalidad que les había brindado aquel hombre lógico. Dentro de la lógica del establishment.

En reconocimiento a tantos y tan buenos servicios, Eisenhower le otorgó la medalla de la Legión del Mérito a los cuatro meses del derrocamiento de Arbenz. Tiempo después, en diciembre de 1955, la revista *Whisper*, de Nueva York, hacía este comentario, tan lógico como Ike y el condecorado:

Con unos 3 000 millones de dólares invertidos en Venezuela, no es nada extraordinario que el presidente Eisenhower, el Departamento de Estado, el Congreso y todos los gigantes de la industria petrolera sean dulces y amables hacia el presidente Pérez Jiménez de Venezuela. El presidente Eisenhower llegó hasta acordarle la Legión del Mérito en el grado de comandante en jefe, la más alta condecoración que puede conceder Estados Unidos a un extranjero.

5° lat. S.—2°lat. N.

75,82° long. 0.

#### EL TERCER VELASQUISMO

El primero de septiembre de 1952, en el teatro principal de Quito, Galo Plaza Lasso hizo entrega de la presidencia del Ecuador a José María Velasco Ibarra. La sala, por este hecho, se convertía momentáneamente en el Parlamento de la república, pues en ella nos encontrábamos los "honorables" legisladores, a quienes el nuevo gobernante dirigía su primer mensaje, y los diplomáticos que asistíamos a la ceremonia en misión especial. Al día siguiente, fuimos recibidos por el mandatario, quien conversó con cada uno brevemente. Calvo, canoso, magro, con un grueso bigote y la piel blanca pegada a los huesos de la cara, acusaba, sin embargo, una suerte de energía nerviosa, de vitalidad, de naturaleza fácilmente irritable. Tenía entonces cincuentinueve años de edad. Cuando lo volví a ver en Buenos Aires, una década después, me pareció que no había cambiado. Mi impresión primera coincidía con la que dio un periodista colombiano que lo entrevistó por esos días: "Su apos-

tura corporal, erecto y delgado, se mantiene en su línea tradicional, a pesar de su alta estatura, y he teñido la impresión de que ella es la traducción somática de su castigado y severo temperamento de político implacable y combativo".<sup>65</sup>

En realidad concurríamos a la iniciación de lo que un historiador ecuatoriano llama el "tercer velasquismo".<sup>66</sup> A este, el único que concluyó por la vía constitucional de las elecciones, en 1956, siguieron un cuarto (1960-61) y un quinto (1968-72) velasquismos que, sumados a los dos primeros (1934-35 y 1944-47), también interrumpidos violentamente como aquellos, abarcan casi cuarenta años de la política ecuatoriana. Uno puede preguntarse, sin incurrir en exceso de imaginación, si habrá un sexto velasquismo. Desde luego, es difícil porque Velasco Ibarra cumple este año los ochenta de edad— pero no imposible, dadas las características de este fenómeno excepcional de vigencia política, de recurrencia, en la América Latina del siglo xx.<sup>67</sup> Porque no es el caso de las largas tiranías, continuas o alternadas con hombres de paja, de Porfirio Díaz (1876-910), de Manuel Estrada Cabrera (1898-920), de Juan Vivente Gómez (1908-35), de Leónidas Trujillo (1930-61) o del clan Somoza (1934- ). No, Velasco Ibarra no puede confundirse con ellos ni en lo sanguinario ni en lo ladrón. Nada de eso. Ha sido autócrata, pero no déspota, y no ha buscado su permanencia en el poder a cambio de prodigalidad en la enajenación de las riquezas y del territorio nacionales. Al contrario de aquellos, ha sido realmente elegido sobre la base de una innegable y abrumadora popularidad. Es conocida su frase de que para ser elegido presidente por el pueblo le basta con un balcón en cualquier esquina del Ecuador. He oído decir a ecuatorianos no velasquistas que eso es cierto.

Creo que para comprender bien el fenómeno Velasco Ibarra hay que descifrar previamente la política ecuatoriana de este siglo, tarea nada fácil. Desde el asesinato del gran reformador liberal Eloy Alfaro, latinoamericanista de inspiración bolivariana y martiana, quemado en una calle de Quito en 1911, hasta

<sup>65</sup> Carlos Restrepo Piedrahita: en periódico *El Tiempo*, Bogotá, 2 de enero de 1953.

<sup>66</sup> Alfredo Pareja Diezcanseco: *Historia del Ecuador*, Quito, t. II, 1958.

<sup>67</sup> En una entrevista a Velasco Ibarra, hecha por María Teresa Estevez Brasa para el periódico *Mayoría*, de Buenos Aires, titulada "José María Velasco Ibarra cumple 80 años" (6 de marzo de 1973), se lee este diálogo: —Si votaran los analfabetos, entonces usted duplicaría sus votos. ¿Es así?

—Posiblemente —contestó sonriendo.

—¿Piensa ser elegido presidente por séptima vez?

—Quisiera tener diez años menos... pero ya entro en los ochenta años y no puedo pensar en ese.

el último derrocamiento de Velasco Ibarra en 1972, hubo treinta cambios de gobierno. A las dos tendencias políticas históricas con raíces en el siglo XIX, la conservadora —cuya figura culminante, téticamente prominente, Gabriel García Moreno, consagró el país al Corazón de Jesús, en 1873— y la liberal —dinamizada por la memoria eminente de Alfaro, sin otra continuidad que el culto a esa memoria— se sumaron en 1931 las izquierdas, escindidas por candidaturas en el Partido Socialista y en la Vanguardia Revolucionaria Socialista. Cuarenta años después, en 1971, acordaron un programa común, suscrito por el Partido Comunista, el Partido Socialista, el Partido Nacionalista Revolucionario, la Unión Democrática Popular y otras organizaciones menores. Guardando las diferencias de estilo y de ingredientes clasistas, la política ecuatoriana es tan complicada como lo era la uruguaya, con sus colegiados, lemas, sublemas y demás. Y, curiosamente, se trata de las dos más pequeñas repúblicas sudamericanas. En las mayores, las cosas son menos complejas, se presentan un poco más en blanco y negro.

¿Dónde ubicar a Velasco Ibarra dentro de ese contexto? En ninguna parte. Representa un hecho político distinto, bautizado por él como el velasquismo y así admitido por la historia y la literatura política ecuatorianas. O, mejor, como dice Pareja Diezcanseco, los velasquismos, porque uno de los rasgos característicos y originales de este fenómeno es que no se trata de un movimiento orgánico, de una actitud continuada de las masas populares, sino de una reacción emocional, masiva e intermitente. Así, por lo menos, lo han visto los observadores, aunque el protagonista del hecho se ha mostrado a veces en desacuerdo. A veces, no siempre, porque no es raro encontrarlo en desacuerdo consigo mismo. Veámoslo. El periodista colombiano que cité anteriormente dijo en su reportaje algo que es comunmente admitido:

Velasco Ibarra encarna, a su vez, el tipo del caudillo o jefe carismático. En esta circunstancia reside el secreto profundo de sus victorias fulgurantes, y allí también se halla la raíz inequívoca de sus reveses estruendosos. Su destino no conoce el tranquilo estar, el equilibrado transcurrir. Su vida es una fragorosa tensión entre la lucha sin pausa y el triunfo, entre su idealismo desmesurado y la áspera y amorfa materia política con que tiene que enfrentarse. Para él no hay términos medios: la presidencia ó el destierro, el júbilo o la desilusión, el amor o el odio de sus compatriotas.

En ese mismo reportaje, Velasco Ibarra pareció corroborar el juicio:

¡Las fuerzas auténticamente populares! Ahí están precisamente mi fuerza y mi debilidad:

mi fuerza, porque cuento con la emoción cívica general que me ha traído tres veces al poder; mi debilidad, porque no cuento con un partido político debidamente estructurado que sepa hacer una acertada propaganda y que sepa mantener esa emoción cívica a pesar de las dificultades que desgastan a cualquier gobierno-

Pocos días antes, en su discurso de toma de posesión de 1952, sin embargo, atribuía sus altibajos políticos a otra causa, distinta a la inconstancia de la "emoción cívica", fuente y respaldo de su poder. Dijo entonces:

En el exterior se ha repetido que cuando no estoy en el poder, el pueblo ecuatoriano no piensa sino en elevarme al mando, y que, cuando lo poseo, no piensa sino en despedirme. Sin embargo, para quien conoce la realidad de las cosas, la verdad es que el pueblo ecuatoriano me ha entregado el poder haciendo sacrificios por alcanzar la libertad, y que cuando he poseído el mando, las oligarquías me han calumniado y excitado a la traición cobarde.<sup>68</sup>

No es menos vana la empresa de precisar la ideología de este caudillo *sui generis*. Unas veces se muestra como fervoroso partidario de la unidad, por encima de las corrientes ideológicas, y otras —como acabamos de ver— ataca duramente a esas mismas corrientes, sean liberales, conservadoras o de izquierda. En 1952, a muchos nos pareció desconcertante su discurso inaugural en el teatro de Quito. En uno de los momentos más vibrantes y enérgicos de la larga lectura, Velasco Ibarra expuso:

Tenemos una misión internacional. La influencia biológica española, que se traduce en el temperamento y el carácter, y la influencia espiritual francesa han dado a los hispanoamericanos una misión en la historia, misión que puede ser de extraordinaria originalidad en el actual manicomio universal. Comunistas y so-

<sup>68</sup> J. M. Velasco Ibarra: Obra doctrinaria y práctica del gobierno ecuatoriano, Quito, t. I, 1965. Veinte años después, en la entrevista de Mayoría citada, explicaba así el hecho:

—Usted fue elegido seis veces presidente del Ecuador. Cinco, pudo ocupar la presidencia y una sola terminó su mandato. ¿A qué se debe esa curiosa propensión a ser derrocado?

—Hay que conocer a Ecuador. Allí siempre dominaron dos partidos: los conservadores, o sus herederos, de tendencia católica; y los liberales, o sus herederos, de tendencia laica. El fraude fue permanente en Ecuador hasta mi primera presidencia. Y si usted tiene en cuenta que fui elegido seis veces, se podrá imaginar las razones por las cuales los antiguos dueños del país han utilizado todos los medios para sacarse de encima al intruso, como era y es el Movimiento Velasquista.

cialistas y cristianos y todos, en el fondo, estamos hastiados de la esclavitud del hombre. Nos rebelamos contra el hecho de que la persona humana, representante de Dios en la tierra, esté atada, sea arrastrada en el polvo y en la indignidad por el capitalismo, la codicia, el negocio desenfrenado, la sed de dominación, la tiranía, el fraude, el cinismo, la astucia explotadora [...]

La influencia del orgullo español y de la espiritualidad, la lógica y el sentimiento francés, han de llevarnos a los sudamericanos a proclamar en el mundo el derecho sagrado de la persona humana individual.

Marcel Niedergang escribió cuando el quinto velasquismo (1969), con natural complacencia: "*Ayant fail des études a Paris, Velasco Ibarra est l'un des presidents les plus réellment francophiles d'Amérique.*"<sup>69</sup>

Ciertamente, en la década de los años veinte, ya abogado, Velasco Ibarra estudió filosofía del arte en la Sorbona con Víctor Basch, hizo cursos sobre Lutero y Duns Scoto en la Escuela de altos estudios religiosos y siguió las lecciones de epistemología del profesor Le Roy en el Colegio de Francia. Esa cultura francesa, inspiración de su individualismo, se traslucía en su discurso. A mí, nativo de un país de indios, me chocó el violento contraste de esas ideas con la presencia física, ubicua y lacerante del pequeño indio agachado, depauperado, que veía transitar por las calles de Quito. Los descendientes de los gallardos guerreros de Rumiñahui que continuaron resistiendo al invasor tras el derrumbe del Tahuantinsuyo, pululaban por la calle, silenciosos, despersonalizados, olvidados de Dios, con sus trenzas y harapos, mientras en el escenario del teatro su nuevo gobernante exaltaba, con orgullo español y sentimiento francés, "la persona humana, representante de Dios en la tierra".

A renglón seguido, hizo profesión de fe anticomunista. Pero no con el cínico oportunismo de sus colegas y contemporáneos adscritos incondicionalmente a la política yanqui de agresividad contra el mundo socialista en avance. No fue el anticomunismo de consigna orquestado desde Washington, sino uno a su modo, por convicción, sin la actitud convencional y genuflexa de sus otros colegas. Si el estilo es el hombre, esta cita de 1952 es un buen retrato, incluyendo lo anacrónico:

En el duelo fatal de esta hora entré el mundo occidental y el mundo oriental, Sudamérica tiene que estar por el Occidente, porque el triunfo de los zares de Rusia sería la anulación

total, durante muchísimos años, de los derechos de la persona individual humana. El Oriente ignora, a pesar de su incomparable profundidad metafísica, la personalidad individual humana. Durante milenios tendrá que elaborarse la conciencia oriental con la ayuda de las técnicas y doctrinas sociales de Occidente para que también surja en Oriente, pero esta vez espléndidamente enriquecida, la persona individual humana.<sup>70</sup>

El primer año de gobierno del tercer velasquismo tenía que ser, por definición, un año agitado. Parecería que la política y la naturaleza hubieran entrado en un acuerdo para sabotear la reconocida prisa de Velasco Ibarra por hacer, por construir, por realizar obra material sobre la marcha, sin detenerse en planificaciones, ni estimaciones, ni cálculo, ni nada de esas formalidades llamadas técnicas y en su concepto inventadas para inflar burocracias, epatar profanos y perder el tiempo. Dinamismo, acción, rapidez, obra, obra tangible, eso era lo urgente. Pero no sólo la política y la naturaleza le ataban las manos, sino que, además, el pesado fardo de la deuda pública heredada lastraba su impulso constructor-

Al asumir la presidencia, Velasco Ibarra calculó que el déficit presupuestal, al 31 de diciembre de 1952, sería el más alto en la historia del país: 48 399 502 sucres. En su mensaje al Congreso, el 10 de agosto de 1953, informó que las deudas pendientes ascendían a 71 873 661 sucres. En esas condiciones, como lo reconoció seis meses después en una entrevista para El Telégrafo, de Guayaquil, era imposible realizar las animosas perspectivas trazadas en su mensaje del primero de enero de 1953: construir carreteras, crear regadíos, electrificar, construir escuelas, hospitales, casas indispensables para los más altos y urgentes servicios administrativos, equilibrar las urgencias de la producción con las imposiciones humanas de los consumidores. Muy poco pudo adelantar el plan vial de mil ochocientos kilómetros de carreteras, especialmente la unión vital, esencial, de la Sierra y la Costa. Mucho, dadas las circunstancias, se pudo avanzar en la carretera Girón-Pasaje. "Hasta los enemigos me han felicitado" pudo decir Velasco Ibarra. Pero faltaba la otra carretera, la Durán-Tambo.

El invierno ahogó muchos deseos de hacer. Los ríos Chanchán, Chimbo, Ambato, Cristal, de suyo apacibles, se lanzaron desorbitados, inesperadamente enloquecidos, sobre líneas férreas y caminos y amenazaron con anegar poblaciones. La Sierra y la Costa quedaron incomunicadas: era imposible llevar gasolina a la Sierra, ni productos serranos a la Costa. El cuadro

<sup>69</sup> Marcel Niedergang: op. cit., t. 2, p. 151.

<sup>70</sup> J. M. Velasco Ibarra: op. cit., p. 175.

lo pintaba patéticamente el presidente ante el Congreso el 10 de agosto:

[...] en general no fue la falta de previsión de nadie, sino el furor imponente y arrasado de la naturaleza, contra la cual nada valen hombres ni gobiernos, lo que sumió al país en horas de angustias en los meses de marzo y abril. En Manabí hubo puentes y poblaciones destruidas, familias arrebatadas hacia el mar por los torrentes que se improvisaron y precipitaron desde las alturas. Hubo hundimientos en el Azuay y espantosa alarma en todas partes. Cuando ya descansábamos creyendo que la naturaleza había vuelto a su majestuosa serenidad, él Postaza, estimulado por el iracundo Chambo, resolvió destruir puentes y carreteras. Y, luego, Quijos y Zamora fueron puestos a dura prueba por el alocamiento de los torrentes y el furor de las tempestades.

Las tempestades políticas no fueron menos furibundas. Estallaron casi al día siguiente de la iniciación del tercer velasquismo. Ya la gente hablaba de la inestabilidad del régimen y el gobernante urdió modos para decapitar la oposición: a sus rivales, los excandidatos liberal y conservador de la pasada campaña, los expatrió como embajadores a los Estados Unidos y a México, respectivamente, y al principal dirigente del Partido Liberal Radical, a España con igual cargo. Pero el presidente del Partido Socialista, Manuel Agustín Aguirre, era insobornable. A él no podía envolverlo en papel de protocolo para exportarlo como a los otros. Golpeó entonces una institución creada por la Constitución de 1929, la de los senadores por representación funcional. Estos no eran elegidos popularmente, sino designados por determinados sectores con derecho a esa representación: la prensa, la enseñanza primaria y normal, la educación secundaria y superior, las academias, la agricultura, la industria, los trabajadores y los indios. Manuel Agustín Aguirre era, obviamente, el senador funcional por los trabajadores, pero Velasco logró su desafuero por el Congreso. Los legisladores dejaban de ser "honorables" cuando no eran gratos a Velasco. De allí mis comillas del principio.

Dice Pareja Diezcanseco que el primer punto de apoyo de la campaña velasquista de 1952 fue Guayaquil, donde dominaba Carlos Guevara Moreno, alcalde de tan importante ciudad-puerto y violento jefe de la Concentración de Fuerzas Populares (CEP). Sin embargo, a corto plazo sobrevino la ruptura con el cefepismo, el encarcelamiento de su jefe y su deportación sin más trámite. Velasco declaró que la oposición era de los placistas (de Galo Plaza), de los socialistas y de los comunistas, y la calificó de "solapada e hipócrita". Y por gravitación, fue atraído hacia la derecha. Se rodeó de los falangistas de la

Asociación Revolucionaria Nacionalista Ecuatoriana (ARNE) y entregó el Ministerio de Gobierno al conservador Camilo Ponce Enríquez.

Estuvo muy bien cuando rechazó la ingerencia de la SIP, en noviembre de 1953, tras la clausura de los diarios El Comercio y Últimas Noticias; muy certero, al calificar esa ingerencia como

insuportable, audaz y cínica labor de una entidad capitalista extranjera, animada no por periodistas, sino por dueños de periódicos, que, previendo la posibilidad de ataques a sus empresas mercantiles periodísticas, ha establecido una entidad solidaria, capitalista e interesada para protestar contra toda sanción a un periódico castigado.

Sin embargo, quien así situaba en su verdadero sitio a uno de los tentáculos del panamericanismo imperialista norteamericano, era el mismo que declaraba en su mensaje al Congreso, en agosto:

Los Estados Unidos de Norteamérica profesan la democracia y el respeto a los derechos del hombre y del ciudadano. Los Estados Unidos son ahora el único dique eficaz contra el sovietismo totalitario. Aproxímanos a los Estados Unidos la geografía y la misma doctrina del Estado y de la vida. Somos, pues, fieles al panamericanismo.

Desde luego, el veía tras ese panamericanismo "una cooperación económica fácil, oportuna y generosa", y no los grandes negocios, la gran banca, las grandes industrias, los monopolios, la *good partner policy*, etc. La United Fruit no era aquí usurpadora de tierras como en Guatemala y Honduras, era solo compradora a los productores nacionales y revendedora en el mercado yanqui. El banano suponía la mitad de las exportaciones ecuatorianas. El cacao y el café complementaban esas exportaciones. Por ello se hacía menos sensible la dependencia: era de mercado. No había sonado la hora del petróleo ecuatoriano. El país aún no reaccionaba ante el latrocinio de su riqueza pesquera.

19-0° lat. S.

70-82° long. O.

## EL SOLDADO DE AREQUIPA

El 3 de octubre de 1970, el general Juan Velasco Alvarado expresó en su discurso por el segundo aniversario del inicio de la revolución peruana: "En octubre de 1968, muchos creyeron que se trataba de un golpe militar más. Se explica la desconfianza de los primeros momentos, el escepticismo de algunos

sectores populares, la sorpresa de algunos intelectuales, que no podían creer que este fuera realmente revolucionario". En esas breves palabras, el general Velasco Alvarado resumía un largo y duro capítulo de la historia del Perú que bien puede remontarse a los albores de la República, a los días del general Agustín Gamarra. Es el capítulo de los golpes militares, en el cual figura, con caracteres relevantes, el general Manuel Odría.

Salvo la mera coincidencia de haberse dado el golpe que llevó al poder a Odría en el mismo mes de octubre, exactamente veinte años antes del movimiento de los oficiales revolucionarios que tomaron el gobierno con el general Alvarado a la cabeza, ningún otro detalle ofrece similitud entre ambos acontecimientos. Al contrario, ambos tienen signos completamente diferentes, opuestos, antagónicos. Tanto como las palabras reacción y revolución. La circunstancia de que el Apra se haya encontrado en la trinchera enemiga en ambos casos es una analogía aparente.

La trayectoria de Odría hasta el entonces llamado Palacio de Pizarro, en Lima, es tan poco épica como la de Pérez Jiménez al Palacio de Miraflores, en Caracas. Aquí sí hay mucha similitud. Ambos golpistas se adueñaron del poder, en sus respectivos países, en 1948 y, según se quejó el derrocado presidente venezolano Rómulo Gallegos, el rápido reconocimiento de Odría por los Estados Unidos estimuló el apetito de poder de Pérez Jiménez y los otros dos triunviros y los alentó a reditar la operación un mes más tarde y en versión propia. Si Pérez Jiménez persiguió como objetivo principal acabar con Acción Democrática y con su líder Rómulo Betancourt, Odría, por su parte, quiso liquidar al Apra y a su jefe Haya de la Torre. Hay una notable homología entre Odría y Pérez Jiménez, por una parte, y entre Betancourt y Haya, por la otra. Y es notable también el hecho de que, habiendo partido de posiciones aparentemente antitéticas, los dos militares y los dos demagogos, sus líneas hayan llegado a juntarse, al final, por obra y gracia de sus coincidencias esenciales. Fenómeno que no podría producirse nunca entre el cuasi extinto Apra de hoy y el Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada del Perú.

Como a Pérez Jiménez, los antecedentes de Odría tampoco lo prestigian en grado heroico. En 1948, el entonces presidente Bustamante y Rivero, en medio de una crisis política insalvable, reorganizó el Gabinete por sexta vez y entregó las once carteras exclusivamente a militares. Harry Kantor, el exégeta del aprismo, critica por ello a Bustamante con tan candorosa ingenuidad que obliga, sin remedio, a la sonrisa: "Compárese esto", ejemplifica, "con el Gabinete del general Eisenhower quien, no obstante ser él mismo un soldado profesional, tiene un gabinete ciento

por ciento civil".<sup>71</sup> Ya sabemos que el Gabinete Eisenhower de 1953 era el "gabinete Cadillac", y pudo haber sido el Gabinete del doctor Caligari, por la monstruosidad de las mentes "civiles" que lo integraban. Sabemos que aquellos belicistas "civiles" eran la máxima representación de los big-big-business, resueltos a llevar a la humanidad a una tercera guerra, atómica y hasta de hidrógeno, para incrementar sus inversiones y ganancias computadas con cifras logarítmicas. Sólo al profesor de la Universidad de Florida, que en España quedaría clasificado entre lo que el pueblo llama "almas de cántaro" (o de kántaro), se le podía ocurrir semejante ejemplo. Pero, bueno, esa era la manera de ver las cosas de muchos "liberales democráticos" norteamericanos de la época. En ese Gabinete de Bustamante figuró, como ministro de Gobierno, el entonces oscuro coronel Manuel Odría.

En una transacción con la oligarquía, los apristas habían contribuido a la elección de Bustamante por el Frente Democrático en 1945. Obtuvieron entonces veinte senadores, sobre cuarentiséis, y cincuentiocho diputados, sobre ciento treintidós. A cargo de esos legisladores apristas corre la cesión del desierto de Sechura a los grandes intereses monopolistas petroleras yanquis, cosa que, naturalmente, les elogia Kantor. En 1947 se rompió el frente oligárquico, como tenía que ser. Entre suspensiones de garantías constitucionales, supresión de consejos municipales y huelgas en Lima y El Callao ordenadas por los apristas, llegó el 3 de octubre de 1948,

En el Callao estalló una sublevación armada de oficiales de la marina. Hubo lucha cruenta de dos o tres días y, al final, el ejército y la aviación dominaron la revuelta, con el saldo de un centenar de muertos. El papel de los apristas en estos sucesos es turbio pero parece que un sector, el de los más violentos e impacientes, quiso copar el golpe a su favor, contra los planes elaborados por la alta dirección del partido.<sup>72</sup>

<sup>71</sup> Harry Kantor: *Ideología y programa del movimiento aprista*, México, 1955, p. 40

<sup>72</sup> En su libro *El APRA. Del oportunismo a la traición* (La Habana, 1963) César Jiménez da esta versión de los acontecimientos: "La dirección del Apra trató desesperadamente de tomar el poder, para lo cual organizó otra conspiración militar. Esta fue conocida, como 'Plan G' de Haya de la Torre. Consistía en la preparación de un 'cuartelazo' con algunos altos oficiales y hasta con algunos generales, de ahí la 'G'. Se constituiría una junta militar, la cual convocaría luego a elecciones, entregándole el poder al 'electo' Sr. Víctor Raúl Haya de la Torre. No resultaba muy difícil atisbar detrás de ello las influencias de sectores reaccionarios 'internos' y 'externos'. Pero el 'Plan' se echó a perder. Un sector de apristas del 'Comando de defensa' —organización conspirativa civil y militar del Apra—, descontento con los planes de su dirección, organizó otra conspiración con tropas y oficiales de baja graduación, además de unos pocos oficiales de alto rango. Su plan consistía en asestar un golpe sorpresivo

Aquí no corresponde hacer historia del aprismo, ni análisis de sus tesis, contradicciones, claudicaciones, contorsiones políticas y justificaciones sofisticas. Eso está fuera de este mapa hablado. No obstante, la cita tomada de un testimonio del propio alto mando aprista de la época se impone, siquiera porque nos descubre la basura acumulada bajo la alfombra que vientos posteriores vinieron a revolver con sus inevitables miasmas y emanaciones. En un extenso documento dirigido al "compañero jefe" Haya de la Torre, el 11 de junio de 1954, por los secretarios generales y del exterior, Manuel Seoane y Luis Barrios, respectivamente, al referirse a la situación posterior a 1945, dice:

Por falta de suficiente vida democrática dentro del partido se produjo un involuntario y sutil, pero efectivo, distanciamiento entre las masas y su dirección. Este cuadro general sirvió de marco a los sucesos del 3 de octubre que determinaron la aparatosa caída del partido. Es verdad inconcusa que fueron Ariamente planeados por un reducido grupo de ambiciosos y traidores sin escrúpulos. Pero, ¿por qué ellos lograron arrastrar a tantos leales militares, que se jugaron la vida o la perdieron convencidos de que se sacrificaban por el partido? ¿Era simplemente la sorpresa en las órdenes? No, compañero jefe. Había un asidero para la indisciplina basado en el descontento o la desesperación de las masas partidarias. Ya el 6 de enero de 1948 se había producido un alarmante anticipo que demostró la contumacia de los traidores y la inoperancia del aparato disciplinario del partido para refrenarlos y eliminarlos.<sup>73</sup>

Bustamante no tenía interés alguno en discernir ese género de responsabilidades dentro de los ad lateres del "compañero jefe", y sí mucho en barrer a este,

en diferentes lugares con tropa y civiles apristas, apoderarse de posiciones estratégicas y de equipos y armamentos importantes, y proceder luego a 'entregar armas al pueblo', según su decir. Dueños del poder 'arreglarían' la situación con los 'líderes' del Apra para entregarles el gobierno bajo ciertas 'garantías'. La insurrección estalló en la madrugada del 3 de octubre de 1948, pero fue traicionada por los propios líderes del aprismo, quienes desorganizaron la insurrección mediante contraórdenes, acusaron a los organizadores de 'comunistas' y luego huyeron cobardemente a refugiarse en las embajadas diplomáticas. Los jefes abandonaron así a sus dirigidos. La insurrección fue aplastada después de una heroica lucha de los marineros sublevados de la flota, la escuela naval y el arsenal naval, respaldados por 'defensas' civiles del Apra. El partido aprista fue 'ilegalizado', (p. 32-3).

<sup>73</sup> Carta del Comité coordinador al jefe del partido del pueblo. Texto completo reproducido por Rogger Mercado en Vida, traición y muerte del movimiento aprista, Lima, 1970.

con aquellos y con todos los apristas del Perú. Por consiguiente, ilegalizó al partido, encarceló a más de mil de sus miembros y ordenó la ocupación militar de los locales y el cierre del periódico La Tribuna. La dirigencia logró ocultarse en espera de los acontecimientos, pero estos no le fueron nada favorables. Todo lo contrario.

La crónica de la llamada Revolución restauradora de Arequipa, que encabezó Odría el 27 de octubre de 1948, lo pinta lleno de hesitaciones, nada marcial, nada resuelto al todo por el todo, a mojarse los pies en su Rubicón, que en este caso, pudo haber sido el Rimac. Uno de sus compañeros de Conspiración, el capitán Vargas Mata, evocó años después: "en realidad, a Odría se le llevó de la mano desde el planeamiento de la revolución hasta sentarlo en la silla de Pizarro".<sup>74</sup> César Jiménez coincide, desde otra posición: "Para las páginas cómicas de la historia peruana quedará el recuerdo de una delegación que viaja apresuradamente a avisar al fugitivo general Odría que había triunfado su gallarda Revolución restauradora".<sup>75</sup> En efecto, Odría fue llevado en avión a Lima el 30 de octubre, una vez expulsado Bustamante, y conducido a Palacio en automóvil cerrado. Llegó con las botas secas, pero no limpias.

Porque si algo restauró la pomposa restauradora fue los más sórdidos intereses, con personajes acordes con ellos. Nadie se engañó entonces y los hechos lo evidenciaron en los años inmediatamente posteriores. La revista Oiga recuerda:

Como dirían después muchos, "hubo una siniestra y oculta fuerza detrás de Odría: la reacción peruana, los exportadores, la ultraderecha que ambicionaba aumentar sus ingresos con la subida del dólar, el cese de los controles y el tristemente célebre comercio libre que no es sino el enriquecimiento de unos pocos a costa de la miseria de la población en general". El cuartelazo había triunfado, y con él quienes lo auspiciaban: la derecha, a través de Pedro Beltrán, asesorado por Eudocio Ravines. Este era sólo un "golpe" más. Se iniciaba el ochenio. . .<sup>76</sup>

<sup>74</sup> "El cuartelazo de Odría", en revista Oiga, Lima, n. 397, 31 de octubre de 1970.

<sup>75</sup> César Jiménez: op. cit., p. 33.

<sup>76</sup> Revista Oiga, art. cit.

Respecto de Eudocio Ravines es, como se dice en el Derecho Procesal, "cosa juzgada". Esta sentencia, de Jiménez tiene el consenso general: "E.R. participó en la organización de los núcleos apristas en Europa. Después se unió al Partido Comunista, donde llegó a ser su secretario general. Su nombre está unido al de una política sectorial, intolerante, enemiga de la crítica, liquidacionista de militantes honrados. Cayó en el trotskismo. Después viró al derechismo. Por último se convirtió en agente descarado del Departamento de

Odría había dicho en su proclama de Arequipa que colgaría de los postes de Lima a los apristas, "lamentando que no los hubiera en número suficiente para hacer un escarmiento en regla". Así advertidos, los dirigentes del Apra no perdieron tiempo. Haya se asiló en la embajada de Colombia en enero de 1949 y allí permaneció hasta 1954. El resto de la alta jerarquía aprista salió del país como pudo. La diáspora abarcó casi toda la América Latina y, en 1953, había células o comités de apristas peruanos (CAPS) en México, Santiago de Chile, Buenos Aires, Panamá, Caracas, Bogotá, Puerto Rico, La Paz, La Habana, Costa Rica y Guatemala.<sup>77</sup>

Constitucionalmente, ni como militar ni como presidente de facto en ejercicio, Odría podía ser candidato en las elecciones de 1950, que él convocó. Pero el jurado electoral, que él mismo designó, lo declaró elegible y anuló las candidaturas de dos posibles contendores. El ejército acalló una protesta en Arequipa, con el inevitable saldo de muertos y heridos, y luego asumió la responsabilidad de "garantizar el pacífico desarrollo del proceso electoral". Gracias a todo ello, Odría pudo decir en su discurso del 28 de julio de 1950, que tituló Programa de acción, que su elección había sido "el producto incuestionable del voto popular, expresado en forma abrumadora". Muy parecida en el rejuego fue la igualmente "abrumadora" elección de su discípulo de Caracas, según se ha visto.

Tan parecidos eran Odrí y Pérez Jiménez que Eisenhower consideró adecuado no establecer diferencias entre ellos. Los dirigentes apristas expresaban en su carta-reproche al "compañero jefe" cómo no

Estado yanqui. Expulsado, repudiado por todos los sectores políticos, su nombre en el Perú es sinónimo de traición y podredumbre moral. Es uno de los actuales 'campeones del anticomunismo'. Hasta sus amos sienten asco hacia él". Ravines fue expulsado del Perú por el actual gobierno como indigno de ser peruano. Un modo de conocer su verdadera catadura es leer —dominando la repugnancia que inspira— su libro América Latina, un continente en erupción, texto típico de un plutogogo mercenario de menor cuantía. (La Habana, Editorial Librerías Unidad, S.A., 1960)

<sup>77</sup> Aunque hubo amistades que, según "Kantor, sirvieron hasta a la ORIT, que es como decir la AFOL (American Federation of Labor) y, a través de esta, la CIA, no todos fueron de esos. Conocí muy de cerca a casi todos los integrantes del CAP de Guatemala. Podro Muñiz, uno de los prófugos de la embajada cubana en Lima, era ingeniero de minas y fue asesor técnico del Instituto de Minería de Guatemala, del cual fui abogado asesor en 1949-51. Otros, como Andrés Townsend Ezcurra, Guillermo Vegas León, Jorge Raygada, fundaron la revista Istmania, de estilo informativo moderno. Jorge León Seminario fue asesor técnico del Instituto de Fomento Cooperativo. Debo decir que este equipo no usó mal de la hospitalidad que le brindó el presidente Arévalo, gran admirador de Haya de la Torre, a quien acogió como "huesped ilustre" en 1946.

podían olvidar "que el general Eisenhower condecoró al general Odría, no obstante ser este un genocida y despótico asaltante del poder que puso fuera de la ley al partido de las mayorías nacionales" y se dolían de "una mengua en el tono combativo y crítico del antimperialismo del partido". Hasta John Gunther encontró fea la condecoración a Odría, de quien dice en su libro: "En aquella época se le consideraba representante de la extrema derecha, y los círculos liberales de todo el Continente se estremecieron cuando el presidente Eisenhower lo premió con la misma condecoración que impuso a Pérez Jiménez, el dictador venezolano"<sup>78</sup>

La condecoración y un préstamo de treinta millones de dólares sólo eran pequeñas muestras de reconocimiento a Odría por parte del gobierno de los grandes negocios. Está de más decir que el "soldado de Arequipa", como esos jóvenes locos que salen en cualquier ciudad norteamericana disparando a todos lados, hacía fuego tanto contra apristas como contra comunistas. Y esto era un título honorífico de acentuado carácter macartista, como lo era el Pacto militar de defensa mutua firmado en 1952 al igual que Brasil, Ecuador y Cuba. Pero nada era tan altamente estimado en la capital financiera e industrial del imperialismo como la "actitud positiva" de Odría frente a los considerables intereses fincados en el Perú, que nacían de este uno de los más preciados "santuarios de lucro". Para Gunther, el Perú era "el máximo empleo sudamericano de economía colonial" v. según su propio testimonio, seguía siendo "un país lleno de intereses industriales y comerciales extranjeros" hasta muy poco antes del movimiento revolucionario de la fuerza armada.

Desde 1920, unas seis grandes empresas yanquis se repartían la explotación de las riquezas peruanas. La Cerro Pasco Coooper Corp. exportó en su mejor momento el 95% del cobre, el 75% de la plata y el 50% del oro del Perú. La International Petroleum Co. (IPC), de la Standard de New Jersey, era ama y señora del petróleo, y la International Telegraph and Telephone (ITT), por supuesto, lo era de los teléfonos. En el momento actual, ni la Cerro Pasco, ni la IPC, ni la ITT necesitan presentación; los procesos revolucionarios de Perú y Chile las han exhibido al desnudo. Por su parte, la W. R. Grace & Co., con casi medio centenar de empresas diferentes, era productora mayoritaria de algodón y azúcar, y la mayor exportadora del país. En menor escala, también participaban intereses ingleses, italianos, japoneses, etc. Sería necesario un escalpelo muy fino para llegar hasta las fibras que interrelacionan unos intereses con otros.

<sup>78</sup> John Gunther: Sudamérica por dentro, México, 1970, p. 377.

Odría sirvió espléndidamente a esos y a otros intereses. Estos otros se llamaban exportadores y hombres de negocios peruanos, entre los cuales Pedro Beltrán Espantoso era figura eminente. Anteriormente estos y las empresas yanquis estaban sujetos al control de divisas por el Banco Central. Odría suprimió dicho control, introdujo el cambio libre, y los magnates del azúcar, del algodón y del arroz bailaron de contento y dispusieron libremente de sus dólares. Las empresas monopolistas remitieron sus ganancias alegremente a los Estados Unidos, sin freno alguno. Pero el Sol (unidad monetaria peruana) entró en picada y la inflación golpeó a las pobres gentes que no negociaban con dólares. Hubo prosperidad, es verdad, pero de ella solo se beneficiaron dos peruanos de cada diez. La Ley de petróleos emitida por Odría, que, según este, "convertiría al Perú en una nación muy rica", fue conceptuada en la revista Time (24 de mayo de 1952) como "de lo más encomiable" por un vocero de la IPC.

La excelencia del clima peruano creado por Odría para las inversiones extranjeras se reflejó no solo en la condecoración, sino también en el envío a Lima de Claude M. Courand, director de la Agencia de Obtención de Materiales para la Defensa, con rasgo de ministro, donde instaló su cuartel general. Con palabras tomadas de Time (el 6 de octubre de 1953) diré que el objetivo de Courand en Lima era "acelerar la producción de materias primas estratégicas para el programa de almacenamiento y armamento de los Estados Unidos", tales como níquel, tungsteno, cobalto y cualesquiera otros "artículos de oferta reducida sobre los que pueda poner sus manos". Declaró este híbrido de saqueador y diplomático que esperaba "lograr que los gobiernos aumenten la producción de metales y minerales empujándolos a crear condiciones justas para el desarrollo de la minería". Y algo más: que "se encuentra en Perú porque cree que el nuevo código minero y petrolero del presidente Odría ha creado las condiciones justas". Nada mejor que el Perú de 1953 para conocer la traducción real de esa frase yanqui: "condiciones justas".

En el orden internacional, hubo dos circunstancias que hicieron a Odría, por una parte, una especie de vedette de las agencias noticiosas, y, por la otra, el eje alrededor del cual giró una compleja política del cono sur, que involucró al Brasil, a la Argentina y a Chile. La primera circunstancia fue todo un gran espectáculo montado por Odría desde 1949 con Haya de la Torre como estrella de primera magnitud, y sostenido hasta 1954. Como se recordará, el "compañero jefe", que se hacía llamar Pachacutec por sus adoradores, se asiló en la embajada de Colombia para no ser el primer colgado de un poste de Lima, según la sentencia de Odría. Pero este estaba empeñado en no soltar tan precioso rehén, literalmente, el más gordo de los peces posibles, y así convirtió la embajada co-

lombiana no solo en cárcel, sino en plaza sitiada. Ocupó todos los edificios de los alrededores y abrió trincheras en las calles adyacentes, de modo que Haya no pudiera esearpárcele de ningún modo. Tenía el ingrato recuerdo de los dirigentes que se le habían evadido de la embajada de Cuba dentro del maletero de un automóvil, episodio que originó la ruptura de relaciones con el gobierno de Prío.

Odría se negaba a extender el salvoconducto a Haya, considerándolo reo de múltiples delitos comunes y exigía a Colombia su entrega, por ser impropio el asilo. Los gobiernos colombianos del binomio Gómez-Urdaneta y de Rojas Pinilla, que habían heredado el problema de Ospina Pérez, sostenían el principio de que, conforme al Tratado de Montevideo de 1954 sobre asilo, procedía extender el salvoconducto al asilado, puesto que la calificación de político o común, correspondía al gobierno que otorgaba el asilo. La Corte Internacional de La Haya, hasta la cual llegó el sonado diferendo, produjo un fallo irrisoriamente salomónico: declaró que Colombia no estaba obligada a entregar a Haya puesto que este, por la ficción de la extraterritorialidad, estaba en territorio colombiano, y que Odría no estaba obligado a dejarlo salir, puesto que se encontraba en territorio peruano, dentro de la soberanía peruana. Sólo en 1954, por orden norteamericana y con vista a la X Conferencia interamericana de Caracas, Haya pudo dejar el asilo. Lo que entonces dijo e hizo, en la escala de las claudicaciones, pertenece a otra historia, no a este mapa hablado. De allí nació la extensa carta planífera que le dirigieron sus amados discípulos en 1954.

La otra circunstancia fue el viaje de Odría a Río de Janeiro. Pero como esto involucra a otros gobiernos sudamericanos, prefiero hablar de ello en capítulo aparte.

55-12° lat. S.

35-82° long. O

#### CRUCE DE VÍAS EN EL CONO SUR

El general Carlos Ibáñez del Campo tomó posesión solemne de la presidencia de Chile el 3 de noviembre de 1952. Aunque su elección debió ser ratificada por el Congreso por no haber alcanzado la mayoría absoluta, fue inobjetablemente popular. El electorado votó en primer término, contra la desesperante inflación que ahogaba a las amas de casa y al resto de las masas populares. Pero votó también contra lo que había representado su antecesor Gabriel González Videla, que el propio Ibáñez enjuició así en sus declaraciones del 12 de septiembre: "[...] la política exterior del régimen que acaba de ser repudiado por el pueblo ha carecido de dignidad e independencia y ha sido política de sometimiento y vasallaje [...] Oportunamente

expresé las razones por las cuales consideré este pacto [militar con los Estados Unidos] como inconveniente para la unidad latinoamericana". El programa electoral era concreto y convincente, y logró coligar a una serie de fuerzas heterogéneas pero patrióticas: entre otras cosas, prometía derogar la odiosa Ley de defensa de la democracia y restituir, por ende, su legalidad al Partido Comunista; denunciar el llamado Pacto de seguridad mutua; estrechar vínculos con los pueblos de la América Latina; reanudar relaciones con la Unión Soviética y comerciar con todos los países del mundo y, finalmente, preparar el camino para recuperar las riquezas naturales en poder de los grandes monopolios mineros yanquis.

Ibáñez se encontraba en Buenos Aires cuando lanzó su candidatura como independiente, y sorprendió a los partidos históricos oligárquicos, el conservador, el liberal y el radical, que, profundamente agrietados y sumamente desprestigiados ante la opinión pública, atravesaban momentos críticos.

Ibáñez tenía antiguos vínculos con la Argentina, pues allí había transcurrido su exilio después que un movimiento puso fin a su primera presidencia, en 1930. De esta circunstancia se valía la lengua bífida, interna e internacional, de la reacción. Atacaba el programa de Ibáñez, en cuanto tenía de antimperialista y de efectivamente democrático, presentándolo como de inspiración peronista. La voz cantante en esta propaganda la llevaba el embajador norteamericano en Santiago, Claude G. Bowers, tan compinche de González Videla como Tom Whelan de Somoza, por ejemplo, en esa misma época. En esta ingerencia electoral, tuvo Bowers otro colega parecido: Spruille Braden contra Perón, en la Argentina, en 1946. Ibáñez triunfó, y el embajador yanqui tuvo que salir de Chile, a su tiempo. La propaganda tendiente a presentar a Ibáñez como influido por Perón y a este como fascista, tendía a abrir un foso entre el nuevo mandatario y las izquierdas chilenas. Los resultados electorales demostraron que la propaganda no había dado resultado, lo cual es fácilmente explicable. En primer lugar, la acusación de fascista era un disco de 78 rv/s para fonógrafo de cuerda, en la época de los LP de 33 rv/s. Ya nadie escuchaba esa canción que pudo haber sido eficaz cuando los perritos escuchaban la "voz del amo" con la oreja pegada al conocido megáfono. En 1953 —y desde 1947— el propio imperialismo había puesto de moda otra tonada: la del "comunismo internacional", que entonces orquestaba a todo volumen contra Guatemala y contra la Guayana inglesa. ¿Podía alguien creer que el imperialismo yanqui, a esa altura de la guerra fría, considerara al fascismo como delito terrenal y pecado celestial, cuando el mismo anidaba redivivo, rabioso y bien alimentado, en el propio seno del sistema, bajo la nueva montera del macartismo? Esto y más sabían, por otra parte, las izquierdas chilenas, que, fricción más o menos,

se hallaban entre las más maduras, coherentes y firmes de la América Latina. Los veinte años corridos desde entonces lo demuestran, con Allende a la cabeza.

Perón había sido elegido también por segunda vez en 1951, conforme a la reforma constitucional de 1949. Si entre la primera y la segunda elecciones de Ibáñez habían mediado veintidós años, entre las de Perón no mediaba ni un día. Pero es un hecho que también en esta ocasión se expresaba la voluntad mayoritaria de las masas argentinas, cualesquiera que fueran los ajustes del censo electoral y las redistribuciones regionales del sufragio.

Además del cargo de fascismo, la campaña contra el régimen peronista cargaba sobre sus espaldas todas las culpas de un estado crítico en la situación económica y política del país. Se magnificaba lo que era una situación real, consecuencia de múltiples factores internacionales. Se exageraba la inflación y hasta se vaticinaba que Perón, sin Evita, muerta en 1952, no podría conducir a las masas, atraerlas, como había hecho aquella. Con esto se perseguía distorsionar los hechos, para presentar el evidente apoyo popular al régimen peronista como el fruto de una desenfadada demagogia. New York Times, Time, International Financial Times figuraban entre los más gárrulos en la ruidosa campaña. La revista mexicana índice resumía esta situación así: "Por otra parte, la ingerencia norteamericana en los asuntos internos de Argentina ha sido denunciada con frecuencia y las manifestaciones hostiles contra el peronismo por parte de Norteamérica han hecho que el régimen de Perón sea enemigo acérrimo de los norteamericanos y su penetración en la propia área de influencia del peronismo" (n. 5, julio-agosto-septiembre, 1952). Índice no era precisamente simpatizante de Perón.

Al ofrecer esa imagen casi caótica de la economía y de la política argentinas, se perseguía desmoralizar al pueblo peronista que era inmensamente mayoritario, desprestigiar a quien lo guiaba y presentar al imperialismo como el deus ex machina que salvaría al país. En otras palabras, la presión se ejercía cada vez más para obligar a Perón a una claudicación. En Brasil y en Bolivia pasaba lo mismo con Getulio Vargas y con el MNR. A Arbenz, en Guatemala, y a Jagan, en la Guayana británica, se les aplicaría el otro método: el del garrote.

Desde 1945, Perón viene repitiendo una frase en la que sintetiza su pensamiento acerca del futuro latinoamericano. Desde entonces ha dicho que "el año 2 000 verá a Iberoamérica unida o dominada". Muy pocos días antes de que yo llegara a este meridiano en mi mapa hablado, Perón reiteró otra vez esa convicción, en Madrid, en entrevista para la televisión

española. El comentario de esa entrevista dijo, entre otras cosas:

El líder histórico del justicialismo rechazó de plano toda constitución de mercados comunes como camino de la integración. Es indispensable —expresó—, antes de ir a un mercado común, crear la comunidad de intereses. Señaló que durante su etapa de gobierno había sido emprendido pero que, posteriormente, hubo intereses imperialistas que nos pusieron el palo en la rueda, creando la ALALC (Asociación latinoamericana de libre comercio) y otros organismos similares (AFP, 31 de mayo de 1973).

Una coyuntura favorable para buscar esa unificación de intereses pareció ser la presencia en Chile, en 1953, de un gobierno de notoria raigambre popular, con un programa nacionalista y reivindicador, encabezado por un jefe militar que había hecho planteamientos políticos avanzados durante su campaña y que aparentaba, a pesar de sus setenticinco años, tener la energía y la firmeza necesarias para ratificar con los hechos sus enunciados doctrinarios. A eso se agregaba la feliz circunstancia geográfica de que ese régimen se inauguraba precisamente al otro lado "de la cordillera, en la vecindad andina. Tal parecía entonces, y Perón consideró llegado el momento de iniciar el acercamiento.

En febrero de 1953, viajó a la provincia fronteriza de Mendoza y de allí, invitado por Ibáñez, cruzó los Andes y llegó a Santiago. Bowers tronó casi hasta el paroxismo porque la presencia de Perón lo sorprendió dormido en su quinta de recreo, sin dejarle tiempo siquiera de prevenir al Departamento de Estado. Tronaron El Mercurio, de Santiago, y toda la reacción chilena. Tronaron Wall Street, los "amos de la prensa" yanquis y los diarios encadenados en la SIP. Era primario que la propaganda se dirigiera, fundamentalmente, a soliviantar el sentimiento nacional del pueblo chileno, presentando la visita como una ofensa a ese sentimiento y al país, poco menos que invadido, al igual que Checoslovaquia por Hitler en los inicios de la Segunda guerra mundial, como dijo literalmente algún periódico. El mejor termómetro para tomar la temperatura a la reacción que provocó este viaje de Perón a Chile es Bowers, puesto que él, por razón de oficio, daba el tono como fuente de donde emanaba la información que subía Washington y que era devuelta, debidamente procesada, en forma de consignas para la consiguiente campaña. Uno puede deducir lo que Bowers diría a Foster Dulles y al Gabinete Cadillac, juzgando por lo que después escribió para el público. Como lo dice el sentido común, en un libro destinado a la publicidad debió empalidecer hasta lo incoloro los tonos cárdenos y violentos de sus informes diplomáticos confidenciales. No obstante, quedaron huellas de esos tonos aún después

del necesario pulimento. Transcribo algunas líneas de Misión en Chile para que el lector tome el pálpito por sí mismo:

Los incidentes más dramáticos, e incluso espectaculares, de este período provinieron de la infortunada visita oficial del presidente Perón, el dictador de Argentina [...] Cuando llegó yo me encontraba en Villa Alemana, congratulándome de estar fuera de la capital y, libre de toda obligación de asistir a las funciones diplomáticas en su honor [...] Desgraciadamente, las circunstancias iban a hacer inevitable que me encontrara con el dictador fascista. El presidente Ibáñez ofreció una recepción para él en la Moneda, y como una invitación a asistir es una orden, fui a Santiago, y sabiéndose que me encontraba en la ciudad, no hubo escapatoria a la recepción en la embajada Argentina [...] Pude observar que Perón poseía cierto encanto de modales; era gracioso, simpático, pero no sugería ni con mucho a un estadista serio. Más bien buen mozo y jovial, tenía una notable semejanza con los ociosos y pijes que frecuentaban los cafés en Nueva York [...] La visita de Perón fue un fracaso, pero la prensa dominada por él pintó en Buenos Aires cuadros luminosos de la emotiva y afectuosa recepción que le brindó el pueblo chileno.<sup>79</sup>

El 21 de febrero de 1953, Perón e Ibáñez firmaron el Acta de Santiago de Chile, en la cual los gobiernos de Argentina y Chile se comprometieron a coordinar sus esfuerzos para alcanzar los ideales de solidaridad que animaron "la unión de Argentina y de Chile en las gestas históricas de la Independencia". Índice es un buen reflejo de cómo vieron los observadores objetivos la visita de Perón a Chile. Comentó dicha revista:

Con motivo de ella se perfilaron más claramente que nunca las tendencias que buscan la formación de un bloque sudamericano para luchar en el campo internacional. Se considera que, en gran medida, a eso obedece la efervescencia diplomática que reina en Sudamérica. Además del sentido político interior que en cada país tuvo la visita, tendió a demostrar al nuevo gobierno, de los Estados Unidos que la Argentina no está sola, a la vez que dio la oportunidad para que se firmara Un pacto encaminado a llegar a suprimir las aduanas de ambos países en su comercio recíproco, aboliendo los impuestos que lo gravan [...] y no cabe duda respecto a que en una importante medida, la posición económica de ambos países puede fortalecerse en virtud de

<sup>79</sup> Claude G. Bowers: Misión en Chile 1939-1953, Santiago de Chile, 1957, p. 381-3.

la unión estipulada inicialmente en Santiago de Chile (n, 8, abril, mayo, junio, 1953).

Siendo así, el Acta de Santiago de Chile no podía ser nada grata al imperialismo. Mucho menos cuando, en cumplimiento de sus disposiciones, Ibáñez devolvió la visita a Perón en Buenos Aires y firmó con él un Tratado de unión económica chileno-argentina, el 8 de julio de 1953. Este tratado, según dijo Ibáñez en el Congreso argentino, era "el paso inicial para la adhesión, con iguales fines, de los demás hermanos de nuestra América Latina". Esa era precisamente la rueda donde había que meter el palo, según la imagen típicamente gráfica de Perón. El palo, desde luego, ya estaba hecho y tenía marca, como los bates Spaulding (made in USA). Marca y dedicatoria.

Paulo R. Schilling, economista y sociólogo, brasileño y marxista, ha situado a Getulio Vargas con toda justicia en el prominente lugar que le corresponde entre las grandes figuras del Brasil. No es un apolo-gista ni un detractor, sino un intérprete del proceso histórico-social brasileño y un crítico severo de sus protagonistas, lo cual refuerza la autoridad de sus enjuiciamientos. En uno de estos dice de Vargas: "En vez de buscar unidad con los países de la América pobre, único modo de hacer frente con éxito al imperialismo yanqui, Vargas, en más de una oportunidad y en flagrante contradicción con su política interna nacionalista, sirvió de instrumento a los Estados Unidos".<sup>80</sup>

El mismo escritor pone como ejemplo de esa contradicción de Vargas "el apoyo a la doctrina intervencionista de Foster Dulles, en la Conferencia Panamericana, que dio origen al aplastamiento del gobierno democrático de Arbenz". Personalmente, fui testigo de otra contradicción, en Washington, en 1951 durante la IV Reunión de Consulta de la OEA, cuando el canciller del Brasil era João Neves de Fontoura, un petiso capaz de cargar sobre sus espaldas, como Hércules, nada menos que al mundo de la Esso Standard Oil, de la cual era abogado. Y como si este no hubiera sobrado para evidenciar la línea de total obsecuencia de la delegación brasileña frente a las exigencias yanquis de embarcarnos en su agresión a Corea, uno veía deambular en las salas y corredores de la Unión Panamericana de Washington a otro miembro de la delegación brasileña, también coloso del entreguismo: Assis de Chateaubriand, dueño de una cadena de treintidós periódicos (Diarios Asociados) y de otra de radiodifusoras. Proporcionalmente, un William Randolph Hearst brasileño, cuyas tesis eran como estas: "el nacionalismo perjudica al país (Brasil)" o "Brasil está moralmente obligado a enviar tropas a Corea".

Tales tesis esgrimía Chateaubriand en apoyo del embajador brasileño en Washington, Moreira Salles, quien, a fines de 1952, había hecho declaraciones contra el "nacionalismo" brasileño, es decir, contra la política de Getulio Vargas. Caso insólito de un diplomático que desautoriza públicamente la política del mismo gobierno al que representa. Al mismo tiempo, Chateaubriand defendía, como senador que era, el pacto militar con los Estados Unidos, que el Senado debía ratificar. La reacción nacional era de repudio a ese instrumento de dominación y entrega. Diarios nada antiyanquis, como Noticias Gráficas, Crítica y La Época, calificaron a Chateaubriand de "ejemplo de entreguismo y traición en el Brasil", y hasta el proimperialista Correlo de Manha, dijo que, por el pacto, "Brasil se obliga a cumplir planes cuya determinación depende en última instancia del gobierno norteamericano".

Esos hechos y otros muchos constituían, en efecto, un chocante contraste con los lineamientos de la política de Vargas frente al capital extranjero, y, más que con los lineamientos, con los hechos. Porque Vargas denunciaba enérgicamente el inconmensurable saqueo a que aquellos capitales tenían sometido al país, y adoptaba medidas defensivas para frenar ese saqueo. Procuraba rescatar lo ya entregado y, ante todo, defendía con tenacidad inquebrantable lo que todavía estaba en poder de los brasileños: su petróleo. Ellos, el pueblo, habían sabido impedir que esa riqueza fuera entregada a manos extranjeras, desde 1948. Vargas, con la ley 2 004, del 3 de octubre de 1953, que creó el monopolio estatal Petrobrás, dio justa culminación a esa lucha. Era su misma batalla de veinte años atrás, jalonada con los códigos de minas y aguas, con la creación del Consejo Nacional del petróleo y con muchas otras medidas que eran otros tantos cerrojos contra el asalto alevoso del capital imperialista en la zona petrolera del Brasil. Fresca todavía la tinta con que había firmado la ley 2 004, Vargas redactaba otra para crear Electrobrás, a fin de romper los grilletes de la Light and Power y de la Bond and Share,

Era evidente que esa dualidad de política obedecía a causas muy poderosas que escapaban al control del propio Vargas. No a una inconsecuencia, ni a un juego peligroso por lo ingenuo, que a nadie hubiera podido engañar de haberlo pretendido. Esa dualidad era la manifestación externa de una situación concreta en ese momento histórico. Es necesaria una breve explicación.

Como Ibáñez y como Perón, Getulio Dornelles Vargas fue elegido por segunda vez, en 1950, por el auténtico pueblo brasileño. "Las asambleas políticas parecían actos prerrevolucionarios. El entusiasmo era enorme, la esperanza sin límites. El día de la victoria fue una verdadera fiesta popular", dice Schilling. Sin em-

<sup>80</sup> Paulo R. Schilling; Brasil para extranjeros, Montevideo, 1967. p. 149.

Largo, esa legítima y explosiva alegría de las masas tenía un trasfondo de tragedia parecido al del carnaval carioca de Orfeo negro. Las mismas fuerzas torvas que habían derrocado a Vargas en 1945, con el embajador yanqui Adolf Berle a la cabeza, por su línea nacionalista y antimperialista, estaban no solo tan vivas como entonces, sino mucho más fuertes y agresivas. Su antecesor, Eurico Gaspar Dutra, anfitrión de Traman y del panamericanismo para la firma del Tratado de Asistencia Recíproca de 1947, había destruido la obra del primer gobierno nacionalista y abierto de par en par los portones del inmenso país al capital extranjero.

Como dice Miguel Arraes,

Las condiciones externas eran, sin embargo, totalmente diferentes [a las del primer gobierno: 1930-45], Aquella relativa debilidad de las presiones imperialistas durante la Segunda guerra mundial, situación que Vargas supo aprovechar admirablemente, desaparece. Con el fin de la guerra, el imperialismo norteamericano, fortalecido por la victoria obtenida contra el nazismo, se hizo mucho más agresivo que anteriormente. Al transformarse en el complejo económico más poderoso del mundo, los Estados Unidos se volvieron decididamente hacia la América Latina como zona preferencial de su exclusiva influencia económica y política. Obviamente esta nueva ofensiva imperialista marcaría profundamente la vida del Brasil.<sup>81</sup>

Esa ofensiva contó con poderosos aliados dentro del país en los campos económico, político, militar y parlamentario. Vargas tuvo que hacer concesiones iniciales y admitir la coparticipación en el gobierno de semejantes aliados, con la esperanza de recuperar el dominio total del poder y liberar al país de una vez. Esto fue lo que no pudo hacer. Abrumado por el inmenso enemigo y sus aliados, se suicidó en 1954.

La política exterior estaba en manos de la reacción, representada en Itamarati por Neves da Fontoura, y esto explica lo que dice Schilling, lo que yo vi en Washington, lo del pacto militar y lo que siguió a la visita de Perón a Chile, es decir, la invitación a Odría para visitar al Brasil. Fue la réplica del tradicionalismo hegemónico brasileño sobreviviente en Itamarati y de la rivalidad histórica con Argentina en el predominio rioplatense y sudamericano. El viejo sueño subimperialista que aun hoy alienta en el régimen militar del Brasil, fomentado jugosamente por la política tortuosa de Nixon. Competencia entre los dos grandes del Sur que se remonta a la época colonial, cuando portugueses y españoles se disputaban el dominio del Plata, y prosigue a través del siglo XIX escalonada

con episodios como el de la Provincia Cisplatina, las intervenciones en Uruguay, la rivalidad con Rosas, la partición del Paraguay después de la inicua Triple Alianza, todo con ingredientes de imperialismos mayores anglofranceses.

El 22 de febrero de 1953, al día siguiente de la firma del Acta de Santiago de Chile, Neves de Fontoura inició el ataque contra la política de acercamiento chileno-argentino. Siguieron las cadenas de prensa y radio de Chateaubriand y todo lo demás que dije en líneas anteriores. La política de acercamiento fue descrita como un peligro para los países de la América del Sur, expuestos a ser dominados por el expansionismo totalitario argentino. Los términos "hegemonía", "prepotencia" y "bloques agresivos" fueron masticados millones de veces en las rotativas y punteados en los teletipos. Habilmente, se contrapuso la exaltación del panamericanismo, como aspiración continental, a "la concertación de pactos regionales que conspiran contra el ideal americanista y contra la armonía hemisférica", etc.

Por ejemplo, La Prensa, de Lima, en su editorial del primero de marzo de 1953, decía:

La invitación formulada por el presidente del Brasil al presidente del Perú para que visite el gran país del Atlántico, constituye una nueva prueba de que entre ambas naciones está afianzándose una amistad llamada a fecundas realizaciones en el campo de la colaboración, de la solidaridad y de la armonía americanas. [...] El Brasil y el Perú, naciones tradicionalmente respetuosas del orden jurídico internacional y decididas defensoras del sistema regional americano que tan nobles frutos ha dado, no podían permanecer aisladas en este instante histórico en que una nube amenazadora se cierne sobre el continente, con serio peligro para la armonía reinante. Ambas naciones ocupan, como bien lo dice El Mercurio de Santiago de Chile, situaciones decisivas en el escenario americano, y están, en frase del gran diario chileno, "muy estratégicamente colocadas en contra de toda fragmentación hemisférica" [...] El Perú y Brasil han dicho dicho ya claramente que no tienen ninguna pretensión fuera de sus fronteras, que no desean otra cosa que mantener buenas relaciones con los demás países, y que así como no piensan inmiscuirse en la política interna de otros países, tampoco tolerarán que su propia soberanía pueda ser vulnerada por la intervención.

New York Herald Tribune dijo (3-IX-53) que "algunos" veían en la invitación brasileña a Odría "una respuesta a las ambiciones del presidente Perón, especialmente su reciente convenio con el presidente Iba-

<sup>81</sup> Miguel Arraes: Brasil: Pueblo y poder, México, 1971, p. 51-2.

ñez"; Panamá-América (18-IX-53), que el panamericanismo estaba gravemente amenazado por "la política de bloques regionales preconizada por el general Perón"; Time (7-IX-53), que "el Perú es celoso de su antiguo adversario Chile, como el Brasil lo es de Argentina, y no quiere ser parte de la unión económica que propugnan Perón e Ibáñez": El País, de Montevideo (28-VIII-53), que la posición de Brasil y Perú "Viene a poner fin a la interrogante abierta ante la unidad continental cuando los presidentes de Argentina y Chile decidieron hablar acerca de una especie de integración político-económica..." y recordó "el artificioso bloque austral tan acariciado por los geopolíticos peronistas, desde el ya lejano día en que el GOU argentino lo proclamó"; La Mañana, también de Montevideo (30-VIII-53), que "se trata, en suma, de un rudo golpe asestado en forma habilísima y oportuna, a los ambiciosos propósitos que alentaba Buenos Aires".

Odría permaneció en el Brasil entre el 25 de agosto y el primero de septiembre de 1953. Firmó dos declaraciones conjuntas con Getulio Vargas: una, reafirmando la tradicional amistad, proclamando la inexistencia de problemas territoriales o políticos, declarando los propósitos de buena vecindad con todos los países de América y, en fin, reafirmando los principios e ideales democráticos; y la otra, sobre puertos fluviales libres en la cuenca amazónica. Los ministros de Relaciones exteriores firmaron cinco acuerdos relativos a medios de transporte y puertos libres, desenvolvimiento del intercambio comercial, desarrollo de materias primas, intercambio censal y transporte aéreo. Pero el canciller brasileño ya no era Neves de Fontoura, sino Vicente Rao. Este fue veraz en su discurso, cuando concluyó así: "Me place recordar en este instante que el trabajo inicial que hoy se plasma, pertenece a mi antecesor, el señor Ministro João Neves de Fontoura, brasileño ilustre e insigne americanista". Era justo: en realidad, quien había puesto el palo en la rueda había sido él. No Getulio Vargas.

No era su política. Vargas había concertado la unión económica de Argentina, Brasil y Chile, con Perón, antes de que él e Ibáñez fueran presidentes. Pero cuando llegó el momento de concretar la idea en la cual, como en otros muchos aspectos de su política interna e internacional, había coincidido con Perón, no solo se encontró atado de manos, sino también obligado a actuar, bajo presión de las fuerzas que conocemos, en una dirección completamente opuesta a sus convicciones. Fue así como se cruzaron las vías de cuatro países del Cono Sur, en 1953.<sup>82</sup>

<sup>82</sup> El dramático trasfondo de ese proceso fue expuesto por el general Perón, ante un grupo de oficiales, en la Escuela Nacional de Guerra, el 11 de noviembre de 1953. Como naturalmente debía ser, el texto de ese informe tuvo carácter confidencial, hasta que Perón, años después, autorizó su publicación.

10-22° lat. S.

58-69° long. O

## FRUSTRACIÓN en el altiplano

Cuando el gran movimiento popular del 9 de abril de 1952 se produjo exitosamente en Bolivia, el presidente Arbenz y su canciller estábamos enterados de los antecedentes de ese movimiento, de las fuerzas que en él participaban y de los objetivos inmediatos que perseguía, y, por ello, nuestro reconocimiento al nuevo régimen surgido del triunfo de las masas fue inmediato. El telegrama que firmé en ese sentido debió tener fecha 10 de abril, si no del mismo día 9. Nosotros no teníamos por qué esperar la señal de Washington para proceder a ese reconocimiento, como la generalidad de nuestros colegas latinoamericanos. Sin embargo, no fuimos los primeros. Momentos antes de nuestro mensaje de reconocimiento llegó otro a la Cancillería boliviana: el del generalísimo Francisco Franco...

Lo que nosotros conocíamos el 9 de abril de 1952 era lo mismo que, a partir de esa fecha, empezó a saber todo el mundo, a través de las agencias noticiosas y de la abundante literatura que se produjo después, pero que, antes, o había sido olvidado o era sencillamente ignorado, salvo por los dirigentes del MNR, por los derrocados personeros de la Rosca y por el protagonista principal de la espléndida victoria, que era el propio pueblo boliviano. La rápida sucesión de los acontecimientos y su épico y fulminante desenlace no permitieron, presumo, ni a los espías internacionales, y, sobre todo, a los de la CIA, cuya presencia u omnipresencia también presumo, prevenir a sus respectivos directorios. ¿Qué era aquello que nosotros sabíamos?

Sabíamos que el Movimiento Nacionalista Revolucionario, MNR, había surgido, exactamente diez años antes, con un programa fundamentalmente antimperialista y antioligárquico en cuya elaboración habían participado hombres progresistas, algunos excombatientes del Chaco, que, a fines de la década anterior (1936-39), habían apoyado la política patriótica y, para entonces, audaz de Germán Busch. Sabíamos que el MNR había actuado de forma similar y hasta más comprometida con el reanudador de aquella política. Gualberto Villarroel, calificado como "nazi" por el imperialismo y cercado diplomática y económicamente por este, hasta su trágico final. Sabíamos de la actitud movimientista, opositora y combativa en apoyo de la masacrada población minera, en el bienio oligárquico de 1949-51. y, finalmente, del triunfo electoral que las masas le dieron y la Rosca le robó al MNR, un año antes.

Esos antecedentes, más los avanzados principios expuestos por el más lúcido ideólogo del MNR, Carlos

Montenegro, y la línea consecuente seguida hasta allí por los dirigentes movimientistas, cuya jefatura ejercía Víctor Paz Eslenessoro, ganador de las elecciones de 1951 y exiliado, en Chile, nos daban fundamento para considerar el triunfo del 9 de abril de 1952 como el inicio de un verdadero proceso revolucionario. Al momento de extender nuestro casi automático reconocimiento, teníamos un elemento de juicio más. Ese triunfo aplastante sobre el ejército de la Rosca se debía, sobre todo, a los mineros de Oruro que habían acudido a La Paz y puesto en fuga a los militares empleando eficazmente la misma dinamita puesta en sus manos por los dueños del estaño, para explotarlos a ellos y succionar la riqueza del subsuelo boliviano.

En síntesis, nos bastó con saber dos cosas: que los hombres del nuevo poder boliviano eran antimperialistas, y que ese poder había sido conquistado por las masas obreras de Bolivia, tras una década, por lo menos desde la masacre de Catavi, de ininterrumpida represión ordenada por el superestado minero, a cuyo servicio habían estado los gobiernos de Quintanilla y Pañaranda, que siguieron al "suicidio" de Busch, y de Hertzog y Urriolagoitia, posteriores al asesinato de Villarroel, con todo el aparato burocrático, judicial, político y militar del Estado nominal. La primera comprobación de que, hasta ese momento, nuestro reconocimiento había sido acertado, la recibimos cuando nos llegó la noticia de que el ejército había desaparecido en Bolivia, barrido por el pueblo en cuyas manos continuaban las armas.

Ha quedado un cabo suelto, que quizá abra una interrogación para el lector, lo mismo que la abrió para nosotros en 1952. Es el reconocimiento de Franco, el primero en el mundo, a un régimen de indudables perspectivas nacionalistas, que en la América Latina quiere decir antimperialistas, antifeudales y de izquierda. Porque esa era la imagen del MNR de ese año, forjada por los hechos de la década anterior. Hoy como en aquel tiempo, la única conjetura que se nos ocurre es que la cancillería española fue despidada por la denominación del partido que tomó el poder en Bolivia: Movimiento Nacionalista, que traducido a la terminología política del Estado español surgido de la guerra civil de 1936-39, tenía implicaciones falangistas, tanto más cuanto que el MNR había cogobernado con Villarroel, a quien, como es sabido, el imperialismo había puesto el marbete de facista.

Aquel reconocimiento excepcionalmente latinoamericano que hice sin titubeos motivó, con toda certeza, la invitación que me formuló el gobierno de Bolivia para asistir a los festejos del primer aniversario del 9 de abril en 1953. Esa invitación me fue tanto más satisfactoria, cuanto que no obedecía a jerarquía oficial alguna que yo ostentara, pues ya no tenía ninguna. En efecto, había dejado de ser ministro en

noviembre de 1952, y todavía no había sido designado embajador, como lo fui poco después. Ese fue precisamente el carácter que tuvimos los invitados del gobierno del MNR, en abril de 1953: nada oficial, nada protocolario, simple reconocimiento a los que de un modo u otro habíamos sido amigos del Movimiento, antes de que este se hiciera gobierno. Así nos encontramos en La Paz, hasta donde recuerdo, Rómulo Betancourt, entonces en exilio; un periodista norteamericano de apellido Galarza, de indudable origen latino, a lo mejor chicano (palabra no usada entonces); los senadores blanconacionalistas y, por tanto, opositores en el Uruguay, Cuzano y Haedo, y Pedro Manini y Ríos, director propietario de El Diario, de Montevideo, colorado de la facción ribe-rista, anticolegialista y antibatllista y, por tanto, también opositor.

A nuestros ojos foráneos, el pueblo se mostraba eufóricamente comunicativo, justamente orgulloso de su triunfo, optimista respecto a su futuro y resuelto a darlo todo para consolidar su victoria y defender las conquistas logradas y las prometidas. Todos esos sentimientos se traducían en una manifestación fe en sus dirigentes políticos y en un apoyo emocional, espontáneo, fervoroso y masivo al que entonces tenía en sus manos la jefatura de la revolución: Paz Estens-soro.

El rostro del pueblo, bajo el casco de minero, con la carabina a la bandolera de los hombres, o bajo el sombrero hongo y el niño a la espalda asomando por sobre el hombro de las mujeres, cholos y cholas de piel cobriza, con pómulos salientes, negro y vivo el ojo y blanca y ancha la sonrisa, con el sello rojizo del altiplano en las mejillas y rasgos de acusarla herencia quechua o aymara, era el rostro de La Paz. Un rostro multiplicado y alegre en las empinadas y empedradas calles, en la plaza Murillo, en el atrio de la catedral en el Tedeum al aire libre, en todas partes. Voces vigorosas coreaban las consignas, cuando los mineros armados desfilaban ante los balcones del Palacio Quemado: "¡Gloria a Villarroel!" es la que más recuerdo.

Pero también la transparencia de los espíritus, el goce de un pueblo que se sabía redimido, dueño de su porvenir, liberado de un pasado tenebroso, y satisfecho de sí mismo, de su conducta heroica y patriótica, podía sentirse y compartirse en las tertulias del mediodía soleado y claro, en el Prado, escuchando el anecdotario de ayer y de hoy a los compañeros de militancia del MNR, cuya voz cantante, por mayor dominio del arte de la conversación, correspondía a Augusto Céspedes —el Chueco, fraternalmente para sus amigos—. Allí también estaba la euforia revolucionaria. Con el pico nevado del Illimani al fondo, bajo un cielo siempre limpio y en una atmósfera purísimamente clara, nadie podía pensar que hubiera próximos nubarrones en formación.

Pero así era. La presión imperialista contra el joven, proceso revolucionario ya se hacía sentir, tal vez no todavía entre las masas jubilosas y esperanzadas, pero sí en la dirigencia predominantemente de extracción intelectual y burguesa y, por ende, vulnerable a aquella presión, cada vez más fuerte. Esta distancia entre la fe multitudinaria del pueblo en su revolución y el temblor de la duda que empezaba a acometer el puño de los timoneles, se manifestó en la tarde, por otro lado grandiosamente espectacular, en que vi bailar la diablada de Oruro en el Estadio de La Paz. Una comparsa numerosa, tal vez de dos o tres o más cientos de hombres con traje blanco uniforme y ribeteado, y la inmensa máscara de vivos colores, ojos saltones, boca de sonrisa infernal y cuernos de remate, encasquetada en la cabeza, ejecutó por varias horas una danza violenta, pero plena de armonía, coreográficamente impecable, con dominio que acusaba la práctica heredada de una larga tradición.

Oriundo de un país donde la gran mayoría es indígena pura y la mayoría de la minoría no indígena es de origen también indio, mestiza confundida con el residuo blanco para integrar el sector llamado ladino, no podía tener novedad para mí, como podía tenerla para los uruguayos mencionados, por ejemplo, la ubicua presencia india en los festejos del 9 de abril. Por la experiencia de mi país conocía cuánto pesan en la miseria total del indio los casi cinco siglos que lleva de soportar todas las formas posibles de exterminio, lento o violento, a las cuales, no obstante, sobrevive. Sin embargo, en aquellos días, en La Paz, tuve una impresión a la cual me creía invulnerable. Conocí otros indios todavía más pobres que los míos, más miserables, más agobiados por la explotación letal. Es claro que si hubiera sido aventurero, explorador o etnólogo, hubiera conocido, por ejemplos, a los grupos sobrevivientes de mayas lacandones del río Usumacinta, como Monteforte Toledo, o a los aún neolíticos selvícolas de la Amazonia, como el general Rondón. Pero no era mi caso. De allí mi impresión cuando los vi desfilar en La Paz o estuve junto a ellos en los salones del Palacio Quemado, mientras hablaban en aymara, supongo que con dirigentes agrarios del MNR, admitidos allí para que saludaran al curaca Paz Estenssoro. (En realidad, los indios veían en Paz Estenssoro al Inca. Pero he preferido rebajarle la jerarquía y llamarlo curaca, para no plagiar involuntariamente un juego de palabras de origen rosquero: el Inca-Paz.)

Fueron esos mismos indios bolivianos los que, después de la Diablada, dieron a la ceremonia un impresionante carácter un tanto mágico, imponente, tocado de un halo de misterio que transportaba a imaginarios y antiguos rituales, pero que también parecía traducir el inmenso dolor acumulado en cuatro centurias y medio de despojo, mita y pongueaje. En una palabra, el drama agrario de Bolivia. Todo eso era lo que suge-

ría el sonido sobrecogedor de los pututos, las quenas y los pincuyos. La noche caía sobre el Estadio de La Paz, solo alumbrado con antorchas, y esto contribuía a ese clima extrañamente solemne.

Acallada la música ancestral del Collasuyu, el canciller de esa primera etapa de gobierno del MNR, Walter Guevara Arce, después escisionista de derecha, leyó el mensaje al pueblo. Para quienes seguimos con atención sus palabras y las comprendimos en su contenido esencial, no fue menos impresionante que todo lo hasta ese momento visto y oído. Pero por distintas razones. El mensaje era algo así como el primer SOS lanzado por un régimen que se veía zozobrar a corto plazo o, quizá, como lo hace pensar lo que vino después, la justificación anticipada de una claudicación. No recuerdo, obviamente, después de veinte años, las palabras textuales de Guevara Arce, pero sí lo que encerraban: denunciaban que ya las garras del imperialismo estaban apretando el cuello de Bolivia, para obligarla usurariamente a indemnizar a los accionistas de las empresas mineras expropiadas.<sup>83</sup> El dictat imperialista podía concretarse así: "O pagas o te asfixio". Lo de siempre en labios de salteadores enmascarados: la bolsa o la vida. Solo que ellos lo traducen al inglés como "compensación justa y oportuna" y lo erigen en principio rector de su política colonialista.

Unos meses antes, el 31 de octubre de 1952, el MNR había adoptado una resolución que le había merecido la admiración y el aplauso entusiasta de todos los pueblos oprimidos del mundo, y había elevado al pueblo boliviano al más alto grado de ejemplaridad por su coraje revolucionario. El haber sustituido al ejército por el pueblo armado ya era un título excepcional ante la opinión progresista del mundo. Pero lo realizado el 31 de octubre de 1952 era la confirmación más contundente, para los bolivianos y para cuantos seguían el curso de su revolución solidariamente, de que los hombres que dirigían el Movimiento eran realmente dirigentes de nuevo tipo, consecuentes con los principios proclamados, leales a la palabra empeñada ante las masas.

Esos hombres habían declarado la independencia económica de Bolivia, y, en el mismo acto, habían emitido el Decreto Supremo número 3232, por el que nacionalizaban la gran minería.<sup>84</sup> El día y el lugar elegidos

83 Usuariamente, porque el MNR anunció su buena disposición a pagar a las tres firmas, Patiño, Aramayo y Hoschild, una indemnización que alcanzaba el total de 21 750 000 dólares, no obstante los 520 millones que las mismas habían estafado al fisco boliviano, entre fraudes y ganancias ilícitas. Pero las firmas —accionistas yanquis incluso— pretendían mucho más.

84 El Decreto Supremo n. 3 232 fue plausiblemente radical. Recuperó para el Estado las concesiones en poder de las empresas que constituían los tres grupos conocidos: Patiño, Aramayo y Hoschild, a las cuales, además, expropió todos sus bienes por causa de utilidad pública. Las empresas eran: Patiño Mines & Enterprises Consoli-

eran un homenaje a todos los mineros masacrados por los gobiernos de la Rosca durante las décadas anteriores, pero especialmente a María Barzola, la heroica mujer del pueblo que cayó baleada el 31 en esos mismos campos, cuyo nombre llevaron desde entonces,<sup>80</sup> el 31 de octubre de 1942. Por aquel Decreto Supremo, el gobierno del MNR liquidaba definitivamente a la Rosca, al expropiar dieciséis empresas de los Patiño, los Aramayo y los Hochschild, los "barones del estaño" durante el medio siglo corrido, y recuperaba para el pueblo un equivalente al 80% de la producción minera y las seis décimas partes de las exportaciones bolivianas. Sin embargo, era grave que la tercera parte de los intereses nacionalizados estuviera en manos de accionistas yanquis. Más grave era que la nacionalización no pudiera llegar hasta las fundiciones de estaño, propiedad del mismo Patiño, las cuales estaban muy lejos del alcance revolucionario, en Inglaterra y en los Estados Unidos. Y, en fin, mucho más grave aun era que el MNR no complementara la nacionalización de las minas con la apertura de nuevos mercados, inevitablemente los del campo socialista, para que la liberación fuera verdadera. Al no hacerlo así, "son los monopolios imperialistas los que en última instancia le fijan al gobierno la cantidad que debe exportar y el precio al que debe vender". En una palabra, esos factores mediatizaron si no anularon del todo los beneficios de la nacionalización.<sup>80</sup> "

dateti Inc., Bolivian Tin & Tungsten Mines Corp., Sociedad de Estaño Araca (subsidiaria a la anterior); Minera y Agrícola Opolca de Bolivia, Huanchaca de Bolivia, Minera Unificada del Cerro de Potosí, Minera de Oruro, Estañifera y Vinto y Estañifera Morocalla (subsidiarias de la Minera de Oruro); Minera Matilde, Minas Pampa Grande, Minera Bolsa Negra; Grupo Minero Venus y Compagnie Aramayo de Mines en Bolivia S.A., más las instalaciones industriales de la Mauricio Hoschild S.A. La declaración de independencia económica, tuvo sublimidad de un maestruoso: "Los que aquí suscriben, hombres libres de Bolivia y de América, en el momento de decretarse la nacionalización de las minas, en el campo de María Barzola, ayer escenario de masacres y exterminio de trabajadores, declaran su voluntad porque Bolivia no sea jamás sometida a la opresión y a la esclavitud económicas, y como el 6 de agosto de 1825 se declaró el pueblo boliviano en república políticamente independiente, proclaman que el 31 de octubre de 1952 se declara económicamente libre. Y para firmeza de esta decisión, los que firman el pie se comprometen y juran sostener y defender si es preciso con su vida misma esta conquista que es la más cara y legítima para la Nación boliviana". Encabezaron las firmas Paz Estenssoro y Guevara Arce que, no obstante el juramento, todavía están vivos. Lo sublime quedó en ridículo por incumplimiento.

<sup>80</sup> La masacre fue reconstruida por un realismo sobrecogedor por Sanjinés, en su filme El coraje del pueblo.

<sup>80</sup> Los entrecomillados corresponden a Raúl Ruiz González, en Bolivia, el prometeo de los Andes (La Habana, 1964), donde documenta la nulidad esencial de la expropiación de las minas. Véase también sobre el mismo tema: Amado Canelas O., Historia de una frustración (nacionalización de las minas de Bolivia), La Paz, 1963.

Entre los festejos de abril de 1953, concurrimos al Palacio Quemado a la ceremonia en la cual Paz Estenssoro, Siles Suazo y los demás miembros del gobierno y dirigentes del MNR instalaron a la Comisión que estudiaría las bases y el proyecto de ley de Reforma Agraria. Estuvimos varias horas de pie oyendo los discursos. Pero a tres mil cuatrocientos metros sobre el nivel del mar, los invitados que no procedían de lugares a este nivel debían padecer naturalmente los efectos del soroche o apunamiento, una suerte de asfixia producida por la altura. Este fue el caso de los dos senadores uruguayos, para peor —como dicen ellos— ambos de buenos y respetables volúmenes. Yo pude sortear, desde el principio, ese que nosotros llamamos "mal de montaña", porque soy un poco montañés. Mi cuna, la ciudad de Guatemala, está a mil ochocientos metros.

La restitución o reconocimiento de derechos a la masa campesina boliviana, en su gran mayoría indígena, había principiado en junio de 1952, cuando el gobierno del MNR derogó la vieja ley electoral, según la cual solo los mayores de veintiún años, alfabetos y con ingreso mayor de docientos bolivianos, podían votar. Llamaban a esto "voto calificado". La nueva ley estableció el voto universal. Pero este reconocimiento de un derecho puramente político era en sí mismo ficticio si no venía respaldado con algo que era mucho más: una imperiosa rectificación histórica, la abolición de una injusticia cuatro veces secular, la devolución de la Pacha Mama, la madre tierra, a sus dueños naturales. Teóricamente, eso se cumplió el 2 de agosto de 1953, al emitirse la Ley de Reforma Agraria.

Hace veinte años, hablar en la América Latina de reforma agraria era tanto como desafiar al consabido complejo reaccionario imperialismo-oligarquías, colocarse en el número de los reprobos tenidos por "rojos", agentes del comunismo internacional, puntas de lanza de la penetración chino-soviética, saboteadores de la unidad hemisférica y, en general, enemigos peligrosos de la paz y la seguridad del Continente. Todo ello agravado por la circunstancia de que ese asunto de la reforma agraria era el que estaba dando la tónica al gobierno de Arbenz, contra el cual, como se sabe, estaba ya movilizado todo el aparato represivo del sistema. Hablar el mismo lenguaje del régimen-reo de Guatemala era, pues, declararse ipso facto convicto del delito de subversión antidemocrática. Y muchas cosas más, pues esa retórica era superabundante, si bien estereotipada por toda clase de corresponsales de la SIP, legisladores de aquí y de allá, plutógonos, ton-surados, etc.

Pero por eso mismo, la ley boliviana del 2 de agosto de 1953 mereció tanto entusiasmo, tanta simpatía, tanta adhesión al gobierno que la emitía, entre las grandes masas populares de la América Latina y del mundo, como los que habían despertado la nacionalización de

las minas. El MNR en el poder daba otra formidable demostración de su firme decisión de llevar el programa revolucionario hasta sus últimas consecuencias. Ese era el ejemplo que había que seguir. Bolivia emergía desde un pasado doloroso como el de pocos pueblos latinoamericanos y desde una injustificable pobreza, habida cuenta de sus riquezas naturales, se elevaba a la condición de pueblo vanguardia, abanderado de la nueva liberación latinoamericana, señalador de las rutas por donde deberían transitar los otros pueblos para alcanzar la meta de su emancipación definitiva. Este era el sentir de los que aclamábamos el proceso desde afuera.

Sin embargo, la reforma agraria traía congénitas las debilidades de la clase que la había engendrado. Hay que admitir que, en aquel momento, solo muy pocos, muy acuciosos analistas, muy honestos concedores a fondo del problema agrario boliviano y de sus soluciones correctas, estaban en condiciones de criticar la ley del 2 de agosto. No sé si lo hicieron entonces. Pero los resultados evidencian que las críticas, en cualquier momento en que hayan sido formuladas, tienen sólido fundamento. En una palabra, la reforma agraria, como la nacionalización de las minas, resultó, a no muy largo plazo, una frustración más del proceso revolucionario boliviano iniciado tan vigorosamente.<sup>87</sup>

Otro tanto puede decirse de la política petrolera, con el agravante de que, en este caso, el MNR no sólo no acometió ninguna nacionalización, pues el petróleo era boliviano desde antes del 9 de abril de 1952, sino que lo desnacionalizó a un plazo cortísimo: el propio 1952. Sin embargo, la apariencia en 1953 era otra, optimista y prometedora en cuanto que exteriormente auguraba una revitalización de la entidad autónoma nacional: Yacimientos Petrolíferos Fiscales de Bolivia, YPFB. Algunos antecedentes son necesarios.

Los gobiernos liberales anteriores a 1920 otorgaron

<sup>87</sup> Amado Canelas ha dedicado varios estudios al tema de la reforma agraria boliviana. De uno de ellos cito esta que me parece una de las mejores y más sintéticas definiciones del proceso: "Consecuente con el carácter burgués de la Revolución de abril, la reforma agraria fue orientada hacia el fin fundamental y duradero de crear la propiedad parcelaria campesina, dentro de condiciones institucionales que no le permitirán superar sus limitaciones, con lo que ella mantendría el atraso en una nueva forma, asfixiando toda posibilidad de convertir al campesino liberado en agricultor próspero, acentuaría la situación de dependencia del país al hacer imposible un mercado interior amplio y seguro para la industria nacional, promovería una nueva concentración de la tierra y la consiguiente diferenciación de clases que arroje a la mayoría de los campesinos nuevamente en brazos de la explotación y la pobreza, por cuanto liquidada la vieja explotación se daba vida a otra nueva. En esta forma, se entregó la tierra a los campesinos, pero no se les liberó del pesado fardo del cultivo con sistemas totalmente anticuados, casi los mismos que empleaban sus antepasados los Incas" (Bolivia: un año de reforma agraria, La Habana, 1967, p. 37).

concesiones petroleras a intereses extranjeros como quien arroja moneditas a los muchachos en tarde de bautizo: 2 355 000 hectáreas. La Convención Nacional de 1921 declaró, por ley, que los yacimientos de petróleo y demás hidrocarburos eran del dominio directo de la nación, inalienable e imprescriptible; limitó las concesiones a cincuenticinco años y elevó las regalías al 11%. Pero eso no impidió que todas las concesiones otorgadas anteriormente cayeran en manos de la Standard Oil, una por una, como frutas maduras, en Chuquisaca, Tanja y Santa Cruz. Entre 1922 y 1937, el gran monopolio prestó cinco eminentes servicios a Bolivia, según la espléndida síntesis de Ruiz González: "1-Defrauda el pago de impuestos y regalías. 2-Vende a Bolivia el petróleo peruano. 3-Exporta clandestinamente el petróleo boliviano. 4-Para entregar antecedentes exploratorios y mapas geográficos, impone a Bolivia la indemnización de 1 750 000 dólares, 5-Es causante de la guerra del Chaco".

La sangre de cincuenta mil bolivianos muertos en el Chaco, por obra y gracia de la Standard Oil, fue más que suficiente para hacer hervir de indignación y repudio la de los sobrevivientes. El presidente coronel David Toro, pese a no ser nada radical, no pudo eludir un acto de justicia que reclamaban la memoria de los muertos y el clamor de los vivos, y declaró caducas las concesiones del trust de Rockefeller, el 7 de julio de 1936. Cuatro meses después, pasaron a poder de YPFB todos los yacimientos petrolíferos de la República. La lucha del monopolio estatal por sobrevivir a la incompreensión y al entreguismo de los regímenes posteriores, hasta 1952, fue heroica. Pero ella escapa a los límites de este mapa hablado. Lo importante para el caso es que llegó, macilenta, pero viva, al 9 de abril de 1952.

Ciertamente recibió calor y vitalidad en los dos primeros años de gobierno del MNR. Así lo dice, al menos, quien tiene por qué saberlo: el ingeniero Enrique Mariaca Bilbao, quien, entre muchos cargos, desempeñó, hasta 1963, el de gerente general de YPFB. Dice que esta entidad.

de inmediato elaboró el Plan 1953 cuyo objetivo principal, tantas veces remarcado, era el de aumentar sustancialmente la producción a fin de abastecer el total del consumo nacional en los productos básicos. El Gobierno proporcionó cerca de 2 000 000 dólares con los que YPFB adquirió cuatro modernos equipos de perforación rotary a motores Diessel material tubular y equipos adicionales para perforar veinte pozos en el principal campo de Camiri.<sup>88</sup>

El mismo testimonio dice que esa acción perforatoria concentrada en Camiri dio óptimos frutos. Pero no

<sup>88</sup> Enrique Mariaca: Mito y realidad del petróleo boliviano, La Paz, 1966, p. 117.

duraron mucho. Porque si con una mano el MNR alimentaba a YPFB, con la otra le asestaba un horrendo golpe bajo que afectaría hasta los más sensibles centros neurálgicos del pueblo boliviano. El 26 de septiembre de 1952, el MNR cometió lo que Víctor Volski llama "el primer acto de capitulación", al firmar un contrato con la Glenn H. McCarthy Inc., por el cual se otorgaba a esta empresa una concesión de "359 700 hectáreas emplazadas en la zona de YPFB, cerca de la frontera con Argentina, en condiciones humillantes para Bolivia".<sup>89</sup> La entrega ya no se detuvo hasta culminar con el Código Davenport, de 1955, que fue el mentís más rotundo, la anulación total de la grandilocuente declaración de independencia económica de Bolivia, declarada en los campos de María Barzola, el 31 de octubre de 1952.

La ética revolucionaria estaba ya completamente deteriorada en 1953, aunque todavía no se hiciera visible el terrible mal que la corroía por dentro. Milton Eisenhower, en su gira continental, había infestado de entreguismo también a Bolivia. La Corporación Minera (COMIBOL) pudo vender su estaño a los Estados Unidos. Pero ese logro no fue gratuito. Costó la vida misma de la revolución. En noviembre fue firmado al Convenio de Asistencia Económica, y Bolivia empezó a recibir la "ayuda" yanqui. Antes de su propia muerte, un revolucionario íntegro como Sergio Almaraz presenció la de la República y escribió su requiem:

La revolución boliviana se empequeñeció y con ella sus hombres, sus proyectos, sus esperanzas. La política se realiza a base de concesiones, y entre éstas y la derrota no hay más que diferencias sutiles. ¿Cuándo se tomó el desvío que condujo a la capitulación? Previamente debiera interrogarse: ¿los conductores estaban concientes de que capitulaban, se dieron cuenta de que

<sup>89</sup> Víctor Volski: América Latina. Petróleo e independencia, Buenos Aires, 1966. Sobre dicto contrato agrega este autor: "El concesionario quedaba libre de todo impuesto al cateo y la explotación. El contrato establecía únicamente un descuento del 16 por ciento al 40% del volumen de la extracción, proporcional al rendimiento de los pozos. El gobierno se comprometía a comprar el petróleo restante, al precio del Golfo de México con un descuento del 15%; el pago se efectuaría en dólares. La compañía se defendía frente a una posible nacionalización, mediante un acuerdo especial que le concedía el derecho de cobrar un 15% de comisión además de la restitución obligatoria de todo el capital invertido, en caso de que se nacionalizara la empresa. Los contratos con la Glenn McCarthy tenían carácter de convenio internacional y el Banco Central de Bolivia figuraba como garante. De manera que McCarthy podía hacer congelar los depósitos del Banco Central de Bolivia en Estados Unidos ante cualquier acto del Gobierno boliviano que considerara lesivo para sus intereses. En el año financiero 1954-1955 Bolivia fue el país latinoamericano que más "ayuda" norteamericana había recibido (tocaron a Bolivia 12 887 000 dólares de la suma total de 46 339 dólares)", p. 185.

llegaron a aquel punto desde el que no hay retorno posible? En 1953, llegaron los primeros alimentos norteamericanos..."

¡Alimentos para La Paz!

Terrible sarcasmo: así fue como murió envenenada por la good partner policy la revolución boliviana.

19-27° Lat. S.

54-63° Long. O.

cuatro imperialismos sobre EL paraguay

Entre los exiliados paraguayos en Buenos Aires por los años 50, que se calculaban a sí mismos en cerca de medio millón, yo tenía muy buenos amigos, pertenecientes a las dirigencias del FULNA (Frente Unido de Liberación Nacional) y del febrerismo consecuente: esto es, no plegado a las simulaciones seudoelectorales de Stroessner. Más de una vez oí decir a algunos de aquellos amigos que el drama del Paraguay era haber sufrido, a partir de 1870, a dos imperialismos grandes y a dos pequeños (hoy dirían subimperialismos): los primeros eran el inglés y el yanqui y los segundos el argentino y el brasileño. Esto es una verdad histórica, pero hay que interpretarlo bien, para no incurrir, como acontece a menudo, en un error de esquematismo.

No es que se hayan encontrado frente a frente, disputándose el botín paraguayo, imperialistas yanquis contra imperialistas ingleses, y hayan obligado a enfrentarse a sus respectivos peones: las clases dominantes brasileñas, unos, y la oligarquía argentina, otros. No. Las piezas no se han movido así, en el tablero de la cuenca del Plata. Las jugadas han sido otras y, en ellas, más que enfrentarse los dos maestros internacionales del saqueo, se han sucedido. Hasta la primera guerra mundial, el gran maestro inglés era el que movía las piezas, casi con exclusividad, en el Río de la Plata, mientras su colega y rival lo hacía, exclusivamente, en el Caribe. La criminal guerra genocida de la Triple Alianza contra el avanzado y progresista Paraguay de Solano López (1864-70) obedeció, en último análisis, a la necesidad imperialista británica de penetrar en el mercado paraguayo que, hasta allí, le había estado terminantemente vedado. Para ello, Londres movió a sus peones, el Brasil de Pedro II y la Argentina de Bartolomé Mitre, e hizo exterminar a más de las tres cuartas partes de la población paraguaya que era de un millón trescientas mil almas. Eufemísticamente, puede decirse que la participación del Uruguay de Venencio Flores, socio menor de la turbia alianza, fue nominal.

<sup>90</sup> Sergio Almaraz: Requiem para una república, Montevideo, 1970, p. 41.

Igualmente, los ingleses, pro domo sua y por interposición mano argentina, para derrocar al gobierno de Ezcurra, en 1904, armaron a un antiguo legionario (un gusano, como se dice ahora): el ayudante paraguayo del general argentino Paunero, en aquella guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay. La causa fue el conflicto entre el Estado paraguayo y los accionistas ferrocarrileros británicos. Ganaron estos, gracias al exlegionario Benigno Ferreira, ya convertido en general y doctor, y así se inició la que Epifanio Méndez llama "Era del Partido Liberal angloargentino".<sup>91</sup> Excusado es decir que el ferrocarril, copropiedad angloparaguaya (50-50) pasó a ser ciento por ciento inglés, gratuitamente.

Entre 1932 y 1935, los pueblos boliviano y paraguayo sufrieron la espantosa hecatombe conocida como guerra del Chaco. Es cosa ya muy sabida que ese inmenso desastre fue motivado por intereses petroleros yanquis, a los cuales se opusieron los de sus rivales ingleses, todo bajo pretexto de dirimir por las armas un secular conflicto fronterizo entre el Paraguay y Bolivia. El Brasil quedó fuera del área geográfica de las hostilidades. Esta vez correspondió a los bolivianos inmolarse en holocausto de la Standard Oil, en tanto que los heroicos pilas paraguayos, persuadidos de que defendían la soberanía, la dignidad y la integridad territorial de su patria, morían por kafkiana voluntad de la Royal Dutch. Cincuenta mil bolivianos y treinta mil paraguayos se mataron entre sí por obra de los monopolios petroleros.<sup>92</sup>

Con el primer empréstito, en 1921, el capital yanqui empezó a desalojar al inglés del Brasil, y en 1929 inició su penetración en el Paraguay. Los ingleses, que habían sido expulsados del Uruguay en la misma década y la anterior por la acción de Batlle y Ordóñez, continuaron influyentes en el otro lado del Río

de la Plata, hasta 1943. A título de ejemplo, Méndez cita estadísticas de Scalabrino Ortiz, economista argentino, que demuestran cómo, en ese período, los ingresos brutos de los ferrocarriles, propiedad inglesa, llegaban hasta a superar el monto de las rentas generales de la nación argentina.<sup>93</sup> Pero durante los diez años de justicialismo, la Argentina fue de los argentinos. Su política internacional fue de propia inspiración, como lo hemos visto a propósito del Cono Sur, pues los ingleses ya no la dictaban y a los yanquis todavía no les era permitido hacerlo. Éste es un hecho histórico generalmente admitido, aunque de muy diversos modos calificado.

Entre tanto, los intereses norteamericanos se fortalecían cada vez más en el Brasil, a pesar de Getulio Vargas y hasta por encima de este, al cual terminaron por triturar bajo sus orugas. Así avanzaron, y al término de la guerra mundial eran amos y señores y habían desalojado totalmente a los ingleses. El turno fue del Paraguay, y las ingerencias yanqui-brasileñas empezaron a hacerse sentir cada vez más. Una de ellas, que es la que interesa aquí, fue la que provocó el derrocamiento del "gobierno de Federico Chávez y la instalación en el poder omnímodo del sayón Alfredo Stroessner Matiauda, en 1954.

Mi ilustre conterráneo Antonio José de Irisarri (1786-1868) dice en su Historia crítica del asesinato cometido en la persona del gran Mariscal de Ayacucho: "Aquella regla de crítica, por la cual debe mirarse como sospechoso el testimonio del parcial, es buena y no puede prescindirse de ella cuando no se trata más que del testimonio de aquel; pero sería absurda, necia, irracional, cuando se quisiese hacerla extensiva a las razones que el parcial presenta, a los documentos intachables que le sirvan de apoyo, a la evidencia de la verdad que la favorezca." Dos testimonios parciales de posiciones antagónicas pero contestes entre sí producen una evidencia imparcial, agregó, por mi parte. Esto acontece, por ejemplo, con las versiones comunista y colorada, sobre las motivaciones del derrocamiento del gobierno de Federico Chávez, el 4 de mayo de 1954. Confrontando ambas, obtenemos la siguiente síntesis, del proceso.<sup>94</sup>

En 1946, a pesar de Higinio Morínigo y sus jefes militares fascistas (Benítez Vera, Aranda y Stagni, o sean caballería, estado mayor y aviación), se produjo lo que hoy llamamos una apertura democrática del régimen. Morínigo integró un gabinete con elementos colorados y febreristas; los partidos políticos, prácticamente clandestinos todos, volvieron a la lega-

<sup>91</sup> Epifanio Méndez: *Sicología del colonialismo. Imperialismo yanqui-brasileño en el Paraguay*, Buenos Aires, 1971, p. 53.

<sup>92</sup> En su libro *El heroísmo de una pequeña nación*, publicado en Buenos Aires en 1935, Philip De Ronde, norteamericano, cónsul del regimiento Acá Carayá, que estuvo en el Chaco en 1933, dice lo que entonces era una temeridad y ahora sabe todo el mundo: "El senador Long atacó a la Standard Oil Company en junio de 1934 desde la tribuna del Senado Estadounidense, afirmando terminantemente que esta corporación era la principal culpable de la guerra y de haber favorecido la colocación en el mercado neoyorkino del gran empréstito boliviano lanzado antes de los años de la depresión" (p. 31). Méndez, en su libro citado, dice: "Si en los propios Estados Unidos [el imperialismo] acalló con el plomo la voz antimperialista de Mr. Huey Long, ¿qué le costaba —y, en cambio, ¡cuánto le reportaba!— terminar con Eligio Ayala?" (p. 37) Ayala fue presidente de 1924 a 1928 y murió asesinado misteriosamente "en los días en que ya se veía inminente el estallido de la Guerra del Chaco", según el mismo Méndez. Lo de Huey Long no requiere comentario.

<sup>93</sup> Méndez, op. cit., p. 42.

<sup>94</sup> Las versiones que empleo son las del citado Méndez y su prolonguista Osvaldo Chaves y el Manifiesto a la nación aprobado por la Conferencia Nacional Extraordinaria del Partido Comunista paraguayo, del 21 de febrero de 1951, Asunción, Impresora Adelante.

lidad, y el movimiento obrero-estudiantil, impulsado por el Consejo Obrero y la Federación Universitaria, cobró notable auge. El pueblo quería liquidar los restos dictatoriales y elegir una Constituyente, para darse una nueva Constitución. Pero Morinigo reaccionó frente a ese ascenso de las masas y dio un golpe de Estado, desde el poder, en enero de 1947: eliminó a los febreristas del gabinete, decretó el estado de sitio y desató una dura represión. Oficiales jóvenes de Concepción, primero, y marineros de Asunción, después, se pronunciaron contra el régimen fascista y en apoyo de las demandas populares. Esta guerra civil concluyó definitivamente en agosto del mismo año, gracias al apoyo brasileño a Morínigo, quien se consolidó con un sector del coloradismo.

Pero el 3 de junio de 1948, otros colorados lo depusieron, y el proceso desembocó, tras un provisorio, en la designación de Natalicio González, para el período a iniciarse el 15 de agosto. Las facciones coloradas crearon un clima de inestabilidad en el curso de 1949, que terminó con el derrocamiento del cuarto presidente y la designación del quinto, el líder del mismo partido, Federico Chávez, en octubre. El 15 de agosto de 1950, inició su período constitucional.

La excarcelación de los presos políticos de 1947, entre ellos los comunistas; la política de "dar la espalda a la ciudad y mirar hacia el campo"; la voluntad de descolonizar el país; la perspectiva de lograr pacíficamente las conquistas democráticas largamente anheladas por el pueblo paraguayo, y la posibilidad de movilización de los campesinos, los obreros y los estudiantes, ganaron para el gobierno de Chaves el apoyo de las masas contra la oposición, al mismo tiempo que ejercían presión para avanzar en el camino popular, nacional y democrático.

En lo económico y financiero, Méndez caracteriza este período como un "retorno al capitalismo de Don Carlos, edición siglo xx". Se refiere, naturalmente, al progresista gobierno de Carlos Antonio López, en la época del Paraguay cien por ciento soberano. También le llama "segundo intento descolonizador", aludiendo al primer intento, interrumpido por el alzamiento del exlegionario Ferreira, en 1904. Otro testimonio tan anticomunista como el de Méndez, el de Osvaldo Chaves, afirma que "después de la frustrada experiencia revolucionaria [febrerista] de 1936, aquel gobierno [el de Federico Chaves] fue el que hizo el esfuerzo más serio y consistente para promover una distribución más equitativa de la renta nacional y romper los lazos de la dependencia". Méndez, conductor de la política económica, la reivindica con el testimonio de Paul Poumaillou, integrante de una Misión de Operaciones de los Estados Unidos que estuvo en Paraguay, en 1961, y cuyo informe fue retirado de la circulación. Dice Méndez que a partir de 1952, el gobierno puso oídos sordos al Fondo Monetario In-

ternacional, y planificó con criterio propio la política a seguir, que fue "genuinamente nacional y colorada". Parte de esa política fueron los planes de nacionalización de las industrias y de control de la producción, los precios y los salarios.

Todo eso era irritante para el imperialismo yanqui-brasileño, pero lo fue mucho más la redición, en el Paraguay, del acercamiento económico que Perón había comenzado con Chile. En octubre de 1953, el líder justicialista correspondió a la visita que Chaves había hecho a la Argentina, tres años antes, con ocasión del centenario de San Martín, y en tal oportunidad fue firmado un convenio de comercio y amistad argentino-paraguayo. El imperialismo yanqui-brasileño no esperó más para urdir la conspiración. Para el logro de sus fines, encontró al hombre necesario: Stroessner, de ascendencia bávara, general y comandante en jefe del ejército desde 1951. El golpe contra Chaves, del más clásico estilo gorila, se produjo el 4 de mayo de 1954.

Osvaldo Chaves dice que "le fue difícil a la reacción imperialista, agazapada detrás de Alfredo Stroessner Matiauda, desmontar de golpe y de buenas a primeras las premisas y mecanismos de esa política que, por su potencial revolucionario y su sentido liberador, fue profunda y genuinamente colorada. Debió enfrentar, ante todo, la obstinada voluntad popular de proseguir y profundizar el camino abierto aun más allá de la nueva situación creada el 4 de mayo de 1954". Aparte del tinte partidista colorado, los comunistas paraguayos coinciden en admitir que se trataba de una política popular, que contaba con el apoyo de las masas y que por eso fue echada abajo por el imperialismo. Superspectiva es esta:

Desde 1949, nuestro Partido ha venido denunciando que la embajada de los Estados Unidos, utilizando algunos generales sin Patria y sin honor, preparaba el restablecimiento del régimen facista moriniguista con el fin de reforzar la intervención norteamericana en el Estado nacional, intensificar el saqueo de nuestro país y arrastrarlo a una nueva matanza mundial. Cerrando los oídos a nuestro llamado para defender unidos la soberanía paraguaya, ciertos dirigentes reaccionarios de los demás partidos apoyaron el golpe cuartelero que los generales facistas moriniguistas dieron el 4 de mayo de 1954.

Stroessner no tomó la presidencia de inmediato —o no se la dieron— pues debía ser aleccionado previamente. Mientras la ocupaba provisionalmente Tomás Romero Pereira, cuyo solo nombre rezuma imperialismo por todos los poros, el elegido para gerente perpetuo del Paraguay sostenía una primera entrevista secreta en Lima, en junio de 1954, con delegados

del Comando norteamericano de la Zona del Caribe. En una segunda, en el Coman-Chaco, en Fprtín Mariscal Estigarribia, el 10 y el 12 de noviembre del mismo año, con altos jefes yanquis y brasileños, bajo la jefatura del embajador norteamericano y sin participación argentina, fue firmado un pacto militar secreto. Stroessner era presidente desde el 15 de agosto de ese año, y sigue siéndolo, casi dos décadas después.

30-35° lat. S

55-58° long. O.

## EL RETRATO DE DORIAN GRAY

Hasta 1953, Guatemala había tenido una sola embajada en el Río de La Plata, con sede en Buenos Aires. Pero en 1954 tendría lugar la X Conferencia de la OEA y Arbenz estimó conveniente abrir una representación diplomática especial en Montevideo. Esta tarea me fue encomendada y con ese objeto llegué a la capital del Uruguay, a mediados del año del Moncada.

La imagen inicial que me brindó la capital del país conceptualizado entonces como una prístina muestra de perfección democrática en la América Latina parecía confirmar esa reputación. La imagen fue esta:

Aunque Montevideo es una de las ciudades más populosas de la América Latina, con un millón aproximado de habitantes, la normalidad con que discurre su vida cotidiana no da esa sensación a primera vista. Está muy lejos de las trajinadas capitales ruidosas, atropelladas, enloquecedoras, sacudidas por un incesante ir y venir de gentes que parecen obsedidas, acusadas, constantemente atropelladas, por el vértigo de la vida moderna. No es que sea una ciudad dormida como Brujas o nuestra antigua Guatemala. Al contrario, es llena de vida, de color, de sentido actual, con tanto o más tránsito que Buenos Aires, proporcionalmente. Atreverse a cruzar en la intersección de la gran avenida Agraciada y Colonia requiere tanta temeridad y sangre fría como hacerlo por 9 de Julio, Corrientes y Diagonal Norte, en la capital argentina. Pero tiene algo que le da una apariencia apacible, serena, tranquila, como las personas dueñas de sí mismas. Será quizá que el carácter de los uruguayos, su instintivo equilibrio democrático, que les viene por herencia de su gran reformador José Batlle y Ordóñez, se refleja en la fisonomía general de la ciudad. El hecho es que aun en su hermosa y principal avenida 18 de Julio, apretada de grandes comercios, de cafés, de confiterías, de cinematógrafos, desde la estatua de Artigas hasta la del Gaucho, el torrente circulatorio de vehículos y peatones va y viene sin

aturdimientos ni encontronazos, ni bullicio, sino con ese ritmo regulado de las cajitas triangulares que marcan el tiempo a los que estudian música. Los semáforos señalan el compás a máquinas y peatones, y si uno de estos, distraída mente, no observa las señales luminosas, un caballero civil, con un brazalete por toda insignia de autoridad, le recomienda que atienda las indicaciones del aparato.<sup>95</sup>

Este primer rostro de Montevideo sugería que todo el país era así: seguro de sí mismo, democrático, tranquilo y feliz, si se considera que la capital contenía la mitad o más de los dos millones y medio de uruguayos que entonces constituían la población del país, en números redondos. Ese fue el rostro que la oligarquía dominante, aunque bicéfala, con una cabeza blanca y otra colorada, procuró mantener por muchos años, maquillándolo y acudiendo a periódicas operaciones de cirugía estética, para seguirlo exportando como afiche de atracción turística, en la medida en que se depauperaba y se enajenaba el país con el descenso de las otras exportaciones: la lana y la carne. Así fue, casi hasta la muerte del general Gestido en 1967, que siguió en poco tiempo a la del sistema colegiado de gobierno. Este, por cierto, era uno de los emplastos que contribuían a mantener el rostro amable del Uruguay.<sup>96</sup>

Pero al correr de los días, el forastero, como yo, empezaba a comprender que Montevideo no era solo la avenida 18 de Julio y que el Uruguay no era solo Montevideo. Había barrios que no eran el centro burgués de la gente bien (bien, pero en francés), como el barrio Unión y, sobre todo, el Cerro, barrio densamente obrero, donde ya se presentía esa madura y viril conciencia de clase de la cual daría muchas

<sup>95</sup> Sin alterarla, retomo la imagen de Montevideo como la escribí en *Por qué lucha Guatemala* (Buenos Aires, 1956). Casi toda la información de este capítulo de mi mapa hablado también corresponde a ese libro.

<sup>96</sup> El régimen colegiado de gobierno terminó el 27 de noviembre de 1966, al ser aprobado, por plebiscito, el proyecto de reforma constitucional auspiciado por los partidos tradicionales, blanco y colorado, que propugnaba el retorno al régimen presidencialista. Aunque las fuerzas progresistas objetaron como reaccionario ese proyecto y propusieron el propio, titulado Reforma Popular, que conservaba el colegiado, triunfó la vieja truculencia oligárquica. De la misma manera y en el mismo acto comicial, fue electo el general Oscar Gestido, como presidente, y el director del diario *El Día*, Jorge Pacheco Areco, estrechamente emparentado con los Batlle Pacheco como vicepresidente. La breve administración de Gestido, iniciada en marzo de 1967, fue antiobrera y entregada por completo a las exigencias del Fondo Monetario Internacional. Murió de un ataque cardíaco en la madrugada del 6 de diciembre del mismo año y Pacheco Areco amaneció presidente del Uruguay. Causa espanto asomarse a la cima en que Pacheco Areco y su sucesor Bordaberry han hundido al país.

muestras el proletariado uruguayo, en los años posteriores, pero, sobre todo, en este de 1973. Más allá estaban los "cantegriles", las barriadas miserables que en otras partes se llaman villas miseria, pueblos cayampas, favelas, barriadas brujas y de mil modos más. Y "en campaña", es decir en el campo, los "pueblos de ratas", denominación que los define por sí misma. No todo era la delicia de las playas que se suceden, casi sin interrupción, desde las montevideanas, como Pocitos, Malvín y Carrasco, hasta la de Punta del Este.

El buenísimo don Andrés Martínez Trueba, don Andresito, presidía el Consejo de Gobierno de nueve miembros, seis colorados y tres blancos, conforme el principio de la representación proporcional de la "ley de lemas". Gran truco oligárquico que contribuía también a conservar la cara linda del Uruguay. Con ese y otros ingredientes, la oligarquía mandante había acuñado el gran eslogan, con el que había dopado por mucho tiempo al electorado y que seguía exportando: "Como el Uruguay no hay". Naturalmente, los uruguayos más lúcidos ponían en duda la veracidad del mismo y hasta solían reírse de él con fino sentido del humor. Por lo demás, era evidente que Montevideo era una ciudad limpia de amenazas represivas: ni policías, ni militares, ni carros blindados, ni nada de eso. Es verdad también que no podía pasar por la imaginación de nadie la ilegalización de un partido, el cierre de un periódico, la disolución de una reunión, el cateo de un local, ni la existencia de un preso político. El mal era más profundo. Sobre todo a partir de 1959.

Don Andresito no mandaba nada. Otros marcaban la política del gobierno y eran, por cierto, los más reaccionarios dentro del mismo. Los colorados batllistas, que eran la mayoría gobernante, estaban divididos en dos ramas, una menos reaccionaria que la otra: eran la lista 15, dirigida por Luis Batlle Berres, sobrino de don Pepe (Batlle), el creador del Uruguay moderno, y la 14, dirigida por los hermanos César y Lorenzo Batlle Pacheco, hijos del patricio, cuya herencia política estaba flagrantemente traicionada en sus manos. Vivía entonces sus postreros años en la oposición Luis Alberto de Herrera, el líder indiscutible del Partido Blanco, antimperialista desde su lejana juventud y considerado "el último caudillo" civil.

El diario El Día, fundado por Batlle y Ordóñez, era propiedad de sus dos hijos. Era y es el representante uruguayo de la gran prensa encadenada al servicio incondicional de la política yanqui. Los boletines confidenciales redactados y distribuidos por la Embajada de los Estados Unidos en Montevideo aparecían después en ese diario como editoriales. A esa política respondía el ministro de Relaciones Exteriores, el canciller Pittaluga. No había presentado mis credenciales ante don Andresito, y ya el diario El Día disparaba su primer brulote por cuenta yanqui, contra

Guatemala. Según ese diario, mi gobierno había suscrito un convenio con la Unión Soviética, en virtud del cual eximía de todo impuesto aduanero a las "mercaderías rusas" que importábamos. Aunque eso hubiera sido lo más justo, natural y lícito del mundo, lo cierto es que se trataba de una de las veinte mil mentiras echadas a volar por la propaganda imperialista, para dar visos de verdad a la acusación contra el régimen guatemalteco, que se formalizaría en la Conferencia de Caracas. Ya se sabe cual: la de "enemigo número uno de la paz y la seguridad de las repúblicas americanas, quinta columna de la agresión del comunismo internacional". Esa era la letanía. Yo no tenía porqué defender a Guatemala de un supuesto cargo, porque nosotros no podíamos aceptar que aquel hecho comercial —como si hubiera sido de cualquier otro orden de relaciones— tuviera el más mínimo cariz delictuoso. Por un deber elemental de rectificar lo que no era cierto, hice las aclaraciones del caso. Desde luego, El Día no las publicó. Así empecé mi gestión diplomática en Montevideo.

El verdadero rostro del Uruguay oficial, mejor dicho del anti-Uruguay, no se mostró todavía al mundo en toda su fealdad, pero enseñó las orejas y con ellas algo del mal que lo corroía. En Caracas, ese anti-Uruguay votó a favor de Dulles. En los meses que siguieron, hasta la agresión a Guatemala, quedó claro que esa no era la voluntad del pueblo uruguayo. No era la de las mayorías batllistas. Tampoco era la de la masa del Partido Blanco, ni la de los partidos de izquierda: el comunista y el socialista. Ni siquiera la de la derecha católica de la Unión Cívica. En uso de una libertad parlamentaria que pudo sobrevivir hasta que la decapitó el yatagán puesto por los jefes militares en manos de Bordaberry, hubo enérgicas voces de protesta en el Senado uruguayo, contra la política servil de la Cancillería, en Caracas. Parlamentarios de diversos sectores como Cusano, Vignale, Ferreira, Bayley y otros, fueron los intérpretes del repudio popular. Cusano expresó:

De aquí en adelante podemos decir que además de esa definición ya popularizada en los Estados Unidos sobre "maccarthysmo" que ataca la conciencia de los individuos, su vida privada y su libertad, ahora ha quedado incorporado, legalizado y protocolizado, en América, el "maccarthysmo" de naciones que amenazan el libre albedrío y la independencia de los pueblos [. . .] Ahora se practicará, de acuerdo con la imposición y el esfuerzo del ministro de Estado de los Estados Unidos, señor Foster Dulles que actuara en Caracas como dominador, la delación y la investigación de las naciones americanas.<sup>97</sup>

<sup>97</sup> Cámara de Senadores. Cuarto período de la XXXVI legislatura. Publicación informativa, n. 156, Montevideo, 1953.

El canciller Pittaluga opuso a la acusación de los legisladores, para justificar a su delegación en Caracas, los elogios tributados por el Chicago Tribune. La justificación de Pittaluga fue apuntalada con la intervención de César Batlle Pacheco, quien, refutando a Cusano y aludiendo a Dulles, dio una lección de diplomacia panamericana, que hubiera sonrojado al mismísimo Tartufo. Su estilo, empero, no fue clásico, sino contemporáneo." Fue más de Cantinflas que de Moliere:

Frente a este panorama de América, si queremos conservar la solidaridad con los Estados americanos, tenemos naturalmente, que transar mucho en nuestras doctrinas y aceptar la presencia de los gobiernos que no podemos cambiar y cuando el canciller de tal o cual gobierno emite una opinión, creo que no públicamente, pero sí privadamente podemos decir todo lo que ha dicho el senador Cusano. Pero si fuéramos a la conferencia y dijéramos eso, no habría conferencia. Tenemos que ir con un plan de prudencia y disimular muchas cosas muy graves y feas.<sup>98</sup>

En su discurso, además, Batlle Pacheco hizo profesión de fe norteamericana, cuando expresó: "...la posición de los Estados Unidos es muy generosa, porque él no puede contar con la protección recíproca a la que da".

Este era el rostro verdadero: el del sometimiento que, veinte años después, llegaría a destaparse en toda su monstruosidad. He leído en estos mismos días un telegrama de la UPI, fechado en Montevideo, que muestra la cara actual de la capital uruguaya: la cara del horror, la negación más absoluta de aquella imagen seráfica que transcribí al principio. Esta es la de hoy:

Empleando tanques, ametralladoras y gases lacrimógenos, el ejército y la policía dispersaron hoy violentamente una enorme manifestación popular que protestaba contra el golpe de estado dado por el presidente Juan María Bordaberry... Disparando ráfagas de ametralladoras al aire por sobre las cabezas de millares de manifestantes, poderosas fuerzas militares y de la policía dispersaron a una multitud de miles de personas que coreaban consignas antigubernamentales y repetidamente gritaban ¡Abajo la dictadura!... Según testigos, varias personas resultaron heridas como consecuencia de la represión en la cual participaron además elementos de la policía con ropa civil... Tropas de la guardia republicana, a caballo, colaboraban con el ejército para reprimir a los manifestantes, utilizando sus sables incluso contra ancianos y mujeres con niños, tal como lo pudo apreciar un corresponsal de la United Press International. (Granma, 9-VII-73).

Ese es el rostro verdadero del anti-Uruguay, por fin mostrado al mundo. El verdadero rostro que se ocultaba en el desván, mientras se mostraba el otro, el ficticio. Exactamente como en El retrato de Dorian Gray.

18-56° lat. S

54-76° long. O.

## EL LEVIATÁN LLEGA POR FIN AL CABO DE HORNO

Cuando Ibáñez fue elegido presidente de Chile, en 1952, Claude G. Bowers, a quien ya conocemos, tenía trece años de ser embajador de los Estados Unidos, en Santiago. Desde luego, su desembozada y prepotente ingerencia en el proceso electoral para impedir aquella elección no era nada inusitado, ni mucho menos. La práctica normal de la diplomacia yanqui en la América Latina, en esos años, era ese altanero y abusivo entrometimiento en los asuntos internos de nuestros países. Desde luego, para que ese estilo típicamente colonialista fuera posible, eran necesarios gobiernos obsecuentes, de reblandecida mentalidad colonizada. Como hemos visto a través de este mapa hablado, en 1953 los había y no eran pocos. Incluso, todavía los hay.

Gabriel González Videla fue políticamente una especie de "hombre abominable de las nieves", si se piensa en las cumbres andinas que hacen fondo al paisaje chileno. En el género de los colonizados que se regodeaban de serlo, figuraba a la vanguardia. Bowers hacía de él lo que quería y el pueblo chileno pagó muy caro, en campos de concentración, presos, exiliados y muertos, ese grado de entregamiento. Entre los muchos elogios que, naturalmente, el norteamericano tributa al acomodaticio presidente, hay algunos realmente regocijantes como este:

Si hay algún rincón acogedor en la Moneda, a mí se me escapó. Por eso, González Videla aprovechó al máximo el hermoso palacio de verano de Viña del Mar, a donde iba los viernes y se quedaba hasta el lunes, en verano y en invierno. Allí encontraba descanso y aire de mar. El palacio se hallaba diseñado para ese preciso propósito. Podía, en él, bañarse en la larga piscina de agua de mar, reposar o caminar por los amplios jardines, y recibir a sus amigos en almuerzos y cenas en la terraza que miraba al Pacífico. Era buen jinete y participaba durante el año en las actividades del Paperchase Club, luciendo buena estampa con su chaqueta roja de montar.<sup>99</sup>

Por eso, el contraste con "el rostro labrado en granito" de Ibáñez debió parecer inicialmente violento al viejo

<sup>98</sup> Idem.

<sup>99</sup> Bowers: op. cit., p. 354.

diplomático yanqui. Sin embargo, resultó mucho menos de lo que auguraban las apariencias. Ese rostro, ya a los nueve meses de ejercicio del poder, "se había suavizado con el contacto personal y parecía sinceramente amistoso hacia mi país", según dice el mismo Bowers. Varios hechos habían contribuido a ese relajamiento de la tensión inicial y a ese pronto olvido de la hostilidad del diplomático contra el candidato en quien había temido, con acepción figurada, lo mismo que plásticamente le gustaba en González Videla: la chaqueta "roja", que el programa electoral parecía anunciar. Como se verá, nunca hubo tal chaqueta.

Sucedió que a los tres meses del gobierno de Ibáñez, se produjo un incidente en la Antártida, cuando marinos ingleses destruyeron un fortín chileno en la isla Decepción. Chile protestó, y, según se decía, la protesta no fue considerada siquiera en la Cámara de los Comunes. Hubo la natural indignación popular y el gobierno se vio en un serio apuro. La idea de plantear el asunto en la OEA no convencía a la Cancillería chilena, por el temor de que surgieran tercerías de otros pretendientes a la soberanía en el continente helado, entre ellos Argentina. Y esto sucedía en febrero, coincidiendo con la visita de Perón. Tuvo que ser el embajador yanqui el que se hiciera oír del embajador inglés, Charles Stirling, a ruego de la Cancillería chilena, para zanjar el asunto. Triste y revelador episodio de aquellos tiempos.

Más triste y revelador fue el incidente del cobre, en julio del mismo año de 1953. Para presionar al gobierno a fin de que depusiera un tímido intento de defender los precios internacionales del cobre, el imperialismo apeló a un conocido chantaje. Ordenó a las compañías que amenazaran con disminuir la producción, alegando que aquella política chilena había reducido la demanda del mineral en el mercado. Disminuir la producción suponía dejar cesantes a 1500 trabajadores, con todas las consecuencias sociales y políticas que era de imaginarse. Nuevamente la Cancillería chilena, entonces a cargo de Oscar Fanner, pidió los buenos oficios de Bowers ante la empresa "para que reconsiderara la medida y esta consintió generosamente en hacerlo". Por entonces, Milton Eisenhower y John Moor Gabot pernoctaban en Chile, cuando hacían el papel de mici dominici por la América Latina. No era coincidencia.

Por su larga permanencia en Chile, por el clima popular de animadversión que su impertinencia le había acarreado y, sobretudo, porque pertenecía a la diplomacia demócrata y el gabinete Cadillac de Washington necesitaba puestos diplomáticos para los republicanos, Bowers debía ser remplazado. Era lo normal. Sin embargo, Eisenhower y Dulles no dieron curso rápido a la protocolaria renuncia de aquel, sino hasta que estuvieron persuadidos de que el peligro izquierdizante con que amenazaba el gobierno de Ibáñez había pasa-

do y de que, por consiguiente, ya no necesitaban a este "especialista" en política chilena. Es él mismo quien nos da el diagnóstico de la claudicación, como quien exhibe su propia obra:

Las terribles predicciones de los pesimistas, de que [Ibáñez] derribaría rápidamente el régimen democrático, se redujeron de inmediato al absurdo cuando adoptó una firme posición contra los subversivos comunistas, contra la derogación de la ley de Defensa de la Democracia, contra la denuncia del Pacto de Seguridad Mutua. Se mantuvo estrictamente apegado a los procesos democráticos tradicionales durante los nueve meses que permanecí en Chile. Había heredado una crisis económica, con una inflación creciente. Dos años más tarde tuvo la valentía de llamar a los expertos norteamericanos en economía y administración, quienes tuvieron tanto éxito en Perú no mucho antes, para que aconsejaran sobre los medios de poner orden en lo que amenazaba convertirse en un caos.<sup>100</sup>

Es innecesario hacer reflexiones sobre todo lo que ese párrafo implica: es muy transparente en él la mentalidad imperialista yanqui y el lector sacará conclusiones por sí mismo. Pero es inevitable la comparación entre aquellos gobiernos de indignidad y la actitud inlaudicable del de la Unidad Popular, presidido por Allende. Ya no es cuestión de ideología. Es sencillamente de decoro nacional.

Sin embargo, la clase obrera defraudada con el incumplimiento de las promesas electorales, no se cruzó de brazos y demostró una lucidez y una disciplina de las que daría otras pruebas más tarde. Se anticipó a la claudicación con un paso decisivo en la vida del sindicalismo chileno: echó las bases de su compacta unidad e inició una trayectoria ejemplar para el proletariado latinoamericano. Tanta que, al festejar los veinte años de esa unidad, el 12 de febrero de este año, el presidente Allende pudo decir:

Son veinte años de existencia en que ha habido sufrimientos, persecuciones, destierros, muerte de trabajadores, pero en que también se ha podido superar una etapa oscura y, por lo tanto, estos veinte años significan una gran lección y experiencia.<sup>101</sup>

En el acto en que habló Allende estaba Gotario Blest, el primer presidente de la CUT, en 1953. Tres o cuatro años después de creada la hoy madura Central Obrera, don Clotario llegó a Buenos Aires invitado por la Liga Argentina por los Derechos del Hombre. Entonces lo conocí: parecía tallado en marfil, pequeño, fino, de

<sup>100</sup> Idem, p. 385-86,

<sup>101</sup> Discurso pronunciado en el edificio Gabriela Mistral, en saludo al XX aniversario de la CUT.

pelo cano, tez blanquísima y ojos claros. Así de suaves eran sus maneras. Era católico y sin embargo no era por falta de ejecutorias revolucionarias por lo que había sido escogido para presidir una combativa central donde predominaban los comunistas y los socialistas. Así es Chile.

Solo la dirigencia obrera chilena de 1953 puede decirnos si entonces estaba al tanto de la gran conspiración imperialista, dirigida desde los Estados Unidos, para disolver y fagocitarse al verdadero movimiento sindical latinoamericano. Pero un hecho es incontestable y es el de que, con aquel conocimiento o sin él, la creación de la CUT, en febrero del año mencionado, fue una oportuna y contundente respuesta a la gigantesca maniobra reaccionaria planificada por los altos jerarcas de la American Federation of Labor (AFOL), ya entonces umbilicalmente asociados a la CIA y entre los cuales los directamente responsables de la acción sobre la América Latina eran Matthew Woll, en la cumbre, y Serafino Romualdi, en la acción regional. Sobre el primero de esos personajes, es imprescindible citar una fuente muy bien informada, por razón de oficio:

Aunque no consiguió ser elegido presidente de la AFOL, continuó siendo el principal orientador de su línea política hasta la fusión [con el Congreso de Organizaciones Industriales, CIO] de 1955 [...] Republicano de toda la vida y adversario de Roosevelt y del New Deal, Woll era, en todos los sentidos, el representante más preclaro del imperialismo de los Estados Unidos en la dirección de la Federación. Como presidente de la comisión de asuntos internacionales de la AFOL, Woll tenía vara alta en el desenvolvimiento del "panamericanismo sindicalista" que, en colaboración con algunos dirigentes sindicales latinoamericanos actuaba como un apéndice de los Estados Unidos en la tarea de convertir a América del Sur en un campo de dominio exclusivo de aquel imperio.<sup>102</sup>

Desde luego, por encima del mismo Woll estaba el pontífice máximo del imperialismo sindical, del anti-comunismo actuante y de la corrupción reptante imbricada con la CIA, el sultán de la AFOL, George Meany. Rómulo Betancourt, digámoslo de paso, fue asesor jurídico y político de Meany en los años de su exilio. Así lo publicaba el Noticiero Obrero Interamericano, órgano de la Organización Regional Interamericana de Trabajadores, ORIT, rama hemisférica esta de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres, CIOSL.

Había, por supuesto, un hilo conductor que partía de la AFOL y pasaba por el corazón de la CIOSL y de la

ORIT, cuyos extremos estaban en manos de la CIA. La CIOSL fue creada por el imperialismo yanqui en 1950, como maniobra táctica dentro de la estrategia de la guerra fría, para romper la unidad de la Federación Sindical Mundial. Morris documenta cómo "la AFOL desempeñó un importante papel en la escisión de la Federación Sindical Mundial y tenía virtualmente en sus manos el control de la recientemente fundada Confederación Internacional de Sindicatos Libres."<sup>103</sup>

Lo que después vino a ser la ORIT, cuya sede fue trasladada a México en 1952, tuvo su origen en 1947, cuando se fundó en Lima la Confederación Interamericana de Trabajadores, CIT, en una conferencia a la cual asistieron "los hombres de confianza de [Serafino] Romualdi, esparcidos en todos los países de la América Latina" (Morris, p. 78). "La CIT sirvió durante cierto tiempo de centro desde el cual la CIA pudiera extender sus contactos con las organizaciones sindicales de la América Latina" (Idem.) La ORIT tuvo, de nacimiento, el objetivo de desintegrar a la Confederación de Trabajadores de la América Latina CTAL, creada en México bajo la dirección de Lombardo Toledano, para agrupar a las organizaciones sindicales latinoamericanas de izquierda, afiliadas a la Federación Sindical Mundial.

En 1952, la acción de la ORIT, que nunca logró ablandar como hubiera querido la resistencia de los trabajadores latinoamericanos, empezó a hacerse sentir hasta en la Argentina justicialista de Perón. Aunque no pudo, naturalmente, romper el bloque granítico de la CTC peronista, creó algunas dirigencias a las que presentó como "gremios democráticos", mientras, por otra parte, se hablaba en el exterior de un Movimiento Pro-Democratización e Independencia de los Sindicatos, que murió por inanición. Perón no tardó en responder al reto de la ORIT: el dirigente de la CTC, Espejo, fue enviado a México, donde fundó otra central a nivel latinoamericano: la Agrupación de Trabajadores Latinoamericanos Sindicalistas (ATLAS), cuya sede estaría en Buenos Aires. La Conferencia Regional de Obreros Mexicanos (CROM) se adhirió a ella, no así las centrales de Guatemala (CGTG) y Bolivia (CTB), que, en 1952, mantenían una línea definida de izquierda y militaban en la CTAL y en la FSM. Sin embargo, Lombardo Toledano saludó a la nueva entidad, en su nacimiento, y declaró que si sus objetivos eran los de luchar contra el imperialismo y por el mejoramiento de los trabajadores, la CTAL y la ATLAS podían marchar juntas (El Popular, 11-11-52), y discutir las "bases mínimas para concertar su unidad de acción en defensa de los intereses de los trabajadores, como base... para una futura unidad orgánica de todos los trabajadores de la América Latina" (Idem, 21-11-52).

<sup>102</sup> George Morris: La CIA y el movimiento obrero, México, 1967, p. 45.

<sup>103</sup> Idem., p. 52.

En definitiva, ni la ORIT, que era la ultraderecha proimperialista; ni la CTAL, que era la izquierda revolucionaria; ni la ATLAS, que expresaba la "tercera posición" peronista, en el orden sindical, lograron una verdadera, mayoritaria y duradera unidad de los trabajadores latinoamericanos, porque esta es consubstancial con la revolución en marcha en la América Latina.

No era solo en el terreno sindical donde se pretendía crear dificultades al régimen de Perón, provocando incluso algunas huelgas. También se hablaba de lo mismo entre ciertos grupos universitarios, generalmente hijos de las familias aristócratas del llamado "barrio norte". En la Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA) había habido siempre una enconada oposición entre los llamados "reformistas" en recuerdo de la reforma universitaria de 1918, anti-peronistas, y una derecha que se denominaba "humanista". Era evidente que había fuerzas empeñadas en agudizar el clima difícil que confrontaba Perón, por efecto de las circunstancias económicas y fiscales por las que atravesaba el país. El nuevo plan quinquenal, cuyo objetivo era consolidar las tres banderas justicialistas: la justicia social, la independencia económica y la soberanía política, tropezaba para su cumplimiento con una caída vertical de las divisas con que el régimen había contado en su primera etapa, en la década anterior, y las exportaciones disminuían a causa de la baja producción en la carne y en el trigo, que, incluso, obligaba a restricciones del consumo local. Tales fuerzas se hicieron oír el 15 de abril de 1953 cuando estallaron dos bombas en la Plaza de Mayo, mientras Perón hablaba a una concentración de 50000 trabajadores, y dejaron seis muertos y noventa y tres heridos. Un severo crítico del régimen peronista nos ofrece este breve comentario: "Una agitación que parecía encontrar por primera vez algún eco popular iba a manifestarse en actos de terrorismo ejecutados por distinguidos miembros de nuestras familias patricias."<sup>104</sup>

Desde 1946, consecuente con las líneas programáticas del justicialismo. Perón mantuvo inalterables las relaciones con los países socialistas, sin plegarse a los dictados norteamericanos de la guerra fría, ni a la nolitica antisoviética codificada en Río de Janeiro, en 1947, con el llamado Tratado de Asistencia "Recíproca. En 1952, fue renovado el convenio comercial con Polonia y la revista mexicana Índice, aludiendo también a la restricción a las importaciones decretada por la misma época, dijo que "una y otra cosa [estaban] muy lejos de los deseos norteamericanos" (n. 7, enero-marzo, 1953). En octubre de 1953, así mismo, fue firmado un nuevo convenio comercial con la Unión Soviética. Las relaciones no eran sólo diplomáticas y

comerciales, sino también culturales. Muchas veces asistí al Instituto de Relaciones Culturales Argentina-URSS (IRCAU) donde solía encontrarme con amigos míos, por lo general miembros del PC. En eso no fue alterada la política del régimen, pues, aun en 1955, el propio Perón inauguró un inmenso pabellón con la estrella roja, cerca de la Estación Retiro, hacia el puerto, donde se exponían los adelantos de las industrias soviéticas, livianas y pesadas.

En cambio, las relaciones con los Estados Unidos experimentaron un cambio, que no obedeció seguramente a la visita de Milton Eisenhower, pero que coincidió con ella. El 21 de agosto de 1953, fue emitida la ley número 14122 sobre inversión de capitales extranjeros, "que estimulaba la importación de los mismos en forma de máquinas e instalaciones, imponía garantías contra la nacionalización sin 'retribución justa', establecía cuotas de exportación de las ganancias y de repatriación de los capitales mucho más ventajosas que antes".<sup>105</sup> En 1950 había sido contratado un empréstito norteamericano de 125 millones de dólares.

Pero donde el problema se agudizaba era en el campo energético. Desde 1907, la Argentina era dueña de su petróleo, el que extraía por medio de Yacimientos Petrolíferos Fiscales, YPF. Esta entidad había superado épocas difíciles, durante gobiernos anteriores, no siempre muy celosos en la defensa del combustible nacional, como que habían hecho concesiones a los dos colosos y, en el inmediato pasado, rivales en América como en el Medio Oriente: la Standard Oil y la Royal Dutch. El gobierno de Perón mantuvo hasta 1953 una política defensiva del monopolio estatal y trató de vigorizarlo al máximo. Transcribiré, a este respecto, párrafos de tres expositores nada peronistas sino críticos muy severos del régimen, relativos tanto a la política petrolera del mismo como a la hostilidad de las empresas imperialistas, antes y durante 1953. El primero es el ya citado Víctor Volski. Este dice:

A partir de 1943 cambia la política oficial con respecto a YPF. El gobierno de Juan Perón trata de establecer un equilibrio entre la dominación económica de la oligarquía y la intensificación del papel político de la clase obrera, cifrando grandes esperanzas en el desarrollo del capitalismo monopolista de estado. Perón comenzó intentando elevar el prestigio de YPF. En 1943, se declaró fiesta nacional el 13 de diciembre, día en que se descubrió el petróleo (1907). En 1949, se aprobó la nueva Constitución, cuyo artículo 40 establecía el monopolio del Estado en la exploración y la extracción. Por cierto que la ley conservaba el derecho de los monopolios extranjeros de explorar las concesiones otorga-

<sup>104</sup> Tulio Halperin Donghi: Argentina en el callejón, Montevideo, 1964, p. 65.

<sup>105</sup> Volski, op. cit., p. 253.

das con anterioridad... Pero la política de los monopolios extranjeros se hizo más agresiva, pues las concesiones parciales solo sirvieron para aumentar sus pretensiones. La Standard Oil y la Royal Dutch Shell no tenían la menor intención de aumentar la extracción en sus áreas. Por ejemplo, la primera de estas empresas, hasta 1952 inclusive no habían perforado un solo pozo, había cerrado totalmente algunos de sus yacimientos (Sol, Dadin, etc.) e interrumpido por completo los trabajos de cateo. Al mismo tiempo, los monopolios extranjeros continuaban haciendo el boicot a YPF en los mercados de maquinarias, a raíz de lo cual no podía aumentar su extracción. En el curso de diez años YPF no pudo superar el nivel alcanzado en 1943.<sup>106</sup>

Nuestro otro informante es Adolfo Silenzi de Stagni, profesor titular de Derecho Agrario y Minero, de la Facultad de Derecho de Buenos Aires, cuyo libro *El petróleo argentino*, que contiene la versión taquigráfica de una clase dictada el 26 de mayo de 1955, contra el contrato con la compañía norteamericana California Argentina, fue calificado por el diario *Die Welt*, de Hamburgo (31-VIII-55) como "el más importante aporte de argumentos que tuvo la oposición para luchar contra Perón". Dice en ese libro Silenzi de Stagni:

[...] no quiero dejar de destacar entre las medidas de gobierno que han significado un progreso para YPF, las siguientes:

1. El aumento de nuestra flota petrolera, que alcanza en 1953 a 340 421 toneladas de registro bruto, colocándonos en el 10° lugar entre todos los países del mundo. Sin embargo, todavía estamos lejos de poder afirmar que nuestro país cuenta con la flota petrolera que necesita para su tráfico internacional, pues sólo un 20% del total de las importaciones de combustibles líquidos ha sido transportado en buques tanques de bandera argentina. En cualquier caso, es indiscutible que hemos progresado y si tomamos las cifras de 1951, nuestros petroleros ahorraron al país la salida de más de 20 millones de dólares en concepto de fletes [...]
2. También YPF ha progresado en cuanto a su capital en destilerías, sobre todo, cuando se ponga en marcha próximamente la que se encuentra en construcción en la provincia de Buenos Aires. Estos trabajos debieron concluirse hace ya tiempo, pero por diversas

causas, no imputables a la firma constructora, se ha postergado la inauguración.<sup>107</sup>

Finalmente, recojo el testimonio estrictamente técnico de un economista argentino, Marcelo Isacovich, quien en solo dos párrafos nos descubre toda la monstruosidad de la política imperialista, que no omitió medios para cercar económicamente a la Argentina de la época justicialista, a fin de paralizarla en su desarrollo independiente y obligarla a encausarse por el trillado rumbo de la mayoría de gobiernos latinoamericanos, en aquellos años de omnipotencia imperial. La táctica variaba respecto a la que se empleaba con Guatemala, pero el objetivo era el mismo. Se semejaba más bien a la de Bolivia, aunque, naturalmente, la tarea de ablandamiento era mucho más ardua. Incluso, en el caso argentino, el imperialismo no contaba con los bien ubicados caballos de Troya —que, en el caso brasileño, aplastaban bajo los cascos la desesperada resistencia nacionalista de Getulio Vargas—. No obstante, la operación anti-Perón marchaba y la petrolera constituía una de las duras tenazas:

En el año 1949, —dice Isacovich— el entonces Ministro de Hacienda reconoció en un debate parlamentario que Estados Unidos negaba las licencias para vendernos equipos petroleros. Los aliados a la Standard Oil dentro del país lograron que nuestro gobierno se sometiera a tal política y no adquiriera en otros países los equipos que Norteamérica negaba. El oro y divisas que debieron emplearse en equipos de perforación, oleoductos, etc., se malgastaban importando petróleo, en lugar de extraer el nuestro.

Los monopolios llevaron al país a un atolladero: creciente necesidad de importar petróleo y agotamiento de las divisas para adquirirlo. Pero los voceros del capital imperialista iniciaron una ruidosa campaña tendiente a responsabilizar a YPF de la situación y convencer a la opinión pública que el único medio de aumentar la producción era otorgar concesiones a los monopolios. A partir de 1953, va llegando a Buenos Aires una corriente cada vez más nutrida de emisarios del capital petrolero estadounidense, proponiendo diversas formas de intervención. En 1954 se negoció un contrato con la Atlas Corp. y Dresser Industriales por el cual se le otorgaba una concesión y se solicitaban préstamos norteamericanos para la industria del petróleo. La política del capital financiero de Estados Unidos fue expuesta por la revista *Fortune* que dijo: estamos en un todo de acuerdo, pero los dólares se los daremos a la Standard Oil y no al gobierno argentino. Si quieren petróleo dejen

<sup>106</sup> Idem., p. 251.

<sup>107</sup> Adolfo Silenzi de Stagni: *El petróleo argentino*, Buenos Aires, 1955, p. 116.

piedra libre a la Standard Oil; ella pondrá los dólares.<sup>108</sup>

En 1954, Arbenz me trasladó de la Embajada de Guatemala en Montevideo a la de Buenos Aires. Eran las vísperas de la X Conferencia Interamericana, de Caracas, donde Foster Dulles, como tonante fiscal frutero, emplazaría a mi gobierno ante el cónclave panamericano. No cifrábamos ninguna esperanza en ese cónclave, porque conocíamos su incondicionalidad al imperialismo. Pero la Argentina había sido independiente en su política internacional, durante la última década y de ella cabía esperar una actitud distinta. En Caracas mantuvo aquella línea, dentro de lo que permitían las circunstancias que he descrito: no votó en contra de Dulles y cuanto este representaba, como nosotros; pero se abstuvo, como México, apartándose de la mayoría sumisa.

4-18° lat. N.

56-79° long. O.

ingerencias en el imperio provector

El 22 de abril de 1958 quedó instalado el primer parlamento de la Federación Británica del Caribe, en Puerto España, isla de Trinidad, capital de la nueva entidad colonial. Esta comprendió a muchas de las llamadas Antillas Menores, con una población aproximada de tres millones de habitantes: desde Jamaica, al sur de Cuba, hasta Trinidad, frente a la costa de Venezuela. Incluía a Jamaica, a Tobago, a Barbados y a los grupos de Barlovento o Windward (Dominica, Granada, Santa Lucía, San Vicente) y de Sotavento o Leeward (Antigua, Barbuda, Redonda, Saint Kitts, Nevis, Anguila y Monserrat). Este era el imperio colonial británico del Caribe, al cual pertenecía también la Guayana inglesa.

Es sabido que ese imperio se formó entre los siglos XVII y XIX, de acuerdo a la ley de los colonialismos, que puede enunciarse, en traducción vulgar, con la conocida expresión: "lobos a lobos se muerden". Aunque el ojo de Colón, y solo el ojo, las recorrió en sus viajes y de ello tenemos amenos relatos escritos por su acompañante, el doctor Chanca, España consideró oficialmente "inútiles" a esas islas pobres en metales preciosos y en densas y organizadas poblaciones aborígenes y las abandonó a otros apetitos: ingleses, franceses y holandeses.

Un viajero que recorrió las Antillas hace veinte años nos ofrece el saldo de esos siglos de colonialismo:

Como primera impresión las Antillas provocan en el viajero, una sorprendente sensación de

vetustez. Y es que en verdad, no se esperaba en nuestros días hallar tan evidentes síntomas de la esclavitud. Después de casi más de un siglo —¿es mucho tiempo un siglo?— los vestigios de la odiosa institución no han desaparecido. Los hombres se han emancipado; hoy ya no se los caza a tiros de mosquete, pero la sociedad esclavista ha sobrevivido.<sup>109</sup>

A la dispersión geográfica, impuesta por la Naturaleza y fácilmente apreciable en el mapa, vino a agregarse el distanciamiento recíproco determinado por las influencias culturales, especialmente lingüísticas, de origen metropolitano. En unos pocos siglos, ese mundo antillano se alejó también de nuestra América, al cual le une un denominador común mucho más importante que los matices étnicos, lingüísticos o de otro orden: el de su común explotación por los colonialismos del pasado y del presente y el de las comunes consecuencias de esa explotación. Ahora todo eso está cambiando y ya los americanos meridionales, en lucha contra el colonialismo y el neocolonialismo de cualquier procedencia, nos reconocemos como partes de un todo común, como lo hemos sido siempre. Las excolonias británicas ya independientes están señalando ese camino.

El viajero mencionado apuntaba hacia 1955 que, "a pesar de su aislamiento y de sus aparentes diferencias, las Antillas tienen un patrimonio común indiscutible: la miseria". Los herederos de las que fueron colonias españolas, portuguesas y francesas, tanto en el Caribe como en el Continente, sabemos muy bien que ese fue también el patrimonio que recibimos, al romper la coyunda metropolitana. Sin embargo, siendo común ese denominador ha tenido diferencias en el curso de la historia. Así como las hubo y las hay entre nuestra familia de herencia ibérica, en el mayor o menor grado de pobreza, las había hace veinte años y, seguramente, las hay todavía en el cuadro antillano. Las colonias británicas exhibían números menos angustiosos.<sup>110</sup>

Era también en esas colonias, en Jamaica, Trinidad y Barbados, sobre todo, en donde las clases explotadas, predominantemente de origen esclavista africano, pero también hindú, a partir de la abolición de la trata a mediados del siglo pasado, habían cobrado una más madura conciencia de clase y enfrentado a la discriminación de la plantocracia blanca. Los líderes y las masas habían reaccionado exitosamente contra la iner-

<sup>109</sup> Guerin, op. cit., p. 26.

<sup>110</sup> Como ya dije en otra parte y, según cifras mencionadas por Guerin, el nivel medio de vida por habitante, sería, en 1952: 180 a 200 dólares anuales, en Puerto Rico y Antillas Holandesas; 140 a 150, en Islas Vírgenes y Trinidad; 75 a 135, en Cuba; 103, en Jamaica; 100 en Antillas francesas; 63, en República Dominicana, y 24, en Haití.

cia colonial y obtenido del imperio concesiones políticas y sociales. En Trinidad, la lucha por las reivindicaciones no era sólo contra la plantocracia azucarera. Allí el sindicalismo había alcanzado un elevado nivel entre los trabajadores petroleros en la década de los años cuarenta y, en un momento, la Oilworkers Union, afiliada a la Federación Sindical Mundial, contó con 10 000 afiliados. El sufragio universal y la participación en el gobierno eran conquistas logradas desde 1944, en Jamaica; desde 1950, en Barbados, y desde 1946, en Trinidad.

Sin embargo, ese penoso ascenso hacia una verdadera liberación no solo política, sino también del atraso secular, de los terribles índices de desarrollo, de las condiciones infrahumanas de sus densas mayorías tenía al nuevo enemigo en las puertas, si no dentro de la propia casa. Era el imperialismo yanqui, siempre rampante sobre el Caribe, según historia muy vieja y muy conocida. A este peligro obedeció la revitalización, por parte de la oficina colonial británica, del proyecto de federalización de las British West Indies. Con ese fin se reunieron en Londres, a principios de 1953, los delegados de los parlamentos de Jamaica, Trinidad, las Leeward y las Windward. El plan comprendía también la posterior incorporación de la Guayana inglesa, Belice, las Islas Vírgenes (británicas) y Barbados. "Esta medida obedece a la marcada orientación de algunos grupos coloniales privilegiados hacia los Estados Unidos, por una parte, y a la exigencia cada vez mayor de los grupos populares de obtener su independencia, por la otra", comentó la revista *Indice* (n. 7, enero-marzo de 1953).

El 23 de febrero de 1956, fue anunciado en Londres, solemnemente, después de una prolongada conferencia, el surgimiento de la Federación antillana. Con el establecimiento del primer parlamento en Puerto España, en 1958, culminó un proceso iniciado casi un cuarto de siglo antes, en 1932. Pero la Federación no duraría mucho. La marcha hacia la independencia era indetenible.

La más avanzada de las posesiones inglesas en el Caribe, en orden a organización y conciencia política y social, era la Guayana Británica, que, en definitiva, no formó parte de la Federación. Con 214 962 kilómetros cuadrados y más o menos medio millón de habitantes, no era muy antigua como colonia británica. Data de las primeras décadas del siglo XIX. En ese espacio de tiempo relativamente corto, se había formado una de las más heterogéneas sociedades de nuestra América. Marginada física y socialmente la primitiva población aborigen, la de las familias sobrevivientes de "amerindios" confinadas a los "matorrales" de occidente, la faja más poblada y activa, sobre el Caribe, estaba poblada por hindúes, en su mayoría, y por negros, ingleses, portugueses y chinos. Los primeros, los más numerosos, eran más bien rurales, plantadores de arroz o trabajadores en los ca-

ñaverales y en los ingenios azucareros. Los negros, segundos en importancia numérica, eran predominantemente urbanos, en Georgetown y Nueva Amsterdam, y constituían gran parte de la burocracia y de la clase obrera calificada. Los chinos y los portugueses, muy minoritarios, se aplicaban al comercio y los pocos ingleses nativos miraban desde su altura étnica al resto, sin admitir que fuesen tan guyaneses como ellos. Además del arroz y el azúcar, la Guayana británica poseía una codiciada riqueza para la exportación: la bauxita.

Así era la Guayana británica en el año del Moncada. Ahora es, más o menos, igual. Pero ya no se llama así. Es simplemente Guyana, república independiente, desde que adoptó el sistema presidencialista, en febrero de 1970, y abandonó el raro estatuto monárquico recibido con la independencia formal en 1966. En 1953, el pueblo llegó al poder sorpresivamente, por primera vez, mediante un inesperado triunfo electoral del Partido Popular Progresista (PPP). Sin embargo, el dominio absoluto del colonialismo había principiado a agrietarse desde 1947, cuando Cheddi Jagan ganó una banca en el parlamento como candidato opositor y formuló las primeras denuncias contra el sistema, especialmente contra el monopolio azucarero inglés y contra los directorios de los tres diarios que controlaban la prensa y la radio mancomunadamente. El PPP fue creado en 1950 y rápidamente se convirtió en mayoritario. Su denominación de "popular progresista" respondía a la realidad. Su tenaz campaña por el sufragio universal y por el aumento del número de diputados de elección popular tuvo éxito: la Corona concedió la reforma en 1952.

Al año siguiente, las masas guyanesas se volcaron literalmente sobre las urnas. Sufragó un cuarto de millón (el 74%) y el triunfo del PPP fue aplastante sobre sus principales contendientes: el Partido democrático Nacional (NDP), apoyado por los grandes negocios, la prensa y las iglesias; el Partido Nacionalista de Guayana, agrupación ocasional, electorera, improvisada por los dirigentes azucareros de Berbice, y el Partido Unido de Obreros y Campesinos (UFWP), carente de unidad, de obreros y de campesinos, creado y dirigido por Daniel Prabhudas Debidin, indostanófilo a ultranza. Lindes Forbes Burham, presidente entonces del PPP, triunfó en Georgetown con el voto de los "africanos", sus hermanos étnicos; Cheddi Jagan, en Corentyne Coast, con el sufragio de los "indios orientales", a los cuales pertenecía, y Janet Jagan, en West Essequibo. Con ella y otras dos candidatas elegidas, la mujer ingresó en el parlamento guyanés.

Aunque rotunda, (18 diputados con opción de nombrar seis ministros) la del PPP fue una victoria mediatizada, pues el gobernador inglés seguía allí, por encima de todo, con su poder de veto en alto, pronto a descargarlo sobre cualquier intento de cam-

biar el estatus colonial o de afectar los privilegios de la plantocracia azucarera. En otras palabras, era misión del gobernador hacer cumplir la doctrina colonialista de Wiston Churchill, que, según Aneurin Bevan, era esta: "Sois libres de escoger el gobierno que querrais, mientras sea el tipo de gobierno que nosotros queremos".

La palmeta alzada del veto, en manos del gobernador, se explicaba por la carga de perjuicios que el PPP había arrastrado en su contra durante la campaña electoral. El testimonio de Cheddi Jagan es de primera mano y absolutamente fidedigno, pues vinieron a corroborarlo los hechos que acontecieron 133 días después del 30 de mayo de 1953, día en que fue inaugurado el Consejo Legislativo con mayoría popular progresista. Cuenta Jagan:

Los principales puntos hacia los que la oposición dirigía sus virulentos ataques contra nosotros eran complots internacionales, campos de trabajo forzado, comunismo, la Unión Soviética. Se nos atacó por ser instrumentos de Moscú y por querer instaurar un régimen obstinado en destruir los derechos y las libertades democráticas del pueblo guyanés [...] En esta campaña la oposición contaba con el apoyo de los hombres de negocios, de la prensa y de las iglesias. Los tres diarios, con sus direcciones entrelazadas, representando al azúcar, la minería, el comercio y las finanzas, eran las principales armas contra nosotros [...] Las iglesias también jugaron un papel en la oposición del PPP. Esto se debía a que en nuestra sociedad colonial, los jerarcas de la Iglesia Anglicana estaban fuertemente identificados con los gobernantes. Los colonos y sus partidarios eran inseparables del alto clero anglicano y por eso la Iglesia Anglicana estaba profundamente comprometida con la conservación del status-quo. Un papel semejante fue desempeñado por la Iglesia Católica Romana, controlada por el pequeño pero rico grupo de portugueses, quienes después del grupo dominante británico-europeo ocupaban el segundo lugar en el control de la vida social y económica del país [...] La oposición principal, sin embargo, no venía de la Iglesia Cristiana. Los grupos organizados indostanos y musulmanes (Hindú Maha Sabha, el Consejo de los Pandits, el Sad'r Islamic Anjuman y la Liga Musulmana) aunque por razones diferentes también se sumaron a la batalla contra nosotros.<sup>111</sup>

Lo que las iglesias cristianas defendían era el privilegio llamado "control dual" de las escuelas, que consistía en que sus cleros monopolizaban la ense-

ñanza y el gobierno colonial les pagaba. El PPP objetaba ese privilegio. En cuanto a las prédicas de los sacerdotes, pandits y moulvies hindúes y musulmanes, en los púlpitos, templos y mezquitas perseguían exacerbar sentimientos racistas entre las poblaciones negra e india, para echarlas contra el PPP. Pero no dio resultado, como lo demostraron los números.

Envoltura racista se le dio también a la cuestión de la Federación antillana. El PPP era categórico en su posición favorable al ingreso de la Guayana en la Federación, en tanto que los dirigentes racistas indostanos, con Dibidin a la cabeza, se oponían, con el argumento de que "los intereses indostanos en la Guayana británica se verían comprometidos si se sumergía en una Federación antillana dominada por los negros. A la tesis popular-progresista de un referendun para que la voluntad general decidiera Sobre el ingreso a la Federación, los reaccionarios indostanos opusieron la consigna Apan Jaat, es decir "tu propia raza". En el fondo de todo eso, no había nada más que una maniobra electorera más.

El gobierno del PPP inició sus tareas a partir de junio de 1953, consciente de que no podría ir muy lejos, dadas las limitaciones coloniales. Las medidas eran, realmente, moderadas: supervisión de las escuelas por el gobierno y por comités locales; extensión del sufragio universal a las gobernaciones locales: representación obrera en las Juntas y Comités gubernamentales; revisión de las tarifas del personal médico estatal, para hacer accesible el servicio a todo el pueblo; supresión de gastos superfinos; aumento del número de becas; seguridad social e indemnizaciones para los obreros; mejora del drenaje y la irrigación; aprovechamiento de extensas tierras mantenidas sin cultivo y control de alquileres, de acuerdo con las autoridades centrales de Vivienda y Planificación. La jornada laboral máxima de 8 horas y el salario mínimo para determinadas categorías de trabajadores, completaron el discreto programa inicial de realizaciones del PPP.

Sin embargo, fue suficiente para apuntar contra el gobierno presidido por Jagan una buena parte de las baterías montadas para la "guerra fría" por el llamado "mundo libre". En este orden y en esa época, Londres respondía cumplidamente al comando de Washington. El propio Churchill había declarado la "guerra fría" contra el socialismo, seis años antes.

Había además agravantes por omisión y agravantes por comisión. Entre estos estaban la derogatoria de la ley de Publicaciones Indeseables, típico estatuto de persecución ideológica, puro instrumento maccarthysta; la reforma a la injusta Ordenanza sobre arrendamiento a los cultivadores de arroz, de 1945; la aprobación, en la Cámara Baja de la ley de Relaciones Laborales, lamentablemente inspirada en la

<sup>111</sup> Cheddi Jagan: El Occidente en el banquillo de los acusados. Mi lucha por la libertad de Guyana, Londres, 1966. Traducción al español inédita.

ley Wagner, la ley de trabajo de los Estados Unidos tan odiada en los altos círculos yanquis, y la resolución de la cámara de diputados en favor del indulto a los esposos Rosenberg. Pero los agravantes por omisión fueron quizá los más graves: primero, el gobierno del PPP no se hizo representar en Londres, para la coronación de la reina, como lo hizo, por ejemplo, Trujillo por medio de una tierna infanta, como se recordará; y, segundo, tampoco se envió delegación a Jamaica, para que rindiera pleitesía a Su Majestad. Con esto quedó demostrado, más que con cualquiera otra cosa, que el gobierno del PPP era "comunista" y que amenazaba la existencia misma de Occidente.

La reforma de la Ordenanza de arrendamiento de terrenos de cultivo arroceros tendía a dar alguna protección a los campesinos que ocupaban esos terrenos, hasta entonces inermes y víctimas de toda clase de exacciones. Pero el Consejo de Estado (Cámara Alta) rechazó la reforma y la calificó de "dictadura totalitaria", porque no se limitaba a los arroceros. También ponía coto a la escandalosa especulación con tierras de la Corona, por parte de hacendados residentes o absentistas, barones de la plantocracia azucarera al mismo tiempo. En suma, liberaba a los campesinos de una servidumbre con residuos feudales. Era, para espanto de la reacción colonial, una "reforma agraria". No menos atentatorio contra los grandes intereses azucareros era el Proyecto de Relaciones Laborales, aprobado por la Asamblea mientras desembarcaban en la Guayana las tropas británicas. Porque además de las reivindicaciones comunes y corrientes en cualquier legislación del trabajo ese proyecto suponía el reconocimiento del Sindicato de Obreros Industriales de la Guayana (GIWU).

Fueron esas pocas medidas de gobierno las que hicieron temblar al imperio. Tembló como si la corona se le hubiera movido un milímetro en la cabeza a Su Majestad. El 4 de octubre de 1953, sir David Maxwell Fyfe, ministro del Interior; mister Oliver Littelton, ministro de Colonias, y sir Sydney Abrahams, jefe de los consejeros legales de la Oficina de Relaciones de la Comunidad Británica de Naciones y del Ministerio de Colonias, volaron literalmente a entrevistarse con Su Majestad, en Balmoral Castle. Dos días después, el Ministerio de Colonias declaraba: "es evidente que las intrigas de los comunistas y sus asociados, algunos de los cuales ocupan puestos ministeriales, amenazan el bienestar y la buena administración de la colonia". Por ello, el gobierno de S.M. había enviado fuerzas navales y militares a la capital, Georgetown, "con el fin de preservar en ella la paz y la seguridad de todas las clases".

Al efecto, las fragatas Bigbury Bay y Burghead Bay ya surcaban el Atlántico, hacia la Guayana. El crucero Superb zarpaba de Jamaica con 500 soldados,

en tanto que el crucero Sheffield y el portaviones Implacable, este en maniobras de la OTAN, que interrumpió, eran puestos en estado de alerta. El Imperio se ponía otra vez en pie de guerra. La civilización occidental estaba nuevamente amenazada. Una prueba adicional, pero importante, la ofrecía el secretario colonial de Belice (Honduras Británicas), Thomas Vickers, quien había descubierto un vínculo secreto entre sus opositores beliceños, el gobierno del PPP y ¡los comunistas guatemaltecos! Este elemento no podía faltar, dada la ubicación de Belice dentro de territorio guatemalteco, pero también dentro del imperio británico. Claro que a Jagan y su gobierno se les atribuían así mismo conexiones con los mau-mau de Kenia y con los "terroristas" de Malaya. Sin embargo, ni los corresponsales del Daily Mirror y del Daily Mail vieron agitación ninguna en Georgetown, ni diarios como el Times y el Observer creyeron una palabra de toda la propaganda montada por el imperio. Era notable la identidad y la sincronía de esa propaganda, con la de Washington.

El 9 de octubre, recordado entre los guayaneses como "viernes negro" llegó a su fin el efímero primer gobierno del PPP. John Cutch, primer secretario del gobierno colonial, leyó la siguiente declaración:

El gobierno de Su Majestad ha decidido que la Constitución de la Guayana británica sea suspendida para impedir la subversión comunista del gobierno y una peligrosa crisis tanto en el orden público como en los asuntos económicos [...] El gobernador ha sido investido con poderes de emergencia y ha retirado las carteras a los ministros del partido. Han arribado tropas para asistir a la policía e impedir el desorden que pudiera ser fomentado.

Jagan escribió en su libro: "...según yo creo, la causa principal de la suspensión de nuestra constitución fue la presión ejercida por el gobierno de los Estados Unidos". No hay duda de esto. Ese mismo gobierno suministró la prueba de su ingerencia: mientras las tropas británicas desembarcaban, declaraba oficialmente:

El gobierno de los Estados Unidos se sentiría gravemente preocupado ante la amenaza a la seguridad del hemisferio que surgiría si la Guayana inglesa cayera víctima de la conspiración comunista internacional... Este gobierno toma nota con complacencia de que el gobierno británico hace frente a la situación.<sup>112</sup>

Además de todo lo que ya sabemos, la ingerencia yanqui en el derrocamiento del Partido Popular Pro-

<sup>112</sup> Tomo el texto de la revista venezolana Cruz del Sur, n. 16, diciembre 1953, artículo "La Guayana inglesa".

gresista de la Guayana inglesa, en 1953, se explica con una sola palabra: bauxita. Razones tuvo el congresista Jackson, cuando visitó a la Guayana invitado por el gobernador Savage, en septiembre de ese año decisivo, para declarar que "estaba dentro de la zona estratégica de los Estados Unidos". Tanto más cuanto que ya entonces era indudable la existencia de petróleo, torio radioactivo y cobre. La Unión Carbide entraría pronto a extraer manganeso y nada contradecía la deducción de que la Guayana británica fuera tan rica en hierro como su vecina de Venezuela. He allí la importancia estratégica. He allí el fundamento de la política norteamericana, advertida a las viejas metrópolis europeas: "No nos oponemos, antes bien estimularemos, la independencia de sus colonias de este hemisferio, siempre que les sea otorgado bajo gobiernos que sean adictos a nosotros." Esa fue la política en 1953. Esa misma sería una década más tarde, como lo reveló Drew Pearson en un artículo titulado "Castro y Jagan" y distribuido en marzo de 1964. Dijo allí el conocido plutogogo:

Si los Estados Unidos permitieron que Cuba se hiciera comunista fue por pura negligencia y chapucería diplomática. El problema ahora consiste en mirar al frente y aseguramos que no cometeremos de nuevo el mismo error ... en la Guayana Británica, el presidente Kennedy habiendo sufrido profundas quemaduras en las operaciones de la Bahía de Cochinos, sí tuvo visión.<sup>113</sup>

No obstante, también Kennedy fue aplastado por el monstruo que había trepado a la cumbre del poder norteamericano en enero de 1953: el imperio de los big-big-business.

He terminado el mapa hablado de la América Latina en el año del Moncada. Las evocaciones que he hecho y las lecturas a que me he obligado han sido como volver a recorrer el suelo de mi patria. Porque creo como Bolívar que "para nosotros, la patria es la América", la América meridional como él la definía o nuestra América, como la sentía Martí.

Deseo que este mapa haya dejado una visión, aunque sea panorámica, de la gran masa irredenta latino-

<sup>113</sup> Citado por Jagan.

americana, en 1953. "Esa gran masa a la que todos ofrecían y a la que todos engañaban y traicionaban, la que anhelaba una patria mejor y más digna y más justa; la que estaba movida por ansias ancestrales de justicia por haber padecido la injusticia y la burla generación tras generación, la que ansiaba grandes y sabias transformaciones en todos los órdenes y estaba dispuesta a dar para lograrlo, cuando creyera en algo o en alguien, sobre todo cuando creyera suficientemente en sí misma, hasta la última gota de sangre."

Esas no son palabras mías, desde luego. Son de La historia me absolverá. Yo solo las he puesto en pasado. No porque no haya aún masas irredentas en la América Latina, sino porque, referidas al pueblo cubano, convenían también a todos los pueblos latinoamericanos de entonces.

Fidel Castro lo sabía y no olvidó a esos pueblos al enunciar la doctrina revolucionaria del 26 de Julio y al anticipar, desde entonces, una solidaridad de la cual ha dado tan inequívocas muestras la Revolución cubana. En su pensamiento de aquella hora estábamos presentes los pueblos tiranizados y saqueados de la América Latina, cuyo dolor era semejante al cubano. Poreso lo hacía suyo cuando señalaba que, bajo la revolución triunfante, "los perseguidos políticos por las sangrientas tiranías que oprimían a naciones hermanas, encontrarían en la patria de Martí, no como entonces, persecución, hambre, y traición, sino asilo generoso, hermandad y pan". Pocas veces una promesa ha sido tan fielmente cumplida.

Por ser Cuba en 1953 una de las dos decenas de síntesis de nuestra angustia común, las proyecciones del 26 de Julio tenían que trascender los límites de la Isla y extenderse a toda la América Latina, como sucedió. Por eso también, con la Revolución cubana, cuyo punto de partida fue el 26 de julio, el mapa que hemos visto empezó a cambiar. En solo veinte años todavía no ha cambiado del todo. Pero el cambio avanza con ritmo acelerado. Y un día este mapa solo será un recuerdo remoto, tal vez pintoresco, tal vez doloroso, para los aficionados al sabroso deleite de las cosas viejas. Porque nuestra América será distinta.

La Habana, julio de 1973.  
23°00—23°12' lat. N  
82° 12—82°30' long. O